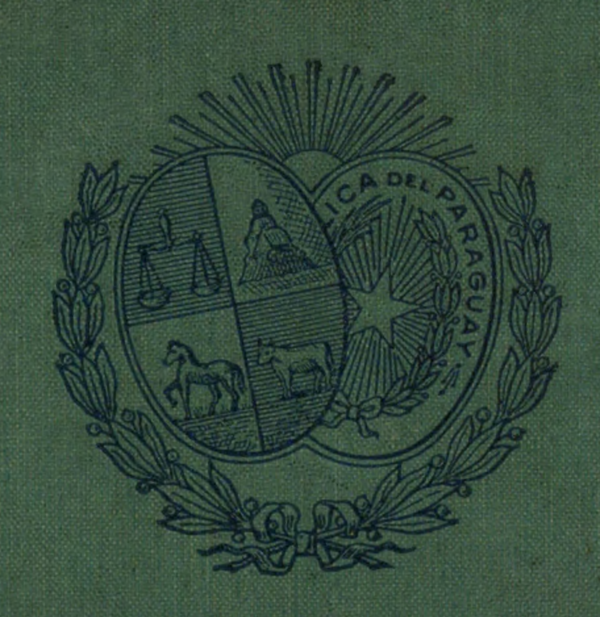




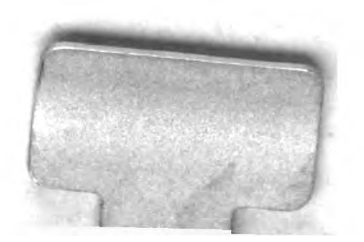
PARAGUAY - URUGUAY

ASUNCIÓN

MAYO 14 - 15 DE 1913




Ombú





Paraguay - Uruguay

LAS FIESTAS DE CONFRATERNIDAD CELEBRADAS EN ASUNCIÓN

CON MOTIVO DE LA

PEREGRINACIÓN URUGUAYA AL SOLAR DE ARTIGAS

PUBLICADO POR

ADRIANO IRALA Y SANTINO BARBIERI

BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

CALLES CHILE 263 Y CANGALLO 559

1913

A la

Juventud Estudiosa del Uruguay

dedicamos este libro, en el que hemos recogido las palpitaciones de nuestro corazón, el día en que nuestros pueblos se unieron en abrazo fraternal, indisoluble y estrecho.

A la

Juventud Estudiosa de América

lleve esta ofrenda, con la pura expresión de nuestro viejo afecto, la buena nueva de nuestro resurgimiento á la vida intelectual después del forzado letargo, en el que nos sumiera una inmensa desventura.



PARAGUAY - URUGUAY

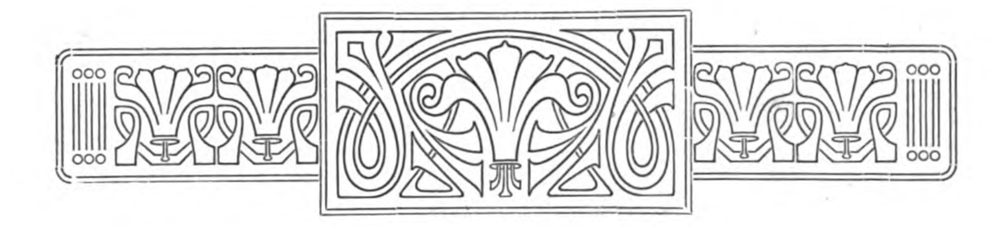
Alegoría representada en el Teatro Nacional por las señoritas Antonia Pane y Exa Acosta



Excmo. señor Presidente de la República del Paraguay
don Eduardo Schaerer



Excmo. señor Presidente de la República Oriental del Uruguay
don José Batlle y Ordóñez



La juventud oriental organizó, hace pocos meses, una peregrinación cívica a la Asunción del Paraguay, determinada por dos motivos simpáticos y poderosos: saludar al país hermano en el aniversario de su independencia y cubrir de flores el sitio que fué tumba, en la vida y en la muerte, del general José Artigas.

Estas líneas sirven de mala portada al libro que guardará, por acuerdo cortés de la juventud paraguaya, los ecos de la cruzada patriótica, pródiga en bienes morales para los visitantes y para los visitados.

En verdad que no será parte mínima de esa noble cosecha espiritual el contacto intenso que acaban de trabar las nuevas generaciones de dos repúblicas, pequeñas y valerosas, llamadas a sólida comunidad.

Porque algo más efectivo que la analogía gramatical de los nombres gloriosos las aproxima. Las unen grandes solicitudes de futuro y el más enérgico de los intereses: el interés de afirmar su destino.

¿Cómo no aplaudir mucho, entonces, este primer conocimiento, sellado en días de paz, serenos y luminosos, que incitan a la meditación larga?

Suceso tan expresivo y otros corroborantes, ya en preparación, marcan un derrotero; más propiamente, ellos descubren la ruta vieja, borrada por zarzas y el error en cincuenta años de desgracia común y de abandono.

En efecto, desde el tiempo inicial, el Paraguay y el Uruguay se buscan la mano. La historia nos enseña que sus tendencias de colectividad jamás chocaron. Poco sabíamos los coloniales de aquí de los coloniales de allá, y viceversa; pero esa voz soberana del instinto, que lee corazones aunque el labio calle, dijo siempre a las multitudes de ambos escenarios que nunca existiría, entre ellas, razón para el encono.

Antes de que tuviéramos patria, ya defienden la integridad de nuestro solar los auxiliares guaraníes, tan disciplinados como intrépidos, y si la sangre derramada, en vez de lavarse con el tiempo, perdurara, como muchas veces debiera ocurrir, para enseñar gratitud a los ingratos, cavando hondo todavía encontraríamos en las fortificaciones del antiguo Montevideo, o bajo las murallas derruídas de la Colonia, testimonio eficaz del socorro y de la naciente fraternidad paraguaya.

En período más próximo, cuando el anhelo viril rumorea cosas vagas al oído

de las sociedades nativas, llamadas a la acción, antes de hora, por la catástrofe peninsular, se repite el gesto solidario. Todo indeciso, todo a medias, como época a medias era aquella, quizá la aproximación de ambas comunidades no cuajó todavía en hechos muy definidos: quizá ¡y cuántas veces ocurre así! la mirada dijo más que las profusiones verbales.

Pero con Artigas se plasma la hermosa visión, que ha seguido evolucionando, a pesar de las imprevisiones primeras. Porque al fundador de la patria nuestra también somos deudores de una gran profecía internacional que va cumpliéndose, más ligero de lo que parece, en lo malo y en lo bueno. Artigas creyó siempre que el peligro positivo para nosotros y para nuestros hermanos del interior de América, hervía en las entrañas de los grandes fronterizos, precipitados al atentado por decreto de su misma potencialidad.

¿Cabía, acaso, idéntico recelo entre el Uruguay y el Paraguay?

Todos los antecedentes y todas las razones decían que no. Al servicio de esta convicción puso Artigas su voluntad, que bien sabemos que era de hierro quienes nos honramos con su descendencia.

Cuando su prestigio toca el apogeo y, rebasando los límites actuales de la república, se extiende, irresistido, hasta Córdoba, que le pide apoyo, hasta Buenos Aires, que le rinde respeto, ya que no simpatía, Artigas afirma su orientación y obedeciendo, tal vez, al fatalismo de una trayectoria histórica, vuelve hacia el Norte la rienda de su caballo, dicta ley a Entre Ríos, domina a Corrientes y, Paraná por medio, se pone al habla con el país de los comuneros.

Todavía no se ha hecho luz completa sobre estos ensayos que acarició el romance; pero basta seguir, sobre el mapa, el desarrollo de aquellas marchas de guerra, dirigidas siempre hacia arriba, para adivinar la intuición extraordinaria de quien las trazara, clarovidente y tenaz.

Para medir la pujanza de una realidad, que ahora parece sueño, recordemos que desde Montevideo hasta las Misiones se dilataba, como bosquejo de una futura nacionalidad llamada al más alto destino en estas regiones, la encarnación territorial del artiguismo. La crítica adversaria quedará muda siempre en presencia de este asombroso desdoblamiento de un prestigio que rompe las líneas individuales para convertirse en fórmula de un localismo ya entonces imperioso.

Mucha palabra de iniquidad se ha acumulado sobre aquellos sucesos y sus protagonistas, al extremo de requerirse investigación propia y carácter para romper la adulteración cristalizada. Pero ya la justicia resplandece, servida por grandes y auténticos testimonios.

Tanto arraigó el concepto agrio sobre el artiguismo; tanto se dijo para empequeñecer su obra externa, después de infamar la interna, que no sobra abonar nuestros asertos con la preciosa correspondencia cambiada entre el libertador oriental y las autoridades paraguayas, rejuvenecida en sus ecos por una reciente revelación.

Abierto el diálogo entre el soldado del Sur y los independientes del interior de América, van y vienen los mensajes de calurosa cordialidad. Mientras el uno promete todos los concursos de que es capaz la amistad derecha,

los otros brindan y dan la estimación que debe el dueño de casa al forastero, de lejana procedencia, llegado a la inmediación del hogar propio.

En respuesta a una nota del general Artigas, enterándola de su aproximación, al frente de un ejército, decía la Junta Gubernativa del Paraguay: "Habiendo el señor coronel don José Artigas, comandante de las tropas de la Banda Oriental, enviado a esta provincia al capitán don Juan Francisco Arias con pliegos por la patria y a ratificarnos la oferta que nos hace por él, y el auxilio de ganados y caballos, se manifestará, a nombre de esta provincia, con todo el lleno de gratitud que corresponde a este urbano comedimiento y lo felicitará, a nombre de esta Junta, poniendo a su disposición nuestras facultades y respetos, asegurándole, sobre nuestra palabra, que nuestra reunión será siempre sacrosanta y que conspiraremos a su propio objeto."

... "Entregará a disposición de Su Señoría los 50 zurrones de yerba mate y 50 de tabaco manojado de hoja y pito que, por pronta providencia, se remiten para el consumo de sus tropas, aprovechando la proporción del único buque pequeño que hay por ahora."

Obsérvese que se habla de "tropas orientales", como se repite en todas las ocasiones, como se recalca en otra nota:... "y que el Paraguay, con los ilustres invencibles guerreros de la Banda Oriental, levantasen un padrón sobre el firmamento que haga inmortal la memoria de ambos ejércitos." Presta mayor relieve a la denominación la particularidad de avanzar aquellas milicias, nominalmente, es cierto, bajo los auspicios de Buenos Aires.

Agradeciendo los recursos enviados, contestaba el general Artigas:

"Bastan las delicias que proporcionó este instante a los orientales para jurar una gratitud eterna a los paraguayos. Crea Vuestra Señoría que no hay dos pueblos más estrechamente unidos, ni con unos vínculos más tiernos, más sinceros, más firmes, más llenos de dignidad y grandeza, ni más capaces de caracterizar la verdadera unión. Sólo resta ahora combinar el plan de operaciones que, proporcionándonos los triunfos, nos presente la utilidad mutua que naturalmente debemos anhelar."

Es indispensable interrumpir el sueño de estas grandes memorias, tan indebidamente postergadas en el pensamiento de las generaciones siguientes, para incitar al comentario íntimo de las grandes cosas que hubieron de ser, que empezaron a ser, que el destino duro quiso quedaran truncas y perdidas en el fondo de una época, como trozos monumentales, extraviados entre el boscaje, ahogados por la maraña de todos los olvidos; y también se impone avivar esos recuerdos de acero para devolver a la inspirada visión política que denuncian la energía espiritual que tuviera y que hoy, desgraciadamente, no tiene: hueso sin médula!

Porque Artigas no se aproxima al Paraguay amagando conquista o escondiendo, bajo sonrisas, ese propósito. El no incurrirá, ni en el error militar del general Belgrano, ni en su desvarío dominador, ni en sus desdenes, tan injustos, a la raza mediterránea. Leal y noblemente descubre sus intenciones, a la vez que ofrece y pide auxilios.

Todo su empeño consiste en convencer a los hermanos de allende el Pa-

raná de la inminencia y de la comunidad del peligro que se cierne sobre ambos destinos: la invasión portuguesa.

Ya en 1813 asalta al fundador, obstinada, la inquietud que, en 1819, confirmaron desastres y desastres.

Justo era que las naciones amenazadas, una y otra vez, por el pasaje tártaro de los mamelucos, se aprestaran a la defensa solidaria.

Tanta sinceridad rebosan las comunicaciones de nuestro caudillo que ellas consiguen lo que nadie consiguiera hasta entonces: desarmar las prevenciones paraguayas. Diríase que el instinto, más que las afirmaciones escritas, convenció a la raza solitaria de la buena fe de su glorioso interlocutor. Ningún recelo cabía entre orientales y paraguayos. Con motivo mucho más justificado, lo mismo podemos decir cien años después: nada divide, todo acerca, hasta el escarmiento, a los sudamericanos de allá y a los de aquí.

Como símbolo de esta fraternidad espontánea, se abrazan en la historia los nombres de Artigas y de Yegros: ceñido, el uno, con los laureles de la defensa de Montevideo contra el inglés, y libertador de pueblos, el otro, también hermano en la adversidad.

Para medir el arco de los grandes gestos a que venimos refiriendo, tan extraordinarios que casi parecen leyenda, es obligado penetrar en el tiempo remoto y recoger, entre asombros, sus revelaciones.

Porque hubo fecha en que la fama de Artigas y sus bravos orientales, no como adalides sangrientos, pero sí cual portaestandartes de la aspiración autonómica y del verbo federal, ató sus prestigios en las mismas cabeceras del Uruguay, después de bautizarse en las aguas del estuario y de irradiar hasta Santa Fe y Córdoba. Madre y señora flameaba entonces nuestra bandera tricolor, la del poema.

Así escribía Artigas a Andresito, gobernador de las Misiones: "Por el conducto del gobernador de Corrientes, puse a usted, hace tres días, las circulares para que mande cada pueblo su diputado indio al Arroyo de la China. Usted dejará a los pueblos en plena libertad para elegirlos a su satisfacción, pero cuidando que sean hombres de bien y de alguna capacidad para resolver lo conveniente."

Estos testimonios, que brotan fáciles como la verdad, descubren las pasadas amplitudes de nuestra hegemonía. En sus líneas vibra la voluntad poderosa y acatada del gran caudillo rioplatense que, limpia la mano de atentados y de despojos, ajeno a crueldades, alta la frente, puso en los cuatro extremos de la región subtropical los cimientos de nuestro predominio como pueblo. Las guerras civiles y sus terribles quebrantos nos cuentan, melancólicamente, por qué yace mutilado el inmenso ensueño.

También nos interesa señalar la dilatación de la influencia paraguaya, casi contemporánea con la nuestra, tal vez anterior, y no menos vigorosa en su desarrollo.

Sofocada por selvas y soledades, la patria central distiende sus fronteras del Sur y del Este. Sus pulmones piden aire; desahogo racional su comercio. Asunto de vida o muerte. Se comprende bien que el ideal colectivo estuviera puesto hacia los rumbos que acercan al gran río y al océano, corredentores.

País enclavado, en condición todavía peor que los predios particulares en caso semejante, a que refiere el fuero civil, pues se negaba a sus moradores hasta senda de paso para comunicarse con el exterior, lógico fué que el Paraguay, como núcleo social, tentase romper sus ligaduras, atadas, una vez, por mandato de la naturaleza y, otra, por voluntad arbitraria de los hombres, de sus vecinos pujantes.

Razones económicas, razones morales, razones de equilibrio, determinaban una presión fronteriza tan impuesta e irrefrenable que ella no requirió licencia para pronunciarse.

No del todo idénticas, causas similares, rigieron la dilatación de nuestra personalidad política. Entonces se ofrece, cuadro interesante y que promete trascendencia de futuro, el espectáculo de la aproximación, física y moral, de dos nucleos nacionales separados por centenares de leguas y que parecen solicitarse espiritualmente cual si adivinaran lo que para ellos estaba escrito — ¡ duro y azaroso ! — en los pliegues del destino.

Mientras el artiguismo, esencia la más genuina del sentimiento oriental, incorpora a nuestro dominio viril las siete Misiones del Uruguay y hace del Entre Ríos escenario propio, el Paraguay consolida su patrimonio con las treinta Misiones del Paraná, suyas por derecho y por mandato de la historia, y, en alas de la afección étnica, derrama en Corrientes, invasora, su pujanza. ¿ Alguien lo duda así ? Recordemos, sólo, que el guaraní era idioma popular en la referida provincia y que, en 1865, las tropas paraguayas se adueñan, sin mayor esfuerzo, de su capital y crean, con caracterizados elementos locales, autoridades hechas espontáneamente a su obediencia.

Procede insistir en el comentario de la recíproca cordialidad que pusieron en su evolución expansiva las dos naciones hermanas, llamadas a grandeza, a no ser inmerecidas catástrofes. Jamás nuestro desarrollo exterior despertó celos, o recelos, en el localismo paraguayo, tan justamente sensible a las ajenas belicosidades. La misma aprobación simpática alientan los pechos uruguayos. Con entusiasmo nuestro Artigas invita a los gobernantes del país mediterráneo a colaborar en la resistencia al enemigo común que sus notas identifican con el portugués y que su pensamiento confunde, también, con la ambición porteña.

Algo más hondo que la benevolencia accidental de los dirigentes, determina este acercamiento pertinaz. Unos y otros obedecen al interés positivo que, si en el orden varonil, incita a abrazarse, para duplicar las energías de la defensa, en el orden económico manda que se busquen y se entiendan dos células complementarias en sus necesidades y en sus conveniencias.

Porque el Uruguay, sustraído al yugo aduanero de Buenos Aires, prometía puerto liberal a la producción paraguaya, estorbada, antes, ahora y siempre, por el antagonismo, orgánico y comprensible, de la antigua capital del virreinato. Se pensaría que ya lo previó así, en los días incipientes, aquel genial Irala que asentó en la confluencia del Uruguay y del Plata el fuerte San Juan, cual si lo soñara estratégico para escala del comercio interior, en el tiempo venidero.

Complicada y casi imposible la salida al mar por tierra brasileña ; odio-

samente restringida, por el monopolio bonaerense, la vía fluvial, nada más lógico que aspirar a la liberación económica por la costa oriental, abierta generosamente al exterior con el magnífico recorte de sus muchos puertos.

Es que la geografía y la historia dibujaban el cuerpo de dos nacionalidades gemelas, eternamente aliadas, dentro del inmenso marco que definen los tributarios del Plata.

Más que explicable, impuesto era que el sentimiento paraguayo aspirase a poseer íntegro, sin dividir con otros su dominio, ese gran río Paraná, fecundo y bendito para las ricas zonas cuyos flancos fertiliza, pero más que todo eso, materno, para la república cuyo contorno abraza y que pone en el andar de su linfa todos sus afanes de porvenir.

A cumplirse lo que cumplirse debió, el Uruguay hubiera sido guardián, en el estuario, de la libertad fluvial, tan indispensable al Paraguay, más que para su felicidad, para su vida. Frustrada por la adversidad esta concepción radiante, ella resurge, todavía, en los cortos espacios útiles que concede a los estadistas el pleito anárquico: alguna vez iluminan el fondo de la tempestad sin orillas resplandores de la gran política vencida.

En 1848 escribía el ilustre diplomático doctor Manuel Herrera y Obes al agente confidencial en Inglaterra: "Llegado este caso, empéñese usted en hacer comprender al gobierno de S. M. cuán necesario y conveniente es pensar en poner por límite de la Confederación Argentina al caudaloso Paraná. Esta medida es de equilibrio para todos estos Estados y la primera condición de su progreso y desarrollo material y moral."

"Corrientes y Entre Ríos, en ese caso, podrían entrar a componer un Estado independiente que estuviese dividido de la Confederación por el Paraná, del Estado Oriental por el Uruguay. El primer resultado de esta resolución sería la separación de las costas de aquel gran río, la seguridad de su libre navegación, la comunicación directa del comercio europeo con el Paraguay y Bolivia y todas las provincias fronterizas de la Confederación Argentina y la creación de una riqueza y una prosperidad, que aparecería como por encantamiento."

En 1863, amenazada la república en su estabilidad por imperiales y porteños, el gobierno oriental ensaya, de nuevo, la aproximación al Paraguay, ya requerido, como aliado, por el gobierno de la Defensa.

Esta rara unanimidad de criterios acentúa el prestigio de la política exterior que comentamos. En efecto, cisma de intolerancias, que alguna vez creyérase insondable abismo, dividió, antes, a las generaciones uruguayas. Tanto era el sectarismo que bastaba el elogio de los unos para encender el anatema de los otros. Ese contrapunto de las pasiones fraccionarias domina, por muchas décadas, el juego de nuestras relaciones con el Imperio y con la Argentina.

Marcan excepción sorprendente a esa regla de incontinencia nuestros contactos con el Paraguay, tenidos en concepto de buenos y sabios por todos, partidos y estadistas. Porque no se discute: de allá, de la república central, nunca descenderá, para nosotros, el peligro de la absorción.

El Uruguay jamás hizo daño al Paraguay y el Paraguay jamás devolverá

mal por bien al Uruguay. Es que destinos, esperanzas y sobresaltos — todos los grandes motivos de afinidad — hermanan a los republicanos de ambos solares. Por olvidarlo así, en la milicia de los hechos, ha ido sufriendo derrotas sobre derrotas el ideal magno, familiar y casi tangible en el tiempo glorioso.

Aquí no cabe su explicación, ni el lamento, pero lo verídico es que, en plazo de cien años, el Uruguay y el Paraguay, también igualados por el dolor de las mutilaciones en carne viva, han visto cercenado, una, dos y tres veces, su haber hereditario. En la actualidad, estas y aquellas fronteras están muy lejos de donde estuvieran y debieran seguir estando.

No imputemos toda la culpa de tanta desdicha a los otros cuando tanto colaboró en ella el propio desvarío. ¿Acaso no hemos visto a las armas uruguayas vueltas, y por cuenta ajena, contra el Paraguay? ¿No se ha repetido, durante tiempo demasiado largo, maquinalmente, es cierto, y sin pararse a pensar que lastimábamos nuestro interés de nación pequeña, que fué arbitraria la tercería del gobierno del mariscal López en los asuntos del estuario, defendiendo el equilibrio platino, tan vital para el Paraguay como para nosotros mismos?

Todo eso, signo de un pasado de tinieblas, es amargamente exacto; pero no es menos exacto que estamos en pleno período de reacción y desagravio, sin requerirse agregar que tales extravíos fueron fruto de las aparcerías de bando con el extranjero — en las que todos hemos incurrido, — jamás de la voluntad genuina del pueblo oriental, más lesionado en sus anhelos que servido por tamaños desaciertos.

Ni aun durante los días arrebatados de la tríplice, de esa guerra sin perdón ante la historia, anidó el alma uruguaya enconos para la raza tan desigualmente combatida.

Pero más que atenuado, extinguido el reproche, si se advierte que también nosotros, como nación, vamos siendo víctimas de la catástrofe a que concurrió nuestro brazo, nunca nuestra voluntad. Porque aquellos sucesos volcánicos marcan nudo en la suerte de estos países y si la crónica angustiosa sólo articula el nombre del heroico Paraguay cuando habla del vencido, la meditación seria afirma que también el Uruguay sufrió, viene sufriendo, las consecuencias morales del tremendo desastre.

Porque la Triple Alianza rompió el equilibrio de los países del Río de la Plata; porque de ella salimos maltrechos, quedando, por ella, solos, frente a vecinos poderosos, para dirimir los asuntos del estuario; porque, aniquilado el Paraguay, perdimos un hermano y un aliado natural en las eventualidades futuras.

Estas evidencias se imponen. Cincuenta años después nosotros estamos sintiendo, en el propio cuerpo, las consecuencias nefastas de la guerra polaca de 1865!

Tengamos por cierto que si el Paraguay poseyera, en la actualidad, su poder ofensivo de hace medio siglo, el vecino voraz sostendría pretensiones menos autoritarias en la solución del pleito platino.

Aunque quiera olvidarse por el interpelado, lo positivo es que hay ante-

cedente de su demanda diplomática y constancia de su aceptación lógica por la Argentina.

En comunicación oficial a su colega argentino, doctor Rufino de Elizalde, decía el señor José Bergés, ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, pidiendo explicaciones por la ingerencia de su país en los asuntos internos del Uruguay: "El gobierno del abajo firmado, que estima la política del gobierno argentino elevada y sabia, confía apreciará justamente los efectos que produciría en el ánimo de todos los gobiernos que fijan su atención en el Río de la Plata, la convicción de su participación, aun indirecta, en los negocios internos de la República Oriental del Uruguay, cuya independencia garantió por un tratado solemne, y cuya existencia política es condición del equilibrio y de la paz que protege los intereses de todos en el Río de la Plata."

... "el abajo firmado ha recibido orden de S. E. el señor presidente, de solicitar del gobierno de V. E. las amistosas explicaciones que la presente nota lleva por objeto."

Confirmando la explicación que su cancillería creyó del caso dar, decía el presidente Mitre, en carta privada al presidente López: "Por lo expuesto verá V. E. que estoy muy distante de negar a la república y al gobierno paraguayo el derecho que pueda tener en casos dados a influir de alguna manera en los sucesos que puedan desenvolverse en el Río de la Plata; y creo más aún, que su inteligencia política con sus gobiernos ha de contribuir muy eficazmente al mantenimiento de la paz y al cultivo de sus buenas y fecundas relaciones internacionales."

De entonces acá ¡cuántas modificaciones ha sufrido, en nuestra contra, el cuadro de la política general en estas latitudes!

¿Pero acaso no estamos en tiempo de imprimir nuevas energías a esa fraternidad uruguayo-paraguaya, santa y previsora, por tantos lustros sin culto activo?

La misma experiencia trágica, que todos los días gotea sus lecciones, incita al acercamiento moral de las razas amenazadas, que jamás debieron estar en conflicto, porque la naturaleza y el destino las han unificado en el ideal, igualadas en el ascenso: dos ruedas y un solo eje.

Califican el primer capítulo de nuestras relaciones públicas con el Paraguay las sabias aproximaciones del ciclo artiguista y las tentativas similares del período anárquico.

Llena el segundo capítulo el descuido, por ofuscación fraccionaria, de esa bella solidaridad, servida con el acto épico por el mariscal López y por su pueblo de hierro, por ese mariscal López cuyo patriotismo inmortal no tiene paralelo en este hemisferio, y por ese pueblo que entró, con honores y banderas desplegadas, en la posteridad.

Apunta una de las tantas consecuencias fatales de aquel inmenso error, el olvido recíproco en que vivimos con el Paraguay infortunado, tan redimido por la Triple Alianza que quedó agonizante...

Ahora hay motivo para afirmar que se inicia el tercer capítulo, definitivamente vueltos al cauce artiguista nuestros actos y nuestra conciencia de colectividad.

La evocación de nobles memorias ha bastado para restituir su fuerza al credo fraterno. Corridos los años y distante el accidente infausto, todos tenemos hoy la visión clarísima de las mutuas conveniencias internacionales. No hay un solo oriental que reniegue de la amistad paraguaya; no hay un solo paraguayo que no tenga por buena y útil la amistad oriental.

Porque, común el peligro, todo ordena recibirlo con gesto común.

A los países pequeños, aplastados por grandes vecindades, les interesa fundamentalmente confundir inquietudes para robustecer esperanzas: juntar espaldas. En el tablero diplomático, si bien manejadas, varias piezas chicas suelen valer por una grande. ¿Cómo no apercibirse de la conveniencia recíproca que debe hermanar a las dos viriles repúblicas del lado atlántico, tan castigadas por la misma adversidad?

Nadie concibe a Dinamarca indiferente a la suerte de Holanda, ni a ésta desdeñosa de la independencia de Bélgica, cuando sobre las tres modestias territoriales gravita, igual, el amago germánico.

Lejos de nuestro pensamiento toda presunción de violencias. Demasiado ocupados estamos todos ¡así sea por siempre! en llenar de panales la rica colmena. Pero recordemos, a título de simple observación, que en el pasado todas las alianzas triples se combinaron contra el interés de las pequeñas nacionalidades subtropicales. Bien: que en el futuro, si la necesidad de la defensa reclama actitudes semejantes, se renueven, enhorabuena, las fórmulas tripartitas, pero creadas, esta vez, en favor de los débiles: unidos el Paraguay y el Uruguay con un poderoso amigo contra el poderoso enemigo.

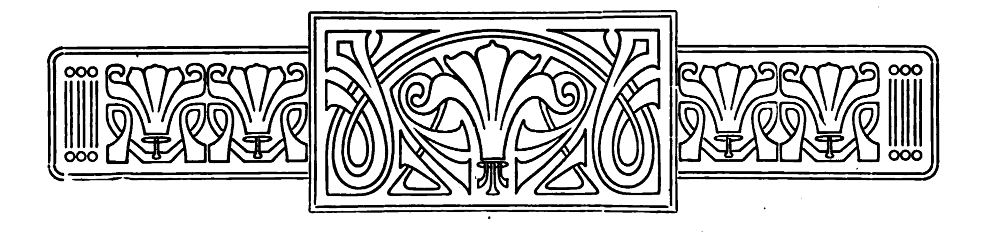
He extendido el comentario de las afinidades uruguayo-paraguayas a fin de realzar el alto significado de la aproximación mental y patriótica de nuestras juventudes.

Cuentan, conmovidos, quienes formaron parte de la hermosa peregrinación historiada por este libro, que, apenas pisaron tierra paraguaya, los abrumó la generosidad y el cariño unánime de un pueblo: nuestro himno en labios de su infancia, nuestros quereres en su corazón: confundidos todos en la voluntad de ser y en la esperanza de llegar a ser. ¡Dulces visiones del patriotismo! Son estas las primeras estrofas del viejo poema, que se reanuda, que las nuevas generaciones, *obedientes a la voz profética,* vuelven a escribir...

Para bien de unos y para bien de otros, ojalá siga creciendo el gran sentimiento solidario en cuyo homenaje hemos llenado estas páginas preliminares, dirigidas a alabar sus armonías!

Luis Alberto de Herrera.

Montevideo, Octubre 30 de 1913.



I

Antecedentes

La iniciativa. — El "Club Juventud Salteña". — El "Centro Estudiantes de Derecho". — Los preparativos.

La trascendencia del acto, cuya crónica reclamó la publicación de este libro, evocador de las impresiones y los afectos consolidados en aquellas horas de glorificación histórica y de festividad internacional, nos ha llevado a investigar la cuna del movimiento, cuyas proporciones han llegado a adquirir en la actualidad los contornos ejemplares de la más vasta obra de aproximación de dos patrias distantes, gemelas en la raza y en la tradición.

Fué un impulso natural, espontáneo, el que llevó a ambos pueblos a unirse en la efusión calurosa del abrazo fraternal, en la íntima comunión de los corazones palpitantes al unísono, en la apoteosis de los héroes que fueron y la confiada invocación a las auroras luminosas del futuro.

Aquellas fiestas fueron la entusiasta manifestación de viejos afectos que sólo esperaban una ocasión propicia para exteriorizarse en toda su elocuente intensidad.

Historiaremos brevemente los preliminares.

Ya a principios de 1911, el doctor Luis A. Thévenet, director de *La Prensa* del Salto, en carta dirigida al doctor Antolín Irala, entonces presidente de la Cámara de Diputados, hablaba de la idea de realizar una peregrinación patriótica a Ibyray y pedía que la prensa paraguaya se hiciera eco del pensamiento. *La Prensa,* de Asunción, publicó la carta, y la iniciativa fué calurosamente prestigiada por los diarios y los centros estudiantiles.

Los trastornos políticos que poco después se sucedieron, desviaron la atención pública, y pasó a'gún tiempo sin que se volviese a hablar de la idea. En el Salto, sin embargo, ella no había sido olvidada.



Comisión directiva del "Club Juventud Salteña"

(Sentados, de izquierda a derecha): Vitalino I. Motta — Américo G. Vila — Francisco I. Forteza — Napoleón Pereira Machado. — (Parados): Enrique Derrégibus — Javier M. Motta — Alejandro Osimani — Augusto Decoud — Jorge Armstrong.

El importante "Club Juventud Salteña" había tomado sobre sí — desde el primer momento — la tarea de realizar la peregrinación. Y con una actividad y un entusiasmo realmente admirables, emprendió y llevó a feliz término la labor que se había impuesto.

Alma de los trabajos fué el presidente del club, señor Américo G. Vila, cuya incansable laboriosidad allanó todos los obstáculos que pudieran presentarse.

El coronel José C. Meza, distinguido ciudadano paraguayo residente en el Salto, contribuyó, por su parte, en no escasa medida, a la hermosa obra de acercamiento. Por su intermedio, el club organizador dirigió al "Centro Estudiantes de Derecho", de Asunción, la siguiente nota:



Coronel José C. Meza

Salto, Diciembre 4 de 1912.

Señor Presidente de la "Asociación de Estudiantes de Derecho", D. Raúl Casal Ribeiro.

De nuestra mayor consideración: Por indicación del señor coronel don José C. Meza, la Comisión Directiva del "Club Juventud Salteña", que actualmente organiza una peregrinación a ese hermoso país de nuestros grandes afectos, se permite dirigirle la presente para llevar a conocimiento de esa meritoria institución de su digna presidencia los propósitos que nos animan de efectuarla el día 5 de Abril del año próximo, cuando solemnicemos, precisamente, el Centenario del primer Congreso Nacional, donde se dictaran las instrucciones del año XIII.

Dos móviles nos guían y alientan hace ya tiempo para triunfar con la idea; el de colocar un bronce conmemorativo en La Trinidad, que perpetúe la memoria de Artigas y exteriorizar en intensas efusiones fraternales las sentidas simpatías que nos inspiráis vosotros, hermanos paraguayos, que no sólo fuisteis generosos con el valiente exilado, sino también con sus hijos, donándonos ese pedazo de tierra querida, donde muriera el constante adalid de nuestra emancipación, y crea, señor presidente, que esas simpatías existen arraigadas en los corazones uruguayos que sólo esperan una ocasión propicia como ésta, para estrechar los vínculos de solidaridad y afecto que deben existir entre los pueblos símiles por muchas características; pero no llenaríamos nuestra misión si no dejáramos un testimonio perdurable de esos sentimientos fraternales, y es por eso que solicitamos de la "Asociación Estudiantes de Derecho", haga las gestiones del caso para que nos sea permitido colocar una placa en la tumba del heroico general José Eduvigis Díaz; homenaje de la juventud oriental al proverbial valor paraguayo.

Muy agradecidos de antemano y con las protestas de nuestra mayor consideración y estima, saludamos al señor presidente y por su intermedio a los demás miembros de esa Directiva.

AMÉRICO G. VILA,
Presidente.

César R. Osimani,
Secretario.

La contestación no se hizo esperar.
Hela aquí:

Asunción, Enero 8 de 1913.

Señor Presidente del "Club Juventud Salteña", don Américo G. Vila:

Por la Comisión Directiva del "Centro Estudiantes de Derecho", que presido, tengo el honor de dirigirme a usted acusando recibo de su nota de fecha 4 de Diciembre último.

Portadora de un mensaje particularmente grato para nosotros, la comunicación de la juventud del Salto ha sido acogida con general aplauso por los miembros de este Centro, como por la sociedad paraguaya y el pueblo entero.

Bienvenida será la juventud uruguaya entre nosotros. Su hermana del Paraguay no podrá brindarle ni la ruidosa pompa, ni la fastuosa recepción de las grandes capitales, pero acaso podrá ofrendarle con creces la franqueza de un corazón, la sencillez de un alma y la sinceridad de un cariño.

Sea el Uruguay, antes que nadie, el primero de los adversarios de ayer, que nos envíe su hermosa legión de juventud, para sellar sobre la tumba de dos héroes la reconciliación definitiva, ya que fué también el Uruguay el primero que supo tendernos la mano en la hora angustiosa del infortunio, restituyéndonos reliquias guerreras y condonando deudas que jamás debieran ser. Y sean testigos de este hecho histórico, comunión de dos razas, conjunción de dos almas, la sombra de Artigas, el padre de un pueblo, y la sombra de Díaz, centinela del otro.

Aprovecho esta oportunidad para saludar al señor presidente con mi consideración más distinguida.

RAÚL CASAL RIBEIRO,
Presidente.

Juan Stefanich,
Secretario.

Patrocinada por el "Centro Estudiantes de Derecho", la idea fué recibida con general entusiasmo. La prensa asuncena la hizo suya desde luego y emprendió una activa campaña en pro de su realización. La clase estudiantil, que en todas partes constituye el nervio de actos de esta naturaleza, tomó a su cargo los trabajos de organización. El "Centro Estudiantes de Derecho" constituyó, sin perder momento, una comisión de festejos, de la que formaron



Comisión directiva del "Centro Estudiantes de Derecho"

(Sentados, de izquierda a derecha): Adriano Irala — Raúl Casal Ribeiro — Enrique Bordenave — Juan Carlos Garcete. — (Parados): Juan Vicente Ramírez — Juan Stefanich — Miguel Pecci — Lisandro Díaz León — Jerónimo Riart — Rodrigo Solalinde.

parte, además del consejo directivo de la asociación, representantes de los centros "Estudiantil", "de Estudiantes Normales", "Adela Speratti", "Empleados de Comercio", "Asociación Nacional de Maestros", "Liga Paraguaya de Foot-Ball", "Liga Centenario" y "Club de Regatas El Mbiguá".

La colonia oriental residente en Asunción se aprestó igualmente a participar de los festejos.

Gracias al decidido y eficaz concurso del gobierno de la república y del pueblo todo, la tarea fué fácil.

Ya próxima la fecha fijada, la comisión organizadora del Salto resolvió transferir la peregrinación para el 14 de Mayo próximo. De este modo, los peregrinos podrían, al mismo tiempo que rendir su homenaje a Artigas, asociarse a las fiestas con que el pueblo paraguayo celebraría el aniversario de su independencia.

Entre tanto, los preparativos adelantaban.

Desde fines de Abril, empezaron en la Universidad Nacional los ensayos del Himno Uruguayo. Acudían a ellos estudiantes de derecho y de segunda enseñanza, escolares y gente del pueblo, todos identificados en el deseo de ofrecer una nota simpática a los peregrinos, saludándoles con las estrofas de la canción patria, que adquirirían para ellos nuevas y extrañas sonoridades, entonadas por labios fraternales, a centenares de leguas del terruño.

El deseo de que la recepción fuese digna de la gentileza de los huéspedes, y el temor de que las fiestas no estuviesen a la altura de los hondos sentimientos que las inspiraran, mantenían en intensa tensión los ánimos.

Las noticias que llegaban de Montevideo, del Salto y otras ciudades orientales, contribuían a aumentar cada vez más el entusiasmo.

Cada día se agregaban nuevos números al programa. Todas y cada una de las diferentes asociaciones querían contribuir con algo al mejor éxito de las fiestas.

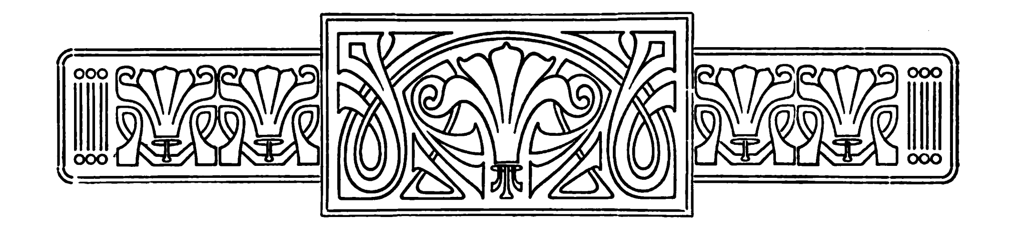
Hubo que prescindirse de mucho. El corto tiempo que los peregrinos estarían en Asunción no permitía que el programa se ampliara tanto como nuestro deseo lo anhelara.

Por fin, todo estuvo listo.

Constituyéronse numerosas comisiones de jóvenes que debían tomar a su cargo la dirección de las distintas fiestas.

Se esperaba con ansiedad el momento. No se hablaba de otra cosa. La prolongada e intensa expectativa había de estallar más tarde en un inmenso hurra al Uruguay que resonó de extremo a extremo en todo el territorio de la república.





II

El programa de fiestas

Resueltos los preliminares, fué menester poner mano a la confección del programa de fiestas. Este fué impreso en artístico *carnet,* en cuya portada figuraban entrelazados los colores de las banderas uruguaya y paraguaya.

Damos a continuación su contenido, aunque incompleto, debiendo agregarse las fiestas improvisadas y las que se efectuaron retribuyendo agasajos y atenciones.

DIA 13

7 ½ a. m. — Recepción en Villa Encarnación. — Discurso de bienvenida a cargo del Bach. Juan Carlos Garcete. — Un tren expreso conducirá a los peregrinantes hasta Asunción.

1 p. m. — Paseo a San Bernardino en honor al ministro Dr. Daniel Muñoz y de la comisión parlamentaria uruguaya, ofrecida por los miembros del Congreso Nacional.

DIA 14

9 a. m. — Recepción en la Universidad. — Harán uso de la palabra los doctores Manuel Domínguez, Ignacio A. Pane y el señor Juan E. O'Leary.

9 a. m. — Recepción por la Liga Paraguaya de Foot-Ball. — Desfile de centros sportivos.

1 p. m. — Peregrinación al Arbol de Artigas. — Orador: Bach. Manuel Riquelme.

8 ½ p. m. — Banquete ofrecido por los miembros del Congreso Nacional a la comisión parlamentaria uruguaya.

8 ½ p. m. — Banquete en honor de los peregrinos uruguayos en el Gran Hotel del Paraguay, ofrecido por el "Centro de Estudiantes de Derecho".

DIA 15

7 a. m. — Meeting patriótico. — Canto del Himno Nacional al pie de la estatua de la Libertad. — La comisión parlamentaria uruguaya, depositará una corona de bronce. — Recepción por el Excmo. señor Presidente de la República.

2 p. m. — Peregrinación a la tumba del general Díaz. — Oradores: Bachiller Juan Stefanich y el comandante Atilio Peña.

10 p. m. — Baile en el Teatro Nacional.

DIA 16

9 a. m. — Match de foot-ball.

1 p. m.—Paseo fluvial organizado por el Auto-Club.

3 p. m. — Regatas organizadas por el Club Mbiguá.

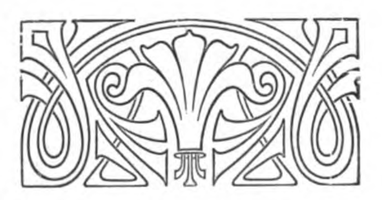
3 ½ p. m. — Fiesta en el Museo Godoy.

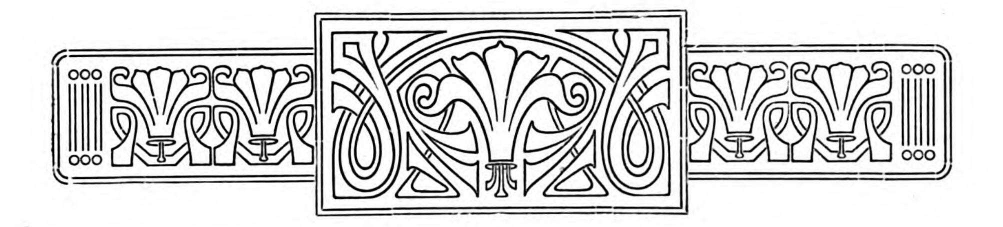
9 p. m. — Conferencia en el Teatro Nacional por el doctor Héctor Miranda; presentará al conferenciante, don Arsenio López Decoud.

DIA 17

5 a. m. — Despedida a los peregrinantes; manifestación a cargo del Centro Estudiantil.

11 a. m. — Partida del crucero "Uruguay", llevando a su bordo a la comisión parlamentaria uruguaya.





III

Llegada del doctor Muñoz. — Manifestación estudiantil. — La recepción oficial. — Los discursos

Ya próxima la fecha tan ansiosamente esperada, vino a aumentar el entusiasmo reinante la noticia de que el doctor Daniel Muñoz, nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Oriental, había sido encargado por su gobierno de la misión especial de presentar al nuestro el cordial saludo del Uruguay a la patria hermana, en ocasión de las fiestas conmemorativas de la revolución de Mayo.



Dr. Daniel Muñoz

El doctor Muñoz se embarcó en Buenos Aires, con destino a la Asunción, a bordo del "Berna". Su arribo a la capital paraguaya estaba anunciado para el 8 de Mayo. Enterados de ello los estudiantes asuncenos, resolvieron ir en manifestación a saludar, en el momento del desembarco, al ilustre diplomático y escritor. Porque el doctor Muñoz, además de delegado oficial del gobierno de su país a las fiestas de fraternidad que se preparaban, era — y esto bien lo sabían los estudiantes — un alto representante de las letras uruguayas. Hacía tiempo que nuestros jóvenes conocían y admiraban al doctor Muñoz a través de las páginas intensamente reales de *Cristina*, de la prosa inimitable — de vieja cepa cervantesca — de *Sansón Carrasco*.

La columna se organizó en el Colegio Nacional. Precedida de las banderas paraguaya y oriental, recorrió las principales calles de la ciudad, en medio de vítores y aclamaciones. Engrosada a cada instante por nuevos y entusiastas contingentes, se dirigió al puerto, que ya estaba completamente ocupado por una compacta multitud entre la que figuraban distinguidas damas y numerosos caballeros de nuestra alta sociedad.

Eran las 5 de la tarde cuando se divisó a lo lejos, tras las rojizas moles de Itápitá-punta, la arboladura del buque, que se aproximaba con rapidez. El pabellón oriental que flameaba al tope, fué saludado con atronadores vítores.

De pie en la cubierta, el doctor Muñoz saludaba a la multitud, cuyo entusiasmo se hacía más ruidoso a medida que el barco se acercaba.



Los señores Silva y Antuña, Bordenave y Carrón esperando la llegada del Ministro Uruguayo

Saludado en nombre del gobierno de la república por el Introductor de Ministros, señor Benjamín Aceval, el diplomático uruguayo bajó a tierra en una lancha oficial puesta a su disposición por la Capitanía General de Puertos.

Fué una verdadera entrada triunfal.

Aclamado, abrazado por los estudiantes, que formaban a su rededor un verdadero oleaje, el doctor Muñoz no aceptó el coche de gobierno que le aguardaba y resolvió hacer a pie el trayecto hasta el hotel Saint-Pierre. Acompañado del encargado de negocios del Uruguay, señor Alfredo Silva y Antuña, del Introductor de Ministros y de los que tan ruidosamente le recibieran, el doctor Muñoz se dirigió a su alojamiento. Hasta allí no cesaron las calurosas manifestaciones de simpatía hacia el Uruguay y su ilustre representante. El señor Silva y Antuña, que tantas simpatías se ha conquis-

tado en el Paraguay, en el desempeño de su cargo, fué también vitoreado por los manifestantes.

La prensa asuncena, por su parte, exteriorizó elocuentemente la cordialidad de sus sentimientos de afecto internacional. Todos los diarios dieron su efusivo saludo de bienvenida al Enviado Especial del pueblo hermano.

A análogas manifestaciones dió lugar la recepción oficial del nuevo Ministro por el Presidente de la República. Ella se verificó en la tarde del 12.

Un batallón de infantería rindió los honores de práctica.

A las 4 llegaron al palacio, en carruajes de gala, el doctor Muñoz, la delegación parlamentaria uruguaya, el señor Silva y Antuña y la oficialidad del "Uruguay".

El señor Presidente de la República, acompañado de los presidentes de ambas cámaras legislativas y del del Superior Tribunal de Justicia, de los ministros del Poder Ejecutivo, del Inspector General de Armas, y de los oficiales de su casa militar, recibió al doctor Muñoz en el salón de recepciones.

Sr. Alfredo Silva y Antuña

Por lo mismo que los discursos cambiados a la entrega de las credenciales "rompen el molde de las fórmulas protocolares", creemos conveniente transcribirlos a continuación:

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO

"Señor Presidente:

El texto de la carta autógrafa del señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, que tengo el honor de poner en vuestras manos, con la cual me acredita como su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno que dignamente presidís, sintetiza en términos bien precisos el significado y alcance de la honrosa y gratísima misión que se me confía, que no es otra que la de poner un nuevo sello al afianzamiento de las cordiales relaciones que ligan al mío con este hermoso país en el que, apenas llegado, me siento ya como en tierra propia, tal es el agasajo con que he sido acogido y tal la atracción que ejerce sobre mi espíritu la magnificencia de esta naturaleza esplendorosa de luz y de colores y el bienestar que a la vida física brinda la benignidad de su clima.

Vieja es la vinculación que cimenta nuestra leal amistad, y propenden a hacerla por siempre perdurable los sentimientos de mutuo afecto y simpatía, que palpitan en el corazón de ambos pueblos, animados ambos de aspiraciones de prosperidad y de engrandecimiento, no por la prepotencia de la conquista sino por el esfuerzo del trabajo y la práctica de las virtudes republicanas dentro del orden institucional, único ambiente propicio para la salud de la patria; y todo me hace ver y todos me lo dicen que es en ese ambiente que se desenvuelve la acción inteligente y progresista de vuestro gobierno.

Sin tener felizmente que ventilar ninguna cuestión fronteriza ni de intereses encontrados entre vuestro país y el mío, estoy seguro de que el desempeño de mi misión me será fácil y agradable. Me son por completo ajenas las artes y sutilezas de la vieja diplomacia, y todas mis habilidades se reducen



El público en el puerto

a poner en mis dichos y en mis actos la más franca sinceridad y la lealtad más expansiva, de manera que podéis tener por cierto cuanto diga y haga en el sentido y propósito de consolidar perdurablemente las cordiales relaciones políticas de ambos gobiernos, las mutuas simpatías que ambos pueblos se profesan, con lo cual no haré más que dar fidelísimo cumplimiento a las instrucciones que he recibido.

Tal vez la expansión que doy a estas manifestaciones rompe el molde de las fórmulas protocolares que rigen estas ceremonias; pero, como os lo dice una de las cartas autógrafas que tengo el honor de entregaros, yo traigo, además de la investidura de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario permanente, la de encargado de una misión especial, y es este carácter

el que me permite expresar con toda efusión los sentimientos que respecto del vuestro animan a mi gobierno, acompañando estas expresiones con mis mejores augurios por la felicidad de este hermoso país y con mis muy sinceros votos por la vuestra personal; y con decirlo así, entro de lleno en el desempeño de esta misión especial a que he hecho referencia, que no entraña ninguna cuestión reservada, sino que tiene por solo objeto el traer el afectuoso saludo de mi patria a la República del Paraguay, en el glorioso aniversario de su independencia."

DISCURSO DEL SEÑOR PRESIDENTE

"Señor Ministro:

Grande es la satisfacción con que os he escuchado decir que las credenciales que me acabáis de entregar, de parte del señor Presidente de la República



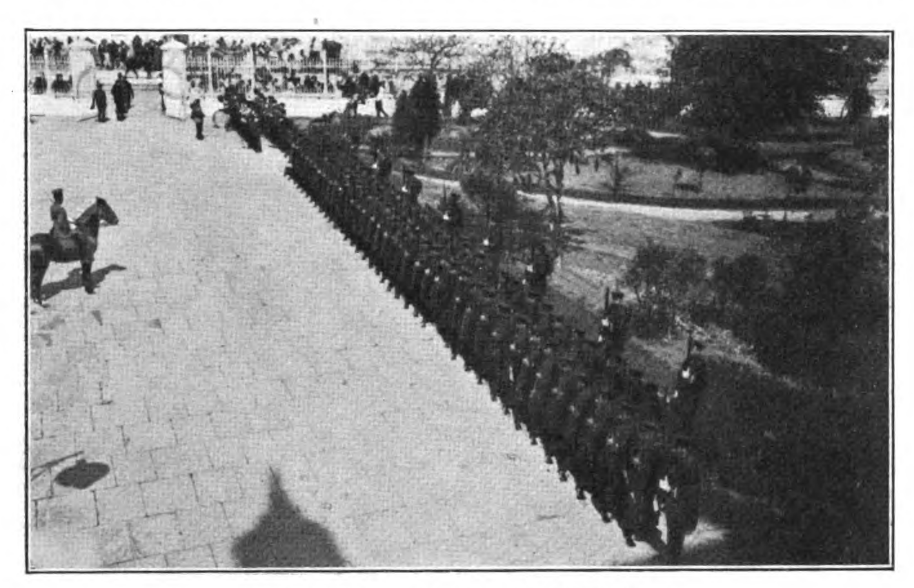
La comitiva dirigiéndose al Palacio de Gobierno

Oriental del Uruguay, os autorizan como su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, con la misión especial de traer el saludo de vuestro pueblo a la nación paraguaya en el glorioso aniversario de su independencia. Y esa viva complacencia se ha acrecentado al oiros declarar que, apenas llegado, os sentís ya como en tierra propia, porque eso significaría que habéis encontrado en la nuestra el mismo ambiente de luces, agrestes perfumes y delicados matices de las hermosas cuchillas de vuestra patria, e igual nobleza, gallardía y calor de sentimientos que hay en vuestra gente.

Bien decís, señor Ministro, que es ya antigua la vinculación de mutuos afectos entre ambos pueblos, y es grato observar que aun perduran las protestas de solidaridad y simpatía formuladas en aquellas correspondencias iniciales entabladas en los días históricos del año 11, entre Artigas, precursor de vuestra nacionalidad, y la ilustre primera Junta de Gobierno del

Paraguay. "Hay que reconocer la recíproca conveniencia e interés de estrechar nuestra comunicación y relaciones", decía vuestro prócer, y los nuestros, Yegros, Caballero y de la Mora, le respondían que, para la obra común de la independencia, "la alianza sería firme, inviolable y duradera, igual la concordia, y uno mismo el interés".

Por fortuna para la amistad entre ambos países, ella no ha podido tener en el pasado las dolorosas vicisitudes que, desgraciadamente, un destino cruel impone a los pueblos, obligándolos a trazar en el mapa de la historia sus límites comunes con la tinta roja de la propia sangre. Por eso, libre de toda preocupación de predominio, pueden desarrollar hoy los dos sus energías vitales, mirándose de lejos con fraternal emulación, luchando por incorporar al acervo de su cultura los elementos de civilización material de que



El batallón que rindió los honores

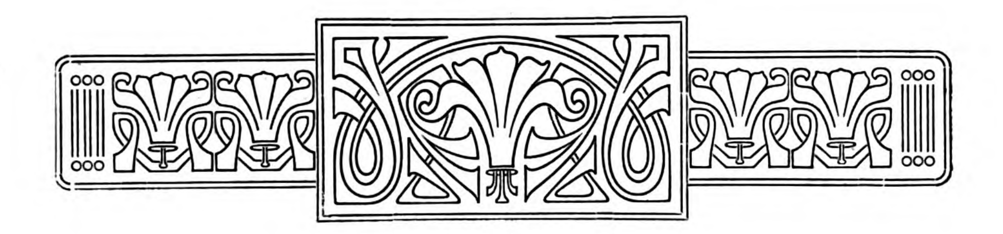
han menester, y cultivando las aptitudes nativas para la vida propia dentro del régimen e instituciones que se han dado. Y he de agradeceros muy sinceramente, señor Ministro, vuestro generoso testimonio cuando reconocéis que mi gobierno persigue esos nobles fines, esforzándose por alcanzarlos, con la colaboración de todos los ciudadanos dentro de la paz interior, y con la buena amistad de las naciones hermanas y vecinas dentro de la armonía internacional.

Bien habéis hecho en abandonar la sobriedad y rigidez del estilo diplomático, dando, señor Ministro, a vuestra palabra esa suave efusión lírica que corresponde al linaje de sentimientos que venís a interpretar en horas de patrióticas expansiones para mi país, y podéis estar cierto de que vuestra misión especial tendrá toda eficacia, y se satisfarán vuestros anhelos, si ellos se cifran en recibir del pueblo paraguayo los mismos cordiales y generosos afectos que acabáis de traducir en nombre del vuestro.

Señor Ministro: Quedáis reconocido en vuestro elevado carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial en el Paraguay".

Refiriéndose a la recepción, decía al día siguiente el diario *Colorado:* "El acto de ayer ha sido, en su género, realmente excepcional. Nunca se ha visto recepción diplomática como ésta, jamás se ha exteriorizado en forma más franca y espontánea el aprecio del pueblo por enviados de un país amigo".



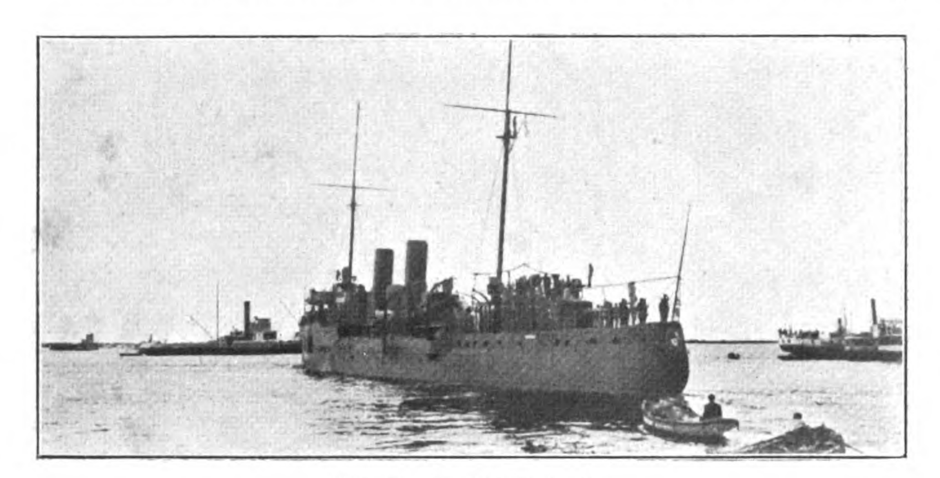


IV

Arribo de la delegación parlamentaria. — Agasajos

El 12, a las diez de la mañana, fondeó en el puerto de Asunción el crucero "Uruguay". A su bordo venía la delegación del parlamento oriental, portadora de una corona de bronce, que sería depositada al pie de la estatua de la Libertad, como un homenaje del gobierno uruguayo.

La misma nave traía una banda de música militar y una sección del regimiento de blandengues, la cual juntamente con un destacamento de la marinería del crucero, debía desembarcar para hacer guardia de honor al Arbol de Artigas y a la tumba del general Díaz y tomar parte en el desfile de tropas que se verificaría el 15.



El crucero "Uruguay"

Componían la delegación parlamentaria los diputados doctor Julio María Sosa, que representa en la cámara al departamento de Maldonado, y don



Esperando el arribo de la delegación parlamentaria

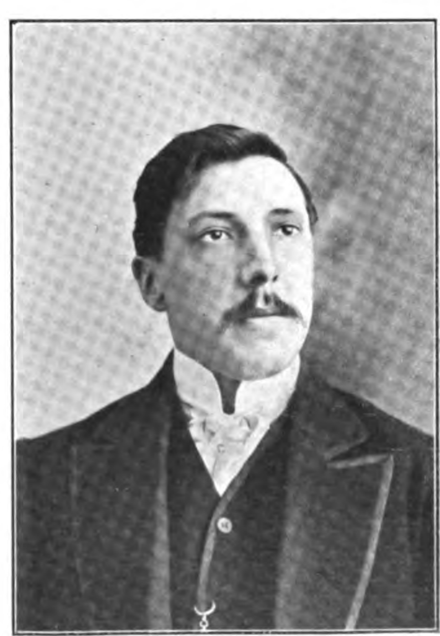
Joaquín C. Sánchez, representante de Colonia. El señor Eugenio Martínez Thedy, diputado por Salto, que debía completar la delegación, se vió obligado a última hora a desistir del viaje.

Presidida por el doctor Sosa, la comisión traía en carácter de secretario al señor Fermín Carlos de Yéregui, Jefe de protocolo e Introductor de diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El gobierno uruguayo estaría, pues, dignamente representado en las grandiosas fiestas de fraternidad que se preparaban.

A las 7 de la mañana del 12, el aviso de guerra nacional "Triunfo", en el que iba una comisión del Congreso compuesta de los senadores doctores Antonio Sosa y Luis A. Riart, y de los diputados, señores Modesto Guggiari, Rómulo Goiburú, Gabriel Valdovinos, Andrés Gill y Manuel W. Chaves, salió al encuentro del "Uruguay". Acompañaba a la comisión el encargado de negocios de la República Oriental, don Alfredo Silva y Antuña.

Frente a San Antonio, se encontraron ambas naves.



Dr. Julio María Sosa


D. Joaquín C. Sánchez

los gobiernos de ambas naciones supieron completar, en forma altamente significativa, el bello gesto solidario en que los dos pueblos fundieron por un momento, en una sola palpitación, el recuerdo conmovido de las epopeyas del pasado y las áureas visiones promisoras del futuro.

Los legisladores paraguayos se transbordaron al buque oriental, para saludar a los colegas. El doctor Antonio Sosa dió la bienvenida a los representantes uruguayos, en un conceptuoso discurso que fué brillantemente contestado por el presidente de la delegación, doctor Julio María Sosa.


D. Fermín Carlos de Yéregui

Los dos buques continuaron juntos el viaje, hasta llegar al puerto de Asunción, donde los esperaba una enorme concurrencia, que recibió a la delegación con entusiastas aclamaciones, acompañándola hasta el Hotel Saint-Pierre. Durante el trayecto, el pueblo no cesó de vitorear a los distinguidos huéspedes.

En todo el tiempo que duró su estadía entre nosotros, los diputados uruguayos fueron objeto de cordiales manifestaciones de simpatía, tanto de parte de la alta sociedad asuncena, como de la juventud estudiosa y del pueblo en general.

Al adherirse a los festejos realizados,

En la tarde del 13, los congresales paraguayos ofrecieron a sus colegas de la delegación oriental una excursión a San Bernardino.

La fiesta, en la que tomaron parte varios periodistas y distinguidos caballeros asuncenos, resultó espléndida, favorecida por la limpidez de un día de primavera que hacía resaltar la agreste belleza de nuestros paisajes y la imponente poesía del "lago azul" de los poetas.

En la pintoresca población, los visitantes reci-

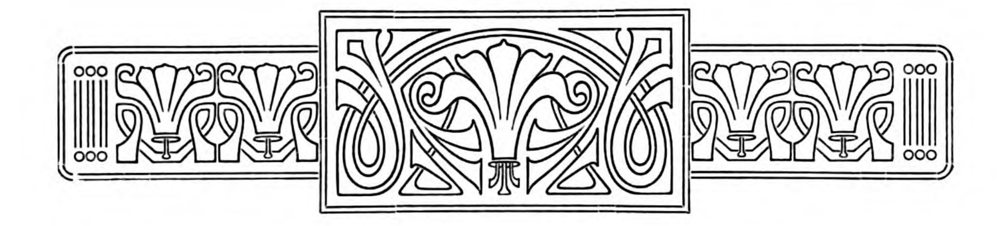

D. Eugenio Martínez Thedy



Dr. Antonio Sosa

bieron una calurosa acogida de parte de las autoridades, de las escuelas locales y del pueblo todo, que se había congregado en el muelle de desembarco.

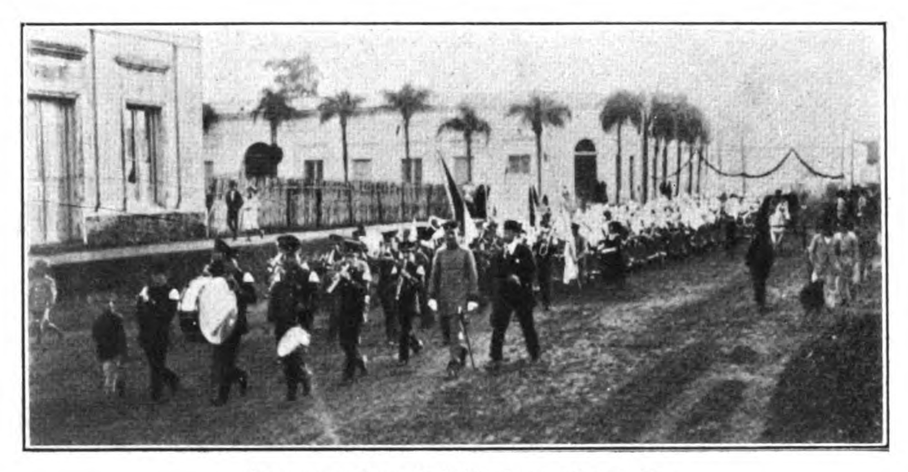




V

De Encarnación a Asunción

El 11 de Mayo partió de Asunción la comisión encargada de recibir a los peregrinos, de darles el saludo de bienvenida al pisar tierra paraguaya, y de acompañarles hasta la capital. La componían representantes de las distintas asociaciones que tomarían parte oficial en las fiestas. Iba presidida



Las escuelas dirigiéndose al puerto

por el vicepresidente del "Centro Estudiantes de Derecho", señor Enrique Bordenave. Eran también de la partida dos delegados de la colonia oriental residentes en Asunción y numerosos periodistas.

Encarnación es el punto extremo de la vía férrea que, partiendo de la capital, atraviesa de N. O. a S. E. la mitad de la república. Situada sobre el Paraná, tiene a su frente, del otro lado del caudaloso río, la ciudad argentina

de Posadas, estación terminal del F. C. N. E. A. Encarnación era, pues, el primer punto paraguayo que tocarían los peregrinos.

La ciudad del Sur estaba en plena actividad. Dirigido por las autoridades civiles y militares, el pueblo daba la última mano a los preparativos. Todos los edificios ostentaban gallardetes y banderas, entre los que triunfaban, repetidos por doquiera, los colores orientales y paraguayos. Arcos de triunfo con inscripciones alusivas se elevaban a lo largo de las calles. El muelle de desembarco estaba cubierto de guirnaldas floridas.

El 13 debían de llegar los peregrinos. Desde las primeras horas de la mañana, la ciudad era un hervidero. El pueblo todo se dirigía al puerto. Vecinos



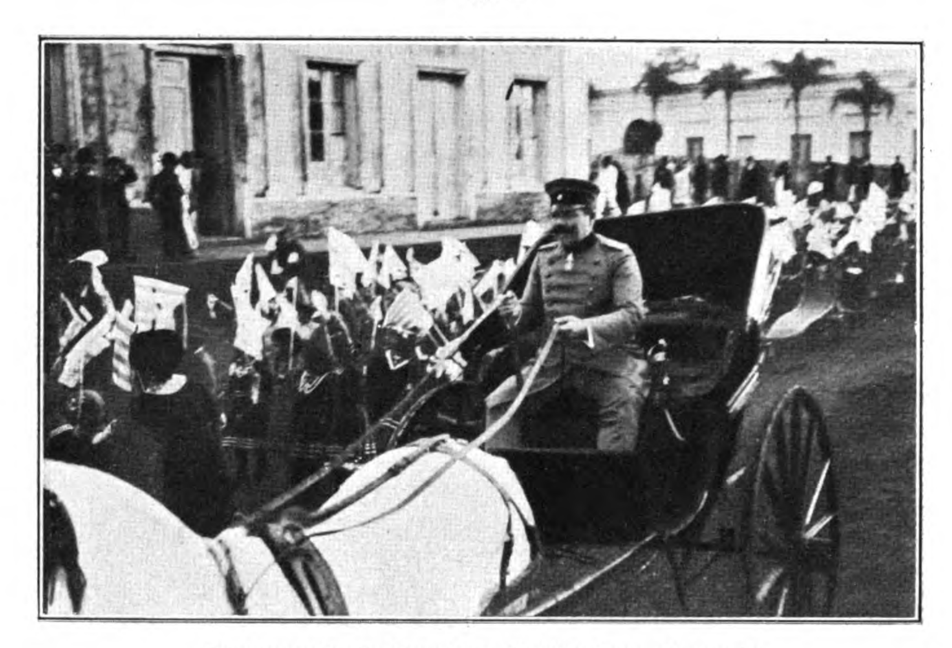
El Consulado de la República del Uruguay en Encarnación

de numerosos departamentos comarcanos, y no pocos habitantes de la costa argentina, se habían dado cita en Encarnación.

El teniente coronel Mendoza, jefe de las fuerzas militares de guarnición en la IV zona, esperaba también en el muelle, acompañado de la oficialidad, en uniforme de gala.

Las escuelas de la localidad daban la nota resaltante.

Perfectamente organizados, con banderas y escarapelas con los colores nacionales y uruguayos, los alumnos de ambos sexos presentaban un conjunto animado y encantador. En los rostros infantiles resplandecían el entusiasmo y el contento. Los niños también estaban alegres al recibir a los hermanos del Plata que llegaban—mensajeros de amor—hasta nuestras playas. Ellos también aman, con el ingenuo y apacible cariño de la infancia, al pueblo hidalgo cuyos loores escucharan tantas veces en el hogar y en las aulas. Porque es en el seno de la familia y en el regazo de la escuela donde los paraguayos

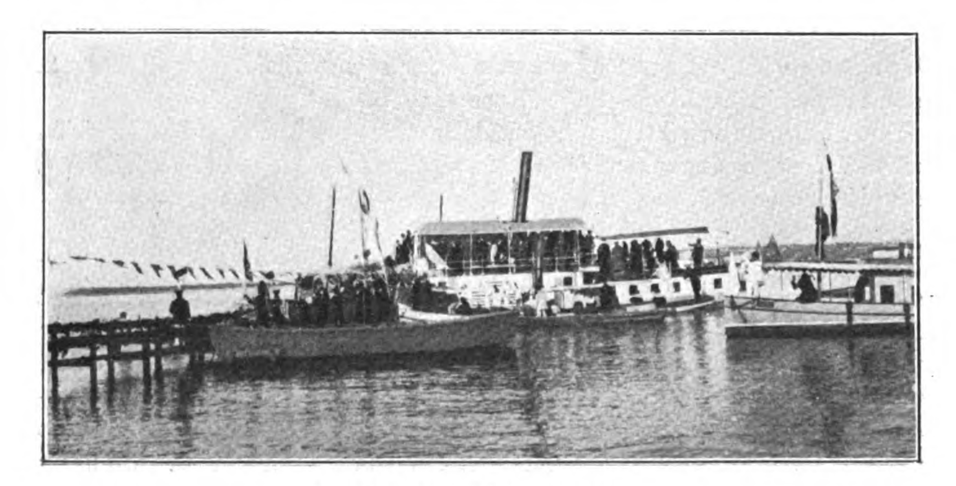


El comandante Mendoza dirigiéndose al puerto

recibimos ese viejo afecto que, nacido en las horas tempestuosas de un pasado inolvidable, florece en el presente y dará sus frutos de bendición en el porvenir.

Una comisión de señoras aguardaba en el muelle. Ellas habían querido recibir entre sus brazos a las damas que acompañaban a los peregrinos, a las portadoras de la adhesión de la mujer uruguaya a las fiestas de la amistad que se preparaban.

Una delegación de estudiantes había pasado a Posadas, desde donde acompañaría a los peregrinos.



La llegada a Encarnación

A las 7 y minutos partieron de Posadas los vapores que conducían a los uruguayos. La pequeña flotilla atravesó rápidamente el Paraná.

Un formidable clamoreo levantóse de la multitud aglomerada en la costa paraguaya. Era un ¡viva el Uruguay! que salió de lo hondo de los corazones y repercutió en el ambiente sereno, como una salva jubilosa.

Las aclamaciones se sucedían sin interrupción.

Comenzó el desembarco. Las damas eran atendidas por la comisión de señoras, mientras la multitud se apoderaba de los peregrinos, rodeando, aclamando y abrazándolos.

Era un cuadro conmovedor. Jamás acogida alguna había sido más cordial, más sinceramente cariñosa.



El desembarco

Nada de presentaciones y cumplidos. Todos se mezclaban, se estrechaban en la alegre confusión del encuentro.

De pronto, la banda de músicos preludió un tono marcial. Las cabezas se descubrieron. Era el Himno Oriental. Un coro de voces infantiles entonó las épicas estrofas de Figueroa. Eran los alumnos de las escuelas locales que habían querido rendir aquel homenaje a los peregrinos. Claros, vibrantes, los sones de la canción se elevaban en medio de un conmovido silencio.

Se cantó luego el Himno Nacional. Son también de Acuña de Figueroa esos versos que sonaban en nuestros oídos como clarinadas de triunfo. Es un uruguayo el que escribió para nosotros esas estrofas. Y en verdad que es digna de una canción escrita por orientales y para paraguayos la soberbia arrogancia que vibra en sus estrofas.



La comisión de damas que dió la bienvenida á los peregrinantes

Una niña se adelantó de las filas escolares y entregó al presidente de la peregrinación un ramo de flores. Al hacerlo, dió la bienvenida a las damas uruguayas. Su vocecita dulce y bien timbrada tenía delicados conceptos para las gentiles peregrinas y sus hermanas del Uruguay. Y terminó diciendo: "Cuando volváis a vuestra tierra no os olvidéis de repetir a las hijas del charrúa, de quienes dicen en la escuela que son de alma de cielo y de corazón de ternuras, que las paraguayas tenemos para ellas aquel algo indefinible que suelen expresar con la cálida palabra del amor. Aceptad, pues, este home-



El Sr. Vila agradeciendo el saludo de bienvenida



Grupo de distinguidos peregrinantes

naje pequeño en su forma, pero inmenso en lo que dice, porque ello viene de donde llegan las cosas más sagradas: del corazón, del mismo corazón".

Agradeció, en un vibrante y sentido discurso, el señor Américo G. Vila.

La enorme columna se dirigió luego hacia la ciudad.

Precedían la marcha las banderas nacional y uruguaya, al lado de las cuales flameaba el pabellón de Artigas, la vieja enseña cruzada por la roja dia-



La columna dirigiéndose al Hotel Engelsburg

gonal, el trapo glorioso que atravesó como un huracán las cuchillas orientales, bajo la aureola siniestra de las media lunas de las lanzas gauchas.

En el Hotel Engelsburg se había preparado un *lunch*. A él se dirigió la multitud, en medio de vítores y aclamaciones.



Señor Juan Carlos Garcete

La recepción oficial debía verificarse allí. Ocupó la tribuna el señor Juan Carlos Garcete, secretario del "Centro Estudiantes de Derecho", y en nombre de la comisión organizadora de los festejos, saludó a los peregrinos con las siguientes palabras:

"Señores:

En la hora del encuentro, bienvenidos sean los gallardos peregrinos que en misión de justiciera apoteosis saben ser también portadores de un homenaje de cariño, reconocida gratitud para los hijos de este suelo, en donde tan pura se ha conservado la tradición de aquel constante afecto, sentido magüer todas las mudanzas de la historia.

Aunque sería innecesario, puesto que bien lo sabéis, no hay en nuestra tierra un palmo donde no puedan plantar su hogar todos los orientales, ni un árbol a cuya sombra no puedan descansar tranquilos todos los que han luchado y han sufrido, os doy la bienvenida y cumplo con una misión de la juventud paraguaya expresándoos que estáis completamente en vuestra casa, en medio de vuestros amigos, hasta con el campo familiar y ahí cerca el río de vuestra leyenda insuperable, como para que ni la naturaleza pueda haceros olvidar vuestras llanuras, de donde, según un pensador, procede el nivel constante del pensamiento, y vuestras cuchillas, de donde, otro joven pensador de mi tierra, asegura que proceden la orgullosa elegancia de vuestros artistas, la independencia de vuestros escritores y la altivez caprichosa, pero adorable de vuestro pueblo.

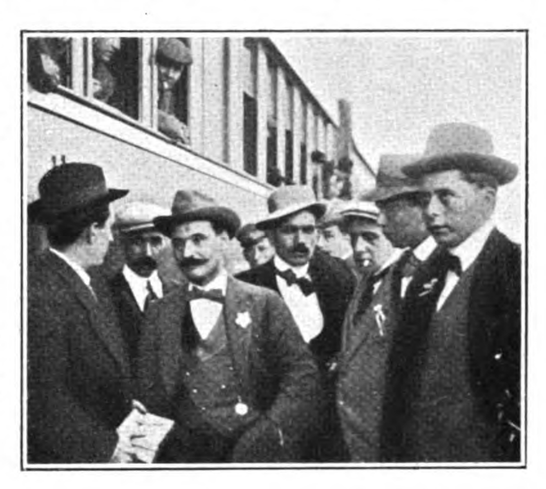


La corona enviada por el gobierno uruguayo

No penséis encontrar nada más. Allá donde mañana celebraremos el abrazo cálido, no hay como aquí, sino un gran esfuerzo por el resurgimiento, y El, Artigas, que dormía ya el sueño de la muerte cuando el huracán pasó, sin dejarnos otra cosa que lo que tuvisteis la gentileza de devolver-

nos, trofeos gloriosos, banderas mordidas por la metralla, espadas rotas antes de caer en manos del vencedor!

Yo os doy el saludo, un saludo que formula la juventud de mi patria con el corazón jubiloso, que ve en este acto el abrazo definitivo, inseparable de dos pueblos, de cuyas entrañas, diré también con Alberto de Herrera, brotará un solo porvenir, bajo la sombra de una gran bandera, que tremolará heroica en aras de un mismo ideal.



Saludo a los cruzados que en *caravana de amor y de justicia* arriban a la tierra que guardó los últimos ensueños del vidente, a evocar su radiante memoria o a saturar el espíritu de las brisas que aún murmuran su canción.

Y no abandonaré satisfecho esta tribuna, porque dejaría seguramente incumplida mi misión, sin que antes por mis labios no se os diga, que si no hemos podido modelar aún la estatua del prócer, al fin héroe nuestro también, ya que tanto nos amó, no pasará mucho tiempo sin que vaciemos en el metal magnífico su ciclópea imagen, dominando el amplio horizonte, alta la cabeza, fija la mirada en la patria lejana, en el gesto de quien pugna por hallarla a través de la distancia y de la niebla que cargaban su alma inmensa.



Esperando la hora de partir

Entre tanto, sépase que vive entre nosotros, improfanable en el alma nacional, donde le guarda la consideración pública, intocado, inviolable; donde desde que murió le hace guardia un pueblo, roto de lanzas, pero no humillado."

Hizo luego uso de la palabra el señor Felipe Vidal Ballesteros, en nombre de la colonia oriental residente en el Paraguay. Tuvo honrosos conceptos para nuestra patria y palabras de conmovida recordación para sus héroes.



Dr. Manuel Cañizas

Los señores Blas I. Cáceres, en representación de la ciudad de Encarnación, y Antonio T. Dávalos, en nombre de la "Sociedad Empleados de Comercio", pronunciaron también hermosas alocuciones. En todas ellas resaltó la nota cordial, el concepto fraternal y cariñoso. La concurrencia pasó acto seguido al salón del Hotel Engelsburg, donde fué servido un *lunch*.

En medio del entusiasmo, que crecía por momentos, se levantó uno de los peregrinos y, con la copa en alto, propuso un brindis. Era el coronel Fabregat, que venía en representación del ejército uruguayo. Estaba visiblemente conmovido. Habló, con palabras espontáneas y sentidas, de la intensa emoción que recibiera ante la acogida de que había sido objeto la peregrinación. Habló de nuestros heroísmos y nuestras desgracias, de días de gloria y de horas de prueba. Tuvo frases de admiración y gratitud para nuestras mujeres, de cariño y esperanza para nuestros niños. Y brindó porque la paz y la felicidad sean con nosotros, pues que nuestros han sido el sacrificio y el martirio.



Pbro. Dr. Arturo María Arrivillaga

Una estruendosa ovación ahogó las palabras finales del orador.



Dr. José M. Fernández Saldaña

Por último, habló el señor Francisco Forteza, secretario de la comisión organizadora. Su vibrante discurso provocó una nueva tempestad de aplausos.

Había llegado la hora de partida. Un largo convoy esperaba a los peregrinos. Un trofeo de banderas y guirnaldas adornaba la locomotora.

Los peregrinos ascendían a trescientos. Entre ellos destacaban—flores de gentileza y hermosura—varias damas y señoritas que habían arrostrado valerosamente las fatigas del largo viaje.

Formaban parte de la peregrinación los

señores: doctor Manuel Cañizas, diputado, delegado por el departamento de Flores y portador de la placa colocada al pie del Arbol de Artigas; doctor José M. Fernández Saldaña, subdirector del Archivo y Museo Histórico Nacional del Uruguay y delegado por el mismo; doctor Pbro. Arturo María Arrivillaga, portador de la bandera artiguista entregada al pueblo paraguayo, delegado del clero uruguayo y del departamento de Río Negro; coronel Luis C. Fabregat, delegado del "Círculo Militar y Naval" de Montevideo; don Juan M. Ricci, inspector de I. Primaria; don Alejandro Emilio Pesse, secretario de la Intendencia Municipal de Río Negro; don Arturo C. Devali y Luis Devali, José M. Giamani y Francisco Colono por el departamento de Paysandú; Héctor Villagrán Bustamante, Bernardo Vela Hauty y Cándido Marín por el departamento de San José.



D. Juan M. Ricci



D. Ricardo Figuerido

La prensa, estaba brillantemente representada por los señores: don Eduardo de Salterain y Herrera, *Diario del Plata;* don Modesto Llantada, *Tribuna Salteña;* don Ricardo Figuerido, *Diario Español;* don Luis R. Antola, *La Voz del Salto;* don Ernesto Larré, *El Día;* don Manlio Vitale D'Amico, *La Razón;* don Alfredo C. Piñat y don Ramón P. Miranda, *El Combate,* de Maldonado; don Antonio M. Grampone, *La Tarde,* del Salto, y don Luis L. Adami por *Fray Mocho.*

La estación y sus adyacencias rebosaban de un gentío que aclamaba sin cesar a los huéspedes. Los próceres de ambas patrias se confundían en el entusiasmo de los vítores. Artigas, Díaz, Lavalleja, Yegros, eran los nombres que brotaban de todos los labios, en la ardorosa conjunción de los homenajes populares.

A las 9, el tren se ponía en movimiento.

El viaje se inició bajo buenos auspicios. El día era hermosísimo. El sol, nuestro implacable sol, esparcía la gloria de sus rayos desde un cielo intensamente azul, sin una



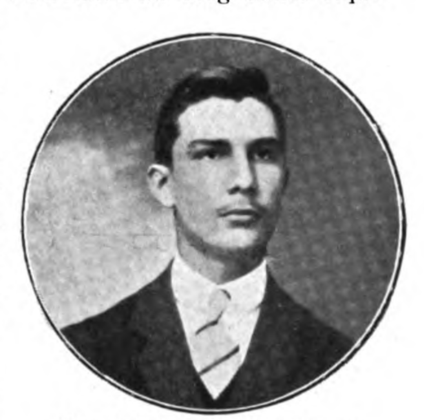
D. Luis R. Antola



D. Eduardo de Salterain Herrera

nube. Era un verdadero día de primavera. El tren avanzaba rápidamente por entre la vegetación exuberante de las inmensas selvas, casi vírgenes, a través de las verdes sábanas de los campos interminables, corriendo durante mucho tiempo a lo largo del Paraná majestuoso.

Y un pensamiento obsedía nuestro espíritu mientras se deslizaba ante nuestros ojos admirados la encantadora policromía de los paisajes. Un pensamiento que tenía mucho de esperanza y mucho de reproche. ¡Cuán inmensamente opulenta será nuestra patria el día que el trabajo realice en ella, en toda su amplitud, su obra bienhechora; el día que el esfuerzo decidido de sus pobladores arranque de sus senos ubérrimos las inagotables riquezas que atesora! Y la paz se nos presentaba como la aspiración suprema del alma nacional. ¡Paz, paz ante todo y por sobre todo!



Sr. Antonio M. Grampone

Una larga pitada de la locomotora nos advirtió que habíamos llegado a una estación. Era Carmen del Paraná. Toda la población, con las escuelas a la cabeza, esperaba el paso del tren. Por todas partes, guirnaldas y banderas entrelazadas decían de la cordialidad de la acogida.

La banda de música de la localidad y la que acompañaba a los peregrinos, hicieron oir los sones de los himnos. Una niña entregó, en nombre de sus compañeras, una gran corona de flores al presidente de la peregrinación.

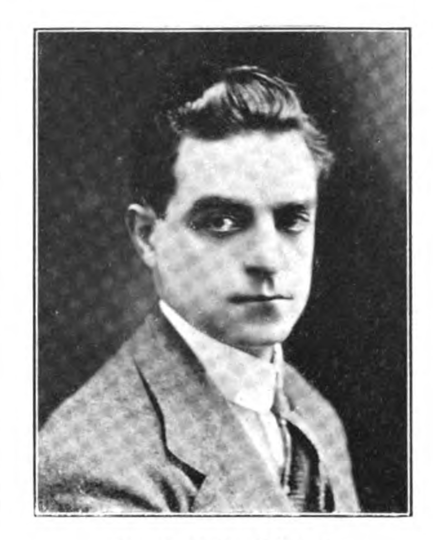
D. Ramón P. Miranda

La "Diana Pallejas" y el "Cerro León", histórico, llenaban de bélicas sonoridades el espacio, entre el tumulto ensordecedor de los vítores.

El tren continuó su marcha.

Y en todas las estaciones se repitió la misma escena. Las más humildes aldeas enviaron su contingente a la fiesta. El pueblo entero esperaba en cada parada a los peregrinos.

En todas partes, los niños triunfaban. La escuela se imponía. Bien organizados,



Sr. José L. Adami

alegres, incansables, los niños daban, siempre, la nota resaltante, la nota simpáticamente conmovedora.

El trayecto fué una serie ininterrumpida de ruidosas y entusiastas manifestaciones de cariño.

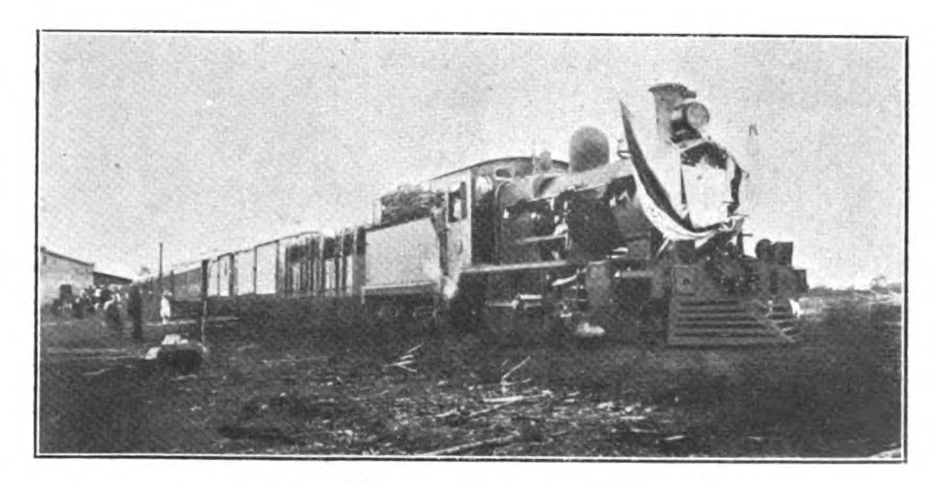
Al paso por Cahí-Puente, doscientos jinetes, desplegados a lo largo de la vía, vitorearon a los peregrinos. Los escolares arrojaron flores. Un accidente inesperado detuvo el tren algunas horas. La marcha prosiguió a las 4 de la tarde.

En Maciel se obsequió al presidente de la peregrinación con un hermoso escudo de armas del Uruguay, bordado en seda.

Llegamos a Villarrica, la más importante ciudad sobre la vía y una de las primeras de la República, a las 12 de la noche. La estación resplandecía con la luz de centenares de antorchas que llameaban en manos de una enorme multitud que había estado esperando toda la tarde. Arcos de triunfo se elevaban a ambos lados de la vía. El Himno Oriental se hizo oir de nuevo, entonado por los niños de las escuelas.

El tiempo apremiaba. Era necesario acortar las paradas. La marcha prosiguió.

De trecho en trecho, el convoy se detenía breves minutos. Eran las distintas estaciones. Desde las primeras horas de la tarde, la multitud no se había movido de allí. Y, a pesar del frío y a pesar del cansancio, las escuelas permanecieron en su puesto. Hay que decirlo bien alto: es a nuestras escuelas, a las modestas escuelas de campaña, a las que correspondió en primer término el honor de la hermosa jornada.



El tren expreso saliendo para la Capital



Bailando el "Santa Fe"

En Paraguarí se ofreció un *lunch-champagne* a los peregrinos. Se cambiaron entusiastas brindis; el doctor Cosme da Costa Churruca agradeció la demostración y ¡al tren!

En Pirayú, cuna del héroe nacional general José E. Díaz, se hizo la última parada. Y ella merece una mención especial. Eran las tres de la mañana.



Preparando un "asado" durante la demora en Cai-Puente

En la Plaza General Díaz las escuelas cantaron los himnos. El señor Elías Díaz Peña, inspector de escuelas y presidente de la Comisión pro monumento al general Díaz, saludó a los peregrinos con una breve y sentida alocución.

Contestó, en hermosas palabras, el señor Vila.

Las niñas repartieron fotografías del héroe de Curupayty.

Desde Pirayú, el tren avanzó sin interrupción. Las primeras luces de la mañana lo sorprendieron a pocos kilómetros de Asunción.

Hacia la derecha se descubría ya la ancha cinta líquida del río nativo.

Pasamos Trinidad.

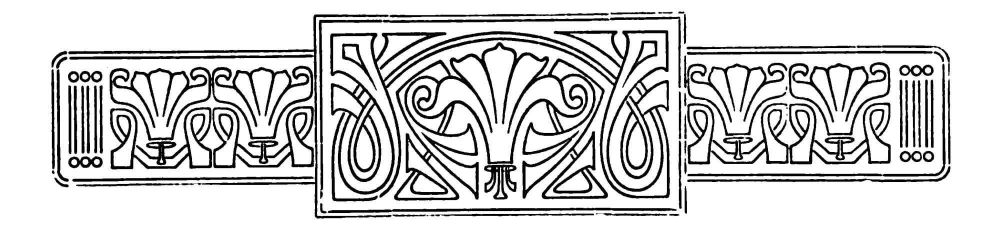
A corta distancia de la vía se distinguía, rodeado de banderas y trofeos, un árbol cuya copa se destacaba sobre la vegetación de los contornos.

Era el ibirapitá centenario en cuyas inmediaciones se alzó el hogar del Precursor.

Era el "Arbol de Artigas".

Minutos más, y estábamos en Asunción. Eran las seis y media de la mañana.





VI

Día 14: Manifestaciones estudiantiles. — La recepción en la Universidad. — Manifestación al Arbol de Artigas. — Banquete de los estudiantes de derecho.

Momentos después de llegar el tren, los estudiantes improvisaron una manifestación que, engrosada por numeroso elemento popular, recorrió las calles de la ciudad, visitando los distintos hoteles en los que habían sido alojados los peregrinos.

La ciudad estaba de fiesta. Los edificios—tanto públicos como particulares—aparecían adornados con colgaduras y trofeos, en los que los colores y los emblemas de los escudos de armas de todas las naciones hacían guardia de honor al sol oriental y a nuestro león simbólico.

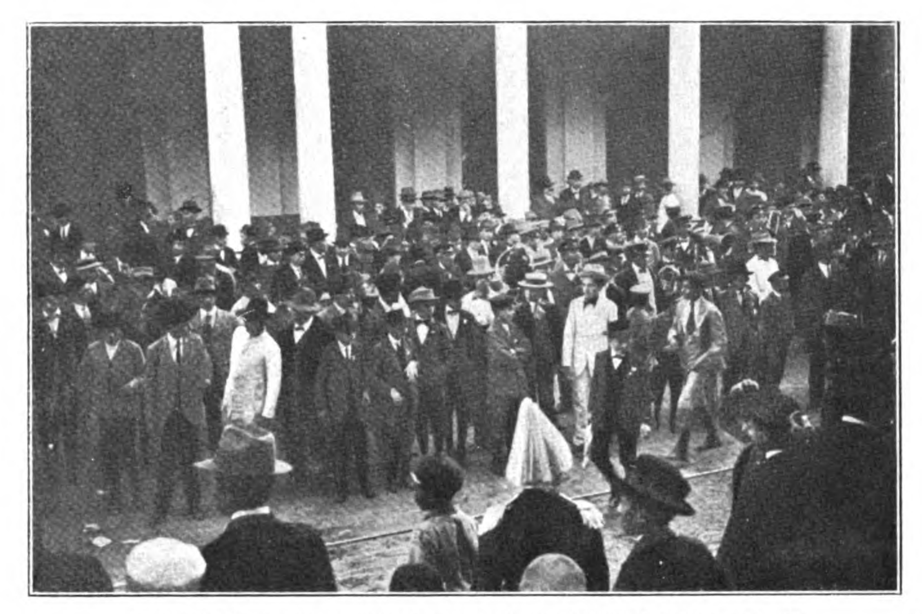
Plazas y calles rebosaban de una multitud alegre y bulliciosa que exteriorizaba en entusiastas aclamaciones su cariño al pueblo que es el predilecto en la escala de nuestras afecciones.

Bastaba que apareciese uno de los peregrinos para que los vítores recomenzasen. Aquello era la ardorosa explosión de afectos profundamente arraigados en el alma de las multitudes nativas. Porque estas fiestas tuvieron un sello eminentemente colectivo, popular. Fué el pueblo, el pueblo en el amplio sentido del término, el que constituyó el gran núcleo de todas las manifestaciones. Era la patria misma la que se ponía de pie para recibir al huésped bienvenido.

Y por ello, siempre y por sobre todo, resaltó la nota hondamente sentida, el rasgo elocuente y conmovido, la sincera espontaneidad del gesto fraternal.

❧

El primer número del programa lo constituía la recepción en la Universidad Nacional. Ella se verificó a las 9 de la mañana, en el salón de actos,

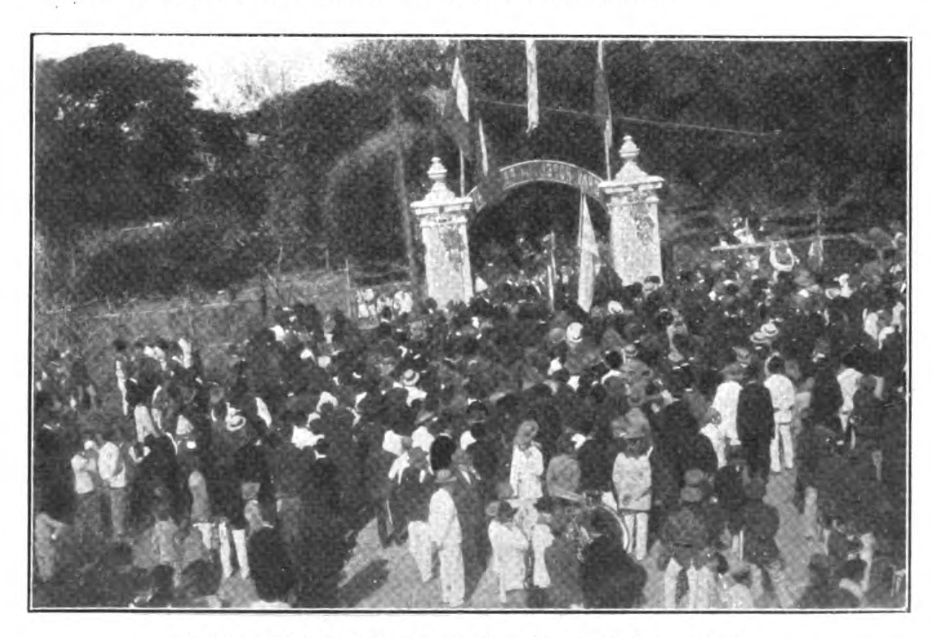


Esperando a los peregrinos en la estación del ferrocarril

presidida por el rector doctor José Emilio Pérez y el claustro universitario.

Eran invitados de honor el E. E. y Ministro Plenipotenciario del Uruguay, doctor Muñoz; el secretario de la Legación, don Alfredo Silva y Antuña; los miembros de la Delegación del Parlamento oriental, y el Presidente de la comisión organizadora de la peregrinación, don Américo G. Vila.

Gran número de estudiantes llenaba la extensa sala.



La manifestación en el Gran Hotel del Paraguay

El doctor Manuel Domínguez abrió el acto, saludando a los huéspedes en nombre de la casa. "Pronunció uno de esos sus bellos discursos, en los que el hondo sentir y el alto pensar se aunan en maravilloso consorcio."

He aquí un resumen de su conferencia:

"Va a tratar de las relaciones entre el Paraguay y Artigas. Aportará datos nuevos, prometiendo brevedad y rapidez.

¿Por qué el Paraguay no auxilió con un ejército al caudillo oriental? Porque sus escasas fuerzas apenas bastaban para defender sus fronteras y porque el Paraguay y Artigas acabaron por estar en planos diferentes.



Dr. Manuel Domínguez

En verdad, entre el Paraguay, Artigas y Buenos Aires, hubo completo desacuerdo. Eran tres tendencias que correspondían a tres distintas situaciones.

Al Paraguay se debe la primera idea de la Confederación, en el sentido exacto del vocablo. La confederación presupone la soberanía de cada Estado confederado. El Paraguay en todas sus notas a Buenos Aires, resalvaba su independencia, la proclamaba como un dogma qué se debe acatar sin discusión.

Artigas era el apóstol de la unión federal en que cada provincia sería autónoma, pero no sería soberana.

Buenos Aires, creyéndose heredera del poder virreinal, perseguía el sistema unitario y monarquista.

En síntesis: el Paraguay quería su *independencia* absoluta; Artigas quería la *dependencia* mutua, pero equitativa; Buenos Aires quería que todas las provincias *dependiesen* de ella.

El Paraguay triunfó en su propósito legítimo; Artigas sucumbió en su esfuerzo generoso por la unión federal que, a la larga, sin embargo, prosperó también en la República Argentina, y la ambición unitaria y monarquista de Buenos Aires fué desbaratada por los gauchos federales, que raudos y libres como el viento, llevaban en su corazón la democracia.

Y Artigas creyó que el único culpable de no haber el Paraguay adoptado su sistema federal era el doctor Francia. En consecuencia, conspira contra él en Abril de 1815, en los mismos días en que le invitaba a entrar en su sistema federal. Explica esta doble actitud de Artigas, conforme a un documento inédito, y dice que la conspiración en que entró iba a crear al caudillo oriental una posición falsa ante el temible dictador.

En seguida el orador se transporta a 1820.

Artigas vencido, primero por Lecor y después por Ramírez, que le per-

siguió con furia incansable, pide refugio al doctor Francia: confía en la generosidad del dictador y en la hospitalidad del pueblo amigo en donde tuvo resonancia simpática su nombre.

Artigas vino, dijo después el doctor Francia, *sin más bagaje que una alforja y una chaqueta colorada.* Lo peor era que bajo esta pobre chaqueta venía un corazón apretado por un torno. El fugitivo era víctima del amigo pérfido que dice el salmista y a ese pérfido debía el infortunio propio y el infortunio de la patria. Detrás quedaba, allá lejos, quedaba hundida aquella patria, *sueño desvanecido de aquel sonámbulo!*

Pero la persecución de Ramírez no había terminado. Un apógrafo inédito, datado en Corrientes, lo comprueba. El caudillo de Entre Ríos pide



Las banderas llevadas en coche

la extradición de Artigas. La pide, la suplica, al doctor Francia. Le ofrece navegación libre de los ríos, libertad de comercio, alianza, amistad, le ofrece todo, a condición de que le entregue el fugitivo.

Pero el doctor Francia, con su mentalidad superior, no era hombre de dejarse engañar por un Ramírez. Estaba muy en autos de su complicidad con los conspiradores de 1819 y el dictador paraguayo con su carácter, signo cierto de su naturaleza metálica, hubiera preferido dejarse sepultar entre las ruinas de la patria antes que complacer al caudillaje. Ni se dignó contestar su nota de extradición á Ramírez, puso preso al conductor del pliego y envió un ejército a Villa del Pilar. Así se salvó Artigas de las garras del amigo pérfido.

Resume la historia posterior del caudillo oriental. La pensión que le dió el doctor Francia, era mayor que el sueldo del ministro de Hacienda, etc. No

es cierto que estuviese en cautiverio en el Paraguay. El gobierno de Rivera a tiempo rectificó el aserto. Lo dice otro papel de nuestro Archivo.

Y para no mutilar su pensamiento, lee las líneas que coordinó para responder a la pregunta siguiente:

¿Por qué no quiso Artigas retornar a la patria que tanto contribuyó a crear?

Una nota de Gauto, el comandante de San Isidro, dirigida á los cónsules, permite inducir las causas. Iré glosando el documento constante en nuestro Archivo.

Pero empiezo por notar que en 1841 Artigas estaba arruinado por la edad. Tenía 78 años (había nacido a principios de 1764).

Y la idea fija en un anciano es la proximidad de la muerte. En la memoria retrospectiva del caudillo, los recuerdos de sus campañas a veces le turbarían, pero esas imágenes difusas huían cuando pensaba en la cercanía de la noche ineluctable. *El resto de mi vida es muy limitado*, dijo a Gauto, cuando éste le entregó el mensaje de Rivera. Zorrilla de San Martín, con su bella dicción evocadora, dice que parecía ya un transeunte solitario del bosque de mirtos, en que discurren las divinas sombras impasibles. La realidad sencilla es que un hombre a los 78 años no es ni sombra de lo que fué. En definitiva, Artigas, en 1841, era muy diferente del caudillo tempestuoso de otros tiempos. Lo era también por el medio en que vivía.

En efecto, *hay un acorde secreto entre la naturaleza y el alma*. El estado de espíritu simpatiza con el ambiente, se tiñe con el color del paisaje, triste o risueño, como las nubes, según dicen, se amoldan a la comarca por donde van, y así la resignación del caudillo de ojos azules se ajustó con la placidez de la selva pensativa. No sé si digo lo que quiero con decir que vivía en una tristeza serena como esos árboles esbeltos que se alzan, apacibles, melancólicos, dominando la llanura.

Artigas, que había sido siempre afecto a las clases rurales, estaba aclimatado en aquella tierra tropical, prodigiosamente fértil. Todos sus lazos de los últimos veinte años le ataban a San Isidro. Amaba con el amor pálido de la vejez la tierra en donde descansó de sus fatigas. El hombre de las tormentas había encontrado la calma, remedo de la felicidad, en aquellas verdes serranías, y desde la altura a donde llegó por la senda del infortunio, podía repetir la frase del paria en la *Cabaña India:* "La desgracia se parece a la montaña negra de Bember, en los confines del abrasado reino de Lahore. Mientras la vais subiendo sólo veis rocas estériles, pero al llegar a la cumbre descubrís el cielo sobre vuestra cabeza y a vuestros pies el reino de Cachemira."

Artigas amaba esas cosas que dije, como las ama el campesino, el montañés. Bompland, otro cautivo de la selva encantada, las amó como hombre de ciencia, y cuando Humboldt y su patria le llamaron, tampoco quiso alejarse de la naturaleza melódica que se apodera del hombre con caricias de mujer. El doctor Francia tuvo que echarle por la fuerza. En resolución, Artigas (asevera el documento) *pidió se le conceda la gracia de finalizar en esta villa*.

El filántropo, además, siente goces que desconoce el egoísta, y Artigas había llegado á serlo. Era *el padre de los pobres,* según todos los testimonios. La gente sencilla que le rodeaba no le engañaba como le engañaron sus protegidos y aliados de otra época.

Le encadenaba también al Paraguay el trato que le dieron los cónsules, quienes, lo propio que el doctor Francia, respetaron en él la gloria y la desgracia. Artigas, munificente en su pobreza, pagó la gentileza paraguaya con el tesoro de su sentimiento. *Por los beneficios recibidos,* dijo, según el papel que voy glosando, *viviré en una gratitud inmortal.*

Artigas hizo una frase, sin pensarlo, y ¿cómo eternizar la gratitud del héroe a su segunda patria?—Grabando en su sepulcro esas palabras que salieron del corazón.

¿Y para qué hubiera renunciado Artigas a los pocos años de vida tranquila que le restaban?

Para caer en Montevideo, en aquel hervidero de pasiones desatadas, donde Rivera se aprestaba a la defensa y Oribe estaba por repetir el sitio clásico de Troya. Hubiera sido pasar del paraíso al infierno, una gran locura.

Artigas era ciertamente popular en su país. No dudo que estuviese, de manera indefinible, en el alma de los Treinta y Tres cruzados de la causa, ni que su espíritu empujase las cargas tremendas en *Sarandí.* Era el héroe nacional. La imaginación había bordado su leyenda. Los gauchos fingían su simpática figura recorriendo las cuchillas amadas que recitaron su nombre, y, por la noche, en torno al fogón, memoraban sus hazañas. Rivera le llamó, los poetas le cantaron. Todo ello era verdad, pero todo ello no hubiera sido parte a impedir que una vez en Montevideo las fracciones irritadas le hubiesen atacado á discreción y precipitado su muerte, reabriendo las heridas que dejaron en su alma cicatrices indelebles. Era demasiado tarde para él y para los orientales, repitiendo lo que se dijo de Alberdi. Este Alberdi, en hora infausta, resolvió volver a Buenos Aires y retornó al destierro con el pecho oprimido.

En Artigas triunfó el buen sentido. Lo que dijo a Gauto es terminante, en la dirección de su nota: *Estoy muy distante de imaginar en volver a mi país nativo.*

Artigas, probablemente, nunca leyó el *Cándido* de Voltaire, pero supo comprender que a cuanto ofrece el mundo era preferible que siguiera cultivando su jardín de San Isidro.

El viejo jardinero de San Isidro, sin darse cuenta, se había hecho un poco filósofo en la villa de los bosques grandes en que el viento canta su canción eterna. El viajero de la vida no estaba en condiciones de repetir la subida por la ladera de la montaña negra de Bember...

Va a terminar.

Orientales: Hacéis bien en honrar la memoria del caudillo. Patria es recuerdo y Artigas la personifica en el dominio inmutable del pasado.

Los dioses se van, por falsos, y se quedan los héroes, vencedores de la muerte, porque son eternamente verdaderos, eternamente humanos."

Siguióle en el uso de la palabra el doctor Ignacio A. Pane, catedrático de la Facultad de Derecho y distinguido escritor.

Transcribimos á continuación su discurso:

" Señoras:

Señores:

El miembro más modesto del personal docente de esta Universidad, el que escucháis, ha sido designado para daros la bienvenida en esta casa, pronunciando la palabra oficial de vuestra recepción solemne. Pero por eso mismo, por ser el más modesto pasante quien os habla, no debéis recelar de las proyecciones soporíferas o académicamente fastidiosas que hace posibles este caso. No voy a desarrollar ninguna tesis con tendencia doctrinal. Ni siquiera podéis temer de mí un discurso en el sentido oratorio.

Fuera pretensión risible la de seguir en actos como éste las costumbres ceremoniosas de academias célebres, recibiendo a los representantes de un país tan culto como el Uruguay con el examen y discusión de algún tópico característico de la investigación y exposición docentes. Baste pensar que nada nuevo podríamos deciros, ya que representáis una cultura científica y artística por lo menos tan alta—y ¿por qué no decirlo, si es la verdad, no lisonjera cortesía?—una cultura más alta que la nuestra. Por mi parte, al menos, tengo la convicción arraigada hace tiempo de que solamente por Gonzalo Ramírez, en lo jurídico; Vaz Ferreira, en la antropología psíquica; por Rodó, el malogrado Blixen, Roxlo, los Herrera, los Acevedo, Daniel Muñoz y otros muchos más, todos brillantes, para la literatura en general, así también, por vuestras reformas civiles y administrativas, por vuestra legislación social, y, en fin, porque lleváis el cetro de la poesía y la elocuencia en Zorrilla de San Martín, formáis con Chile el reflejo perfecto de la cultura superior, bajo la casi totalidad de sus aspectos, en la América española.

Sin embargo, aunque sin salirme de mi propósito antididáctico, algo muy importante y oportuno conviene señalar aquí excátedra, en estos momentos, por su trascendencia por lo menos probable, en el orden social e internacional. Me refiero a la aproximación internacional de dos pueblos tan fuertemente atados ya ahora por otros lazos que no podrá romper fácilmente cualquiera eventualidad futura, calculable hoy. Mucho más si se observa que esta aproximación latente desde hace tiempo, a la distancia, hoy echa la simiente en el fértil campo de las consecuencias prácticas.

En efecto, ¿no estamos practicando aunque rudimentariamente, una especie de extensión universitaria?

Y en estos comienzos de ideal intercambio intelectual, entre los pueblos uruguayo y paraguayo, sea, porque es, vuestro el honor de la iniciativa. Por ella no tenemos un motivo para envidiaros, sino un nuevo móvil para amaros.

Cierto es que ya existía esa comunicación, al menos por vuestra parte. Hace tiempo, bastante ya, que nosotros os conocíamos: que las ondas de vuestro pensamiento científico y artístico habían herido nuestro cerebro y

hablado a nuestro espíritu, como hablara la ninfa Egeria al rey Numa. Cierto, así, que, hogar del pensamiento como es la Universidad, por la presencia ya anterior de vuestro pensamiento aquí, esta casa era vuestra, es vuestra.

Es decir que estáis en vuestra casa... no os lo dije antes porque entonces habría sido un vulgar, inexpresivo cumplimiento.

Pero aunque es cierto que nosotros ya os conocíamos, pensando en parte con vuestro más alto pensamiento, no es menos cierto que os corresponde el mérito de sacar a plena luz este hecho, esta verdad, en vuestra solemne visita fraternal con todos los encantos y beneficios de su real transcendencia.

Grande y extraordinaria, en mi humilde sentir, es semejante comunión intelectual práctica en los destinos de ambos pueblos.

No hay para qué forzar la nota, procurando persuadir a que se cumplan los designios superiores de Artigas sobre la alianza de los países pequeños y afines del Plata. Sería una indiscreción de mi parte, aun dándole tonos de conferencia jurídica especulativa. No negaré que en mis ensueños de patriota y americano, suelo acariciar más con el deseo que con el cálculo, una unión contractual entre Bolivia, la posible Macedonia; el Paraguay, la Esparta, más leal y noble que la griega, y el Uruguay, la Atenas indudable. Pero comprendo que eso es adelantarse demasiado. No hay que abusar del pasado ni del presente, aunque se trate de formar el porvenir. Tampoco olvido que vuestra joven República, cuyo seno virgen recibe pródigamente las prosperidades del mar libre, no puede requerir ni utilizar mayormente nuestro concurso.

No obstante, hasta en la esfera de la cultura, nuestro contingente no puede ser calificado de nulo. Permitid que me jacte del caudal que han aportado ya y aún pueden aportar las cabezas paraguayas de Domínguez, Báez, Gondra, Moreno, Teodosio González, Arsenio López Decoud, O'Leary y otros, en materia sociológica, especialmente histórica, etnográfica, lingüística, económica y penal.

Y sobre todo, séame concedido el deleite de robustecer mi convicción, viéndola corroborada elocuentemente por vuestro Luis Alberto de Herrera, sobre la ayuda mutua que se prestan, inconsciente y fatal, los llamados países chicos.

¡Cuánto podemos aprender y aprovechar de vosotros!

El Uruguay, que es hoy la Suiza, según unos, la Bélgica u Holanda, según otros, en Sud América, demuestra una vez más que no hay pueblo pequeño despreciable. Y allá en el viejo mundo, ¿qué son sino tierras chicas Inglaterra, Italia y el Japón?

La grandeza no está, pues, en las dimensiones territoriales, sino en el alma que engendra héroes guerreros en Esparta, sabios en Atenas, conquistadores en Roma, patriotas en la Francia de la gran revolución, virtudes salvadoras en el Israel de los Macabeos, genios defensores como Arquímedes y Aníbal en Siracusa y Cartago.

Ved a Bulgaria enseñando ahora a los pueblos chicos que pueden y quieren ser patriotas. Ved a Montenegro. Pero doblemos la hoja en obse-

quio a los grandes, a los imperialistas ofuscados por el espejismo territorial.

Volvamos a la transfusión de ideas que iniciáis ahora aquí. Para mí es risueña porque es indefinida y fatal, e indefinida y fatal porque el pensamiento no es más que la floración suprema, más propiamente quizá, la fructificación terminal de la evolución, que ha tenido su nacimiento y tiene su razón de ser, en la vasta ramificación de sentimientos y causas físicas desarrolladas con anterioridad.

El contacto de pensamientos uruguayo y paraguayo verificado ahora solemnemente, no es más que el fruto, o con más propiedad tal vez, la simiente ya prolífica, coronación o cumbre de una solidaridad o confraternidad que ha venido arraigándose y robusteciéndose al través del tiempo.

Y no pasemos, señores, por alto, esta trivial analogía semibotánica, sin advertir lo más hermoso. En este desarrollo de tropical exuberancia, vuestros poetas, que cantaran nuestra independencia, nuestros dolores, nuestras mujeres, nuestras bellezas, son las flores que extraen y esparcen el perfume, mientras que Artigas es el tronco robusto que lo eleva y lo sostiene todo... Las raíces están más adentro, más atrás: llegan hasta el charrúa guaraní.

En efecto, pudiéramos buscar los orígenes de nuestra confraternidad, antes de Artigas, no por el prurito vanidoso de quienes hurgan la lejana raigambre de un blasón heráldico, sino por la convicción de un fenómeno étnico natural. Encontraríamos esas fuentes, si quisiéramos no ya en el coloniaje únicamente, sino más allá, en las últimas razones de una remota genealogía y geografía indígenas. Veríamos, así, que el Uruguay de hoy, como el charrúa precolombiano, no es más que el centinela avanzado del valor y bondades de una gran raza, enviado a orillas del mar inmenso, del Paraná-Guazú, para desplegar sus ingénitas energías en el punto más propicio a la civilización. Todavía hoy, hasta en el vocabulario edilicio de esa ciudad de flores, flor de ciudades, maravillosa Montevideo, al decir del poeta y hasta en la nomenclatura de arroyos, ríos, sierras y lugares interiores y hasta en el gran poema Tabaré, Iliada lírica, inmensa oda épica, extraño idilio de la conquista hispánica, resuena el pristino verbo guaraní, sonoro aún en esta tierra paraguaya.

Pero es innegable que el jalón de arranque, el verdadero creador de la sólida confraternidad, ha sido el prócer, Artigas.

Desde entonces, todos los paraguayos y uruguayos son sus agentes, sus factores, gobernantes y gobernados, escritores y escolares, poetas y comerciantes, sin que constituya una excepción la guerra del 65, porque aquel desliz ha sido absolutamente enmendado por la más extraordinaria reparación que registra la historia del mundo: la devolución de los trofeos y el perdón de la deuda de esa guerra. ¡Ojalá siempre en la vida humana se cometieran las faltas para ser corregidas de semejante manera!

Ved, después del paso dado por Artigas, lo que hacen nuestros tiranos. El más grande por su tiranía, Francia, que persigue lo mismo a la ciencia en Bompland, que a la religión en el obispo Panes, que a la moral y el derecho en el régimen del matrimonio, al civismo en Yegros, Caballero y de-

más próceres, a la cultura nacional en la ruina de la instrucción pública, sin embargo, respeta a Artigas, a quien no quiere mirar siquiera, y por añadidura, le concede un asilo seguro; y todavía más, le otorga, aunque modesta, según ciertas apreciaciones, una pensión de que no le priva ni en los momentos álgidos de su satánica neurosis! Aparte de cualquiera otra explicación de una sutil psicología histórica, ¿no es dable suponer que Francia, desde la sombra de sus maquinaciones siniestras, entrevió la luz de esta verdad, que resplandece ahora: la verdad de una suerte común, fatalmente vinculada, de los dos pueblos uruguayo y paraguayo, afines en su independencia, verdaderamente hermanos, necesariamente aliados, aun sin pacto expreso, en Sud América?

Ved al otro de nuestros gobernantes llamados tiranos, don Carlos Antonio López, a quien podríamos apellidar el Luis XIV de la república paraguaya: más que el haber mejorado la condición o situación de Artigas, demuestra para mí su honda simpatía hacia el Uruguay el haber pedido a vuestro Acuña de Figueroa nuestro Himno Nacional.

Por fin, el Mariscal López—y dispensadme todos que le invoque pese a lo delicado del punto, pues creo su rasgo más elocuente que todos—aquel hombre, más que POR su tiranía, grande EN su tiranía, como lo fueran San Luis, Enrique IV y Napoleón en su despotismo, aquel Quijote trágico de una gigantesca aventura internacional, inmoló al Paraguay, creyendo hacerlo en aras de la independencia patria, ¡así como de la uruguaya!...

Y antes y después de todos los citados, mientras Acuña de Figueroa hace nuestro himno, Antonio D. Lussich y *Sienra Carranza* cantan nuestros dolores nacionales. Montes con los dedos mágicos de la poesía borda los versos de La Tejedora de Ñandutí, nuestra canción lírica popular por antonomasia: los orientales de pensamiento, de origen y de expresión, Juan Carlos Gómez, Agustín de Vedia, Nicolás Granada, Carlos Roxlo, Alberto de Herrera, Márquez Valdés y toda una pléyade consagran al Paraguay los monumentos indestructibles de la justicia histórica reparadora, en que no raya a igual altura más que el genio de Alberdi.

Por último, y aquí tocamos un hecho social más convincente quizá que todo lo apuntado anteriormente: en estas explosiones de afección sincera, vosotros y nosotros ¿hacemos acaso cuestión de partido político? ¿nos distrae siquiera por un momento esa odiosa cuestión que tanto nos divide interiormente? De ninguna manera.

Aquí como en todo país, la estimación o el afecto a las naciones extranjeras se distribuye en núcleos libres, coincidentes en parte con los de la colonización inmigratoria. Tal prefiere a Francia, tal otro a España o Italia. Pero en este instante tratamos de una excepción. Puedo afirmaros como verdad inconcusa que no puede ser desmentida por ningún grito aislado, ***que no hay un solo paraguayo de regular instrucción y patriotismo que no admire y ame al Uruguay antes que a cualquier otro pueblo de la tierra.***

Es natural: formados ambos pueblos por la misma raza indígena y la misma colonización española e italiana predominante, encerrados en territorios igualmente chicos pero con almas igualmente grandes, con heroísmos

gemelos y sufrimientos análogos, con los mismos vecinos colosales, y lo que es más, con reciprocidades de afecto constantes, esta visita del oriental al Paraguay es el más normal y explicable de los pasos que pueden darse entre verdaderos hermanos.

Al venir a rememorar a Artigas, honráis al general Díaz, representante de nuestro heroísmo. Pues bien, cuando vayamos, que no dejaremos de ir, a agradecer y rememorar la devolución de los trofeos y la condonación de nuestra deuda de guerra del 65, sobre las tumbas de Santos y Tajes, representantes de vuestra generosidad de entonces, no dejaremos de rendir homenaje a los bravos Treinta y Tres y especialmente a los Palleja y Arredondo del valor charrúa.

Tal como venís a Asunción recordando a Curupayty, no llegaremos a Montevideo olvidando a Ituzaingó y Paysandú.

Y al contemplar con admiración y cariño de hermanos, no con envidia de rivales, vuestros progresos en la Ciencia y en el Arte, en la Moral y en la Economía, nosotros los representantes del guaraní casi selvático aún, abrazaremos en vosotros al hermano Tabaré, a cuyas pupilas azulearan las olas del grandioso mar ribereño y en cuya alma se han transfundido las ondas de la civilización traídas por el mismo mar, el gigante Atlántico domado ya por vuestro patriotismo, vuestra inteligencia y vuestro comercio.

En conclusión, señores, para libraros del peso de mi palabra torpe, termino asegurando también que bajo la suprema dirección del taumaturgo Artigas, tan genial como el que ha transmitido el pensamiento sin el endeble pero forzado alambre del telégrafo, sea que nos visitemos, sea que nos recordemos simplemente, nuestras almas como las del guaraní y el charrúa primitivos, seguirán comunicándose con el más estrecho abrazo internacional, desde sus dos alturas célebres en la poesía indígena: el verde Lambaré del paraguayo y el uruguayo Cerro, verdiazulado por la tierra y por el mar.

Desde esas dos alturas seguiremos mirándonos con los azules ojos y el alma noble y fiera de Tabaré."

Cerró el acto el director del Colegio Nacional, señor Juan E. O'Leary. El inspirado cantor de nuestras glorias habló en la siguiente forma:

" Señores:

La juventud paraguaya ha querido que fuera yo quien en su nombre os diera la bienvenida en esta casa que es como el ALMA MATER del Paraguay moderno. Ella me ha pedido, también, que os expresara el inmenso júbilo que llena su alma al veros en nuestra tierra, materializando con vuestra presencia viejos afectos, cultivados al través del tiempo y de la distancia. Ella desea, en fin, que yo interprete sus sentimientos hacia la gran patria oriental y hacia sus hijos heroicos y caballerescos.

Pues bien, señores: escuchad el mensaje, y en la torpeza de mis palabras no busquéis sino la expresión de mi sinceridad. Vosotros sabéis, orientales hermanos, que por sobre todas las virtudes de nuestra raza ha estado siempre

nuestra inflexible lealtad, ya que por acabar de ser leales lo fuimos hasta con el infortunio, con la derrota y con la muerte. Podéis, pues, creer que cuanto vais a oir es apenas un débil acento de lo que todos los paraguayos llevamos para vosotros en nuestro corazón sin dobleces, sentimientos tan profundamente arraigados que nada ha podido debilitar, ni aún la locura de los tiempos, ni aún los horrores de la guerra, en días que nosotros ni siquiera recordamos ya...

Y la verdad es que nuestra simpatía viene de lejos y que su explicación no es difícil si pedimos a la historia que ilumine las tinieblas del pasado.

Nuestras patrias vinieron a la vida en la misma hora, bajo idéntico destino. Una misma fatalidad pesó sobre las dos, un mismo anhelo las empujó adelante y los mismos contrastes se interpusieron en su camino. La geografía perfiló los caracteres singulares de la raza, y, dentro de la gran familia rioplatense, tuvimos nuestras fronteras morales, contra las cuales se estrellaron al Norte y al Sud las mismas ambiciones vecinales.

No necesito recordaros en todos sus detalles este estrecho paralelismo de nuestro ayer, ni necesito insistir sobre las infinitas afinidades de nuestros pueblos. Pero he de evocar el recuerdo de un episodio de nuestra común historia que es como la consagración de esa alianza espiritual que siempre ha existido entre nosotros:

Era la hora crepuscular, anunciadora del claro amanecer de un nuevo día. Extraños rumores flotaban sobre el ambiente de la dormida colonia. El descontento empezaba a agitar a los criollos, hasta entonces sumisos al yugo español. Nada había, pero los horizontes se oscurecían, y oídos bien expertos podían percibir el apagado rumor de la lejana tempestad. El virreinato, tranquilo en apariencia, era como un volcán en cuyas entrañas el fuego preparaba la erupción. Y ya lo sabéis, la vieja Albión precipitó los acontecimientos, llegando a nuestras puertas, en son de guerra y de conquista, fiada en nuestra secular docilidad, en nuestra antigua mansedumbre. Buenos Aires se irguió con arrogancia, Montevideo se aprestó también a la pelea... y el Paraguay acudió resuelto al primer llamado de sus hermanos en peligro.

La lucha fué terrible, revelándose un nuevo factor en el drama de la historia, factor activo, enérgico, avasallador, llamado a producir transformaciones radicales y a operar milagros ni siquiera sospechados. Ese factor era el hombre americano, con cuya acción el mundo no contaba, y bajo cuyo influjo redentor iba a florecer la libertad a la faz de la Europa esclavizada!

Salvada la vencida Capital, gracias a nuestro eficaz apoyo, los ingleses volvieron la vista a Montevideo, dirigiéndose contra ella. En tan apurado trance el desgraciado Marqués de Sobremonte corrió en vuestra defensa, al frente de un poderoso núcleo de milicianos, reclutados en las diversas provincias del virreinato. Entre ellos iban muchos centenares de paraguayos, a las órdenes del comandante José Antonio Yegros, padre del futuro prócer de nuestra independencia. Atacado por el invasor en los alredores de la ciudad, Sobremonte no supo sacar partido de los elementos de que disponía, sacrificando torpemente a sus soldados y dándose a la fuga, apenas empezada la batalla. Los jinetes paraguayos, entre los que estaba el después brigadier

Fulgencio Yegros, y los jinetes orientales, entre los que estaba el después general José Gervasio Artigas, pelearon juntos, resistieron juntos, murieron juntos, bajo el tremendo fuego de los cañones enemigos...

¡Gervasio Artigas y Fulgencio Yegros!

¡Pensadlo bien, hermanos orientales!

¿No son acaso esos dos hombres providenciales la encarnación viviente de su raza y la síntesis humana de nuestra historia patria?

Artigas era el Uruguay que iba a nacer; Yegros el Paraguay que se acercaba. Los dos confundidos en el heroísmo, abrazados en el peligro, juntos ante la muerte, eran como una revelación de nuestro destino, anudaban lazos que nunca se habían de romper, señalaban rumbos al porvenir.

Yegros y Artigas sellaban así, al pie de los muros de Montevideo, un pacto que todas las vicisitudes de nuestra tormentosa existencia no habían de destruir.

Y la sangre de nuestro héroe, herido de muerte en la batalla, rubricó aquel épico encuentro de dos pueblos, aquella fusión de dos razas, aquella comunión de dos patrias en un solo ideal de libertad.

He aquí el punto de partida de esta corriente de hondo afecto y de inquebrantable simpatía que nos une, suprimiendo distancias, haciendo rimar los latidos de nuestro corazón en una indestructible fraternidad.

De allí arranca esa afinidad de sentimientos entre paraguayos y orientales, que si alguna vez parece turbada por la demencia de los hombres, es sólo para resurgir más vigorosa, para asegurar definitivamente su imperio, para echar más hondas raíces en las entrañas de nuestro pueblo.

Quizá Artigas no presintió que a su lado caía Yegros, vale decir el Paraguay, para levantarse vencedor del polvo de la derrota. Quizá Yegros no sospechó que junto a él era vencido aquel obscuro blandengue, en cuya alma de fuego ardía el patriotismo charrúa, inmenso predestinado de vuestra historia, condensación luminosa de esos vagos instintos de la raza a los que él dió forma, a los que él dió vida, pronunciando la primera palabra de vuestro génesis. Pero desde aquella sangrienta encrucijada en que se puso a prueba el temple de nuestro espíritu, partieron los dos profetas, el uno hacia vuestras cuchillas, el otro hacia nuestras selvas, sombríos y meditabundos, deslumbrados por la misma revelación. Y cuando sonó la hora del peligro, lanzados en pos del mismo ideal, detenidos por idénticos obstáculos, amenazados en su obra y desconocidos en su empresa por la misma implacable madrastra, Artigas y Yegros se buscaron a la distancia, como viejos camaradas, y sus miradas se encontraron, si bien sus anhelos salvadores no pudieron fundirse en la realidad de los hechos. Estaba escrito que ellos arrojarían la semilla y la fecundarían con sus lágrimas y con su sangre, pero que no verían brillar el día del triunfo, el día bendito de la sacra cosecha, desde los umbrales del hogar feliz, en medio de sus pueblos redimidos.

Y cuando llegó para el patriarca el instante inicial de su larga agonía, en aquel melancólico declinar de su fortuna, desecha honores, rechaza prebendas, agradece gentiles ofrecimientos, y, doblando sobre el pecho la cabeza, pone al trote su fatigado caballo de batalla, que en diez años no ha tenido una hora de descanso... y marcha al Paraguay!

———

Vencido, traicionado, seguido sólo de algunos pocos compañeros y de muchos indios guaraníes—¡indios de nuestra raza!—cruza las Misiones en que Andresito escribiera no pocos cantos de su epopeya, y va a pedir asilo a nuestro temible Dictador, cuyas miradas fosforecen allá en el fondo de ese obscuro antro en que se agazapa, celoso y desconfiado.

¿Por qué ha escogido ese refugio a su desgracia?

¿Por qué ha preferido el Paraguay de Francia a la libérrima tierra de Wáshington que le llama?

¿Qué buscaba vuestro prócer en nuestra infeliz tierra esclavizada?

¿Habéis pensado en esto, hermanos orientales?

¡Oh, las misteriosas corrientes de la historia, con cuanta lógica discurren, empujando a los actores en el gran drama del pasado!

¡Artigas no podía ir sino al Paraguay! Sólo allí encontraría el calor de un afecto fraternal, la solicitud del hogar perdido, el ambiente propicio de una sociedad que le acogería con cariño y con respeto, haciéndole olvidar su dolorosa condición de desterrado. Eramos de su familia, paisanos nos llamaba, y, a pesar de todos sus extravíos, respetaba en nuestro Dictador la ferocidad de su patriotismo, y tenía fe en su generosidad ante la majestad de su infortunio.

Y vuestro Artigas pasó treinta años de su vida en medio de nosotros, sin sentir los rigores de la ausencia, descansando su gran alma atormentada, sin molestias, sin quebrantos, en una infinita placidez, poniéndose en los horizontes de nuestra tierra, como un sereno sol tras un tranquilo atardecer.

Y vosotros no ignoráis, hermanos nuestros, que el solitario de Curuguaty, que vuestro padre Artigas no quiso tornar nunca a su terruño, no quiso abandonar este postrer refugio de su gloria, encontrando bueno el lecho que su segunda patria le ofrecía para dormir su último sueño. Tampoco debéis haber olvidado que aquel gigante en escombros, que aquella sombra octogenaria, que sólo alentaba por el poder de su espíritu vigoroso, aún se irguió sobre sus años, cuando de nuevo peligró nuestra independencia, ofreciéndonos su vieja espada de Las Piedras con los últimos alientos de su vida...

Y si en los albores de nuestra historia, Yegros, cayendo al pie de Montevideo, selló con su sangre un pacto irrevocable entre dos pueblos, Artigas, entregándonos todo su ser, dándonos lo que le quedaba, los últimos latidos de su corazón, y, junto con su espíritu, su envoltura material, ratificaba para siempre la estrecha solidaridad de nuestras patrias, legándonos el sagrado e ineludible deber de ser hermanos, como hijos suyos, hijos predilectos de su gloria y de su infortunio!

Y bien, hermanos orientales: tal es el origen de nuestro afecto, de esta ingénita simpatía que desde lejos nos atrae, de esta fraternidad que nos vincula a través de todas las vicisitudes, por sobre todos los errores.

Agregad a esto que de una sola lira brotaron los conmovedores acentos de nuestros himnos, en cuyas vibrantes melodías se diluye el alma de nuestros pueblos... Agregad que un bardo vuestro fué el primero que lloró sobre nuestras ruínas, sobre *"nuestra Jerusalén rota y saqueada"*... y que fuisteis vosotros los primeros también en darnos la mano, tras el horrendo duelo,

devolviéndonos esos sangrientos despojos de nuestro heroísmo sin fortuna, renunciando a una herencia de odios que vuestra nobleza repudiaba, para imponernos solamente una deuda de gratitud... Y tendréis la explicación de ese creciente cariño hacia vosotros que las nuevas generaciones paraguayas han recibido de sus mayores, y de ese intenso júbilo con que os vemos llegar a nuestras playas, como a ausentes queridos, por cuya vuelta suspirábamos.

Y como si aun no fuesen suficientes tantos vínculos, vuestra generosidad ha querido sellar, una vez más, esta estrecha fraternidad, fundiendo en bronce vuestro afecto, para dejar sobre la tumba del guerrero que simboliza nuestra esperanza en el desastre, el homenaje del Uruguay de hoy en los laureles de una corona.

¡Gracias, hermanos!

El presente y el pasado se refunden así en la gran memoria de Artigas. Yegros y Díaz no son sino la Patria misma en marcha hacia el porvenir. Con la sangre del uno se firmó el primer pacto en vuestra tierra, sobre el sepulcro del otro va a confirmarse la eternidad de ese abrazo que impusiera el Sembrador. Pero, por sobre todo, está él, su espíritu flota sobre nuestra vida, como sobre el caos el espíritu de Dios. Somos hermanos en El, y lo seremos, a pesar de todos nuestros errores y extravíos, porque más poderosa que nuestras pasiones, y más grande que nuestras debilidades, es la sugestión de su recuerdo!"

El Arbol de Artigas

No lejos de Asunción, sobre un camino poco transitado, en un lugar apacible y melancólico, lleno de vegetación y cultivo, hasta donde llegan, aunque ya atenuados, los rumores de la ciudad, pero que hasta una época reciente debió conservar aún la tristeza agreste de los desiertos y la poesía misteriosa de las leyendas, se alza el añoso Arbol, mudo confidente de los sueños nostálgicos de Artigas.

Yergue en medio del paisaje sus ramas frondosas e inclinadas, cual si pretendiera besar la tierra en que apoya sus raíces, con la gravedad de un símbolo y la vejez de una tradición. Pareciera que la trama oscura de la vida del caudillo oriental impregnase las fibras íntimas del Arbol y, circulando por sus ramas inertes, se espiritualizase en la sombra que proyecta a sus pies, flúida y enervadora como invitando a imposibles renunciamientos, y a la vez densa como el tiempo que ha prestigiado y enaltecido las hazañas y los pensamientos del héroe.

Acaso ha quedado en pie para asistir a la apoteosis de su antiguo dueño y presidir la fiesta de confraternidad, en que su patria asoció a la nuestra su tradición excelsa, de la misma manera como Artigas vinculó su destino.

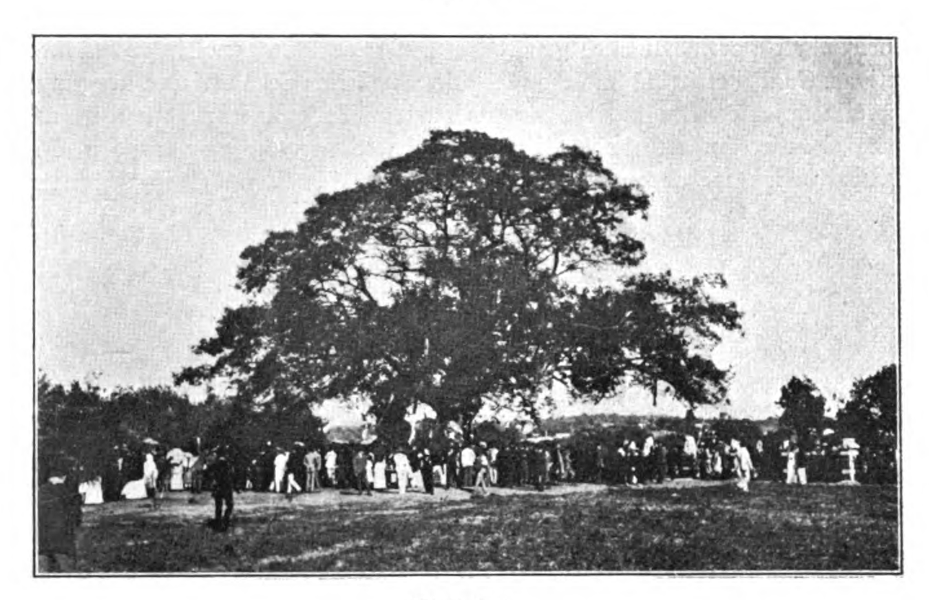
atormentado por idealidades generosas, a la serenidad apacible de los lares nativos. Cual si el Arbol hubiese recogido las glorias del Patriarca uruguayo, los homenajes confundidos de las dos nacionalidades hermanas han llegado hasta el retiro imperturbable de su simbolismo vegetal, y en torno a él se agruparon las masas en oleajes avasalladores, hendieron el espacio notas



General José Gervasio Artigas

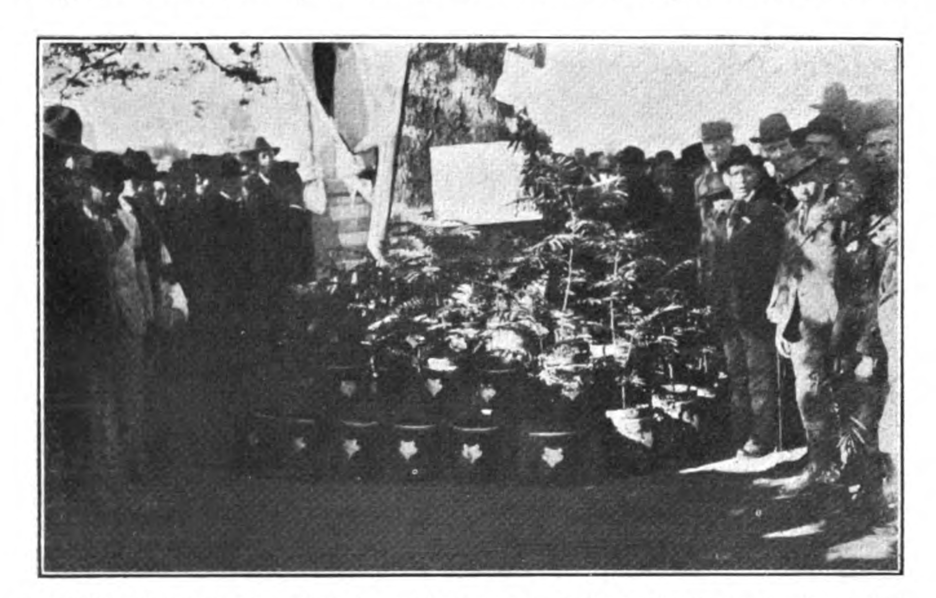
armoniosas de los himnos y ardieron las llamas sagradas de los entusiasmos como en un altar familiar.

Aquel día lucía las galas de las dos banderas predilectas del caudillo, cuyos pliegues ondeaban en su copa a impulsos de la misma brisa que hacía estremecer el follaje, semejante a una emoción hermana causada por insólito espectáculo o súbitamente herida por el fantasma de las advocaciones. Sentía, tal vez, la presencia animada, innumerable, a su alrededor, y comprendía confusamente su significación ideal, porque había sufrido ya la

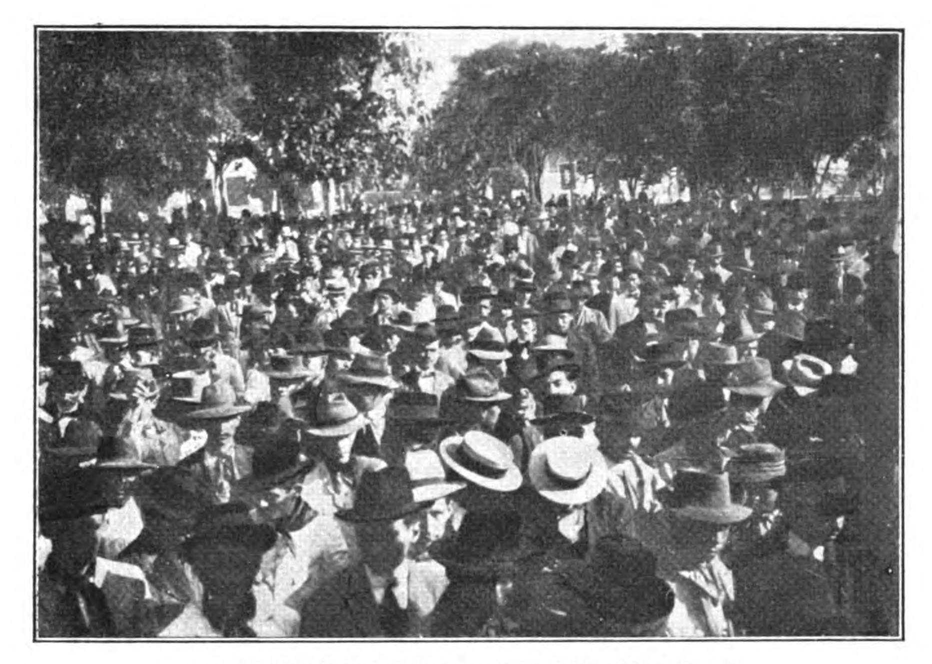


El Arbol

furia de los desgajamientos y la profanación dolorosa de las inscripciones; y, todo lo que en su inmutabilidad secular habla de las meditaciones nostálgicas y los sueños irrealizados del vidente, se iluminaba ahora, se enardecía y se agitaba, llenándose de imágenes fúlgidas, de signos incomprensibles y eternos como el éxtasis maravilloso de los cultos antiguos. De momento en momento el Arbol parecía cambiar de forma, perder su naturaleza. Nos imaginábamos ante una prominencia viva de la historia que brotase del centro



Los "33 arbolitos de Artigas" cultivados por la Escuela de Agricultura de la Trinidad y destinados a los departamentos de la República del Uruguay

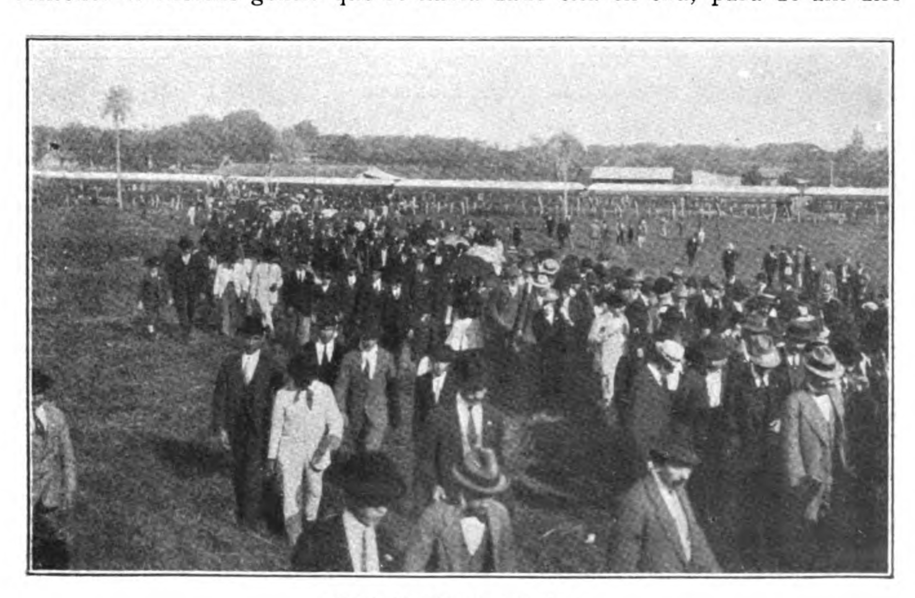


Aguardando la partida en la Plaza Uruguaya

mismo de la tierra patria para eternizar una gloria y consagrar la alianza tradicional de dos pueblos.



Desde mediodía, la Estación Central del ferrocarril era pequeña para contener el enorme gentío que se había dado cita en ella, para de ahí diri-



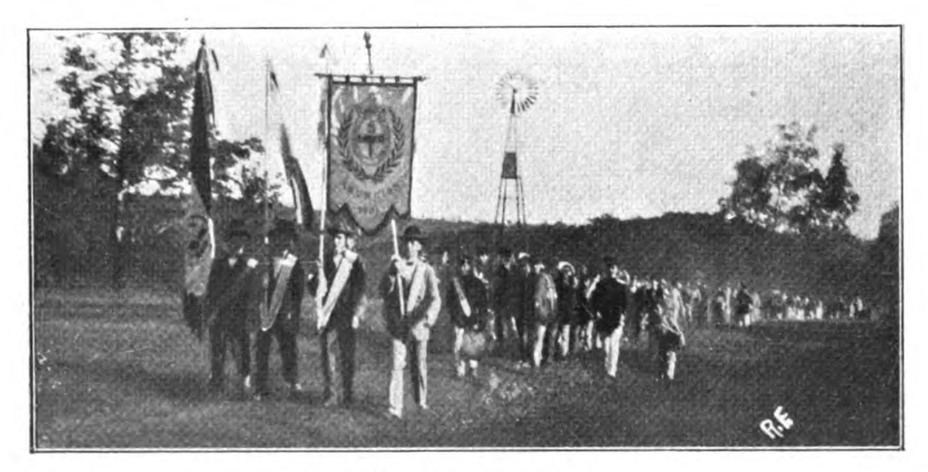
Dirigiéndose al Solar



Llegada de un tren a la Trinidad



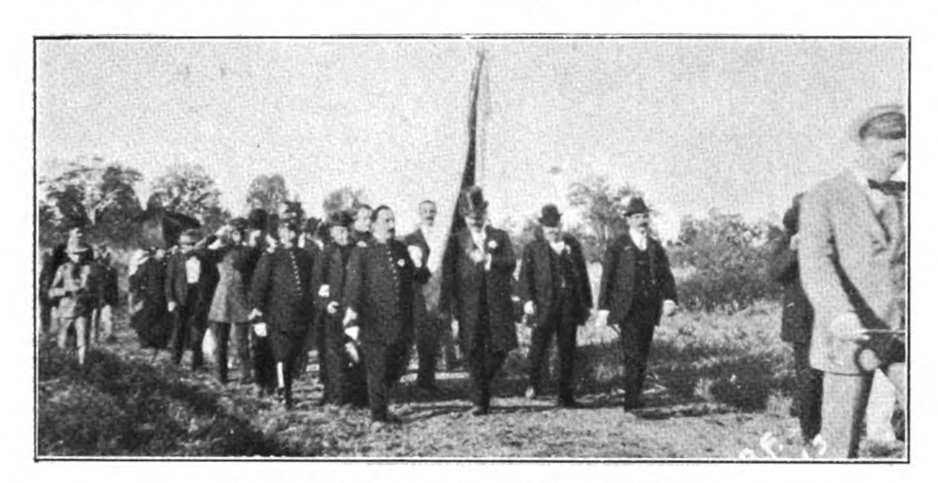
La llegada al Solar



Los abanderados

girse en tren hasta la Trinidad. La multitud llenaba la Plaza Uruguaya y sus inmediaciones, aguardando impaciente la partida. Nuevos grupos llegaban a cada momento a engrosar los ya existentes.

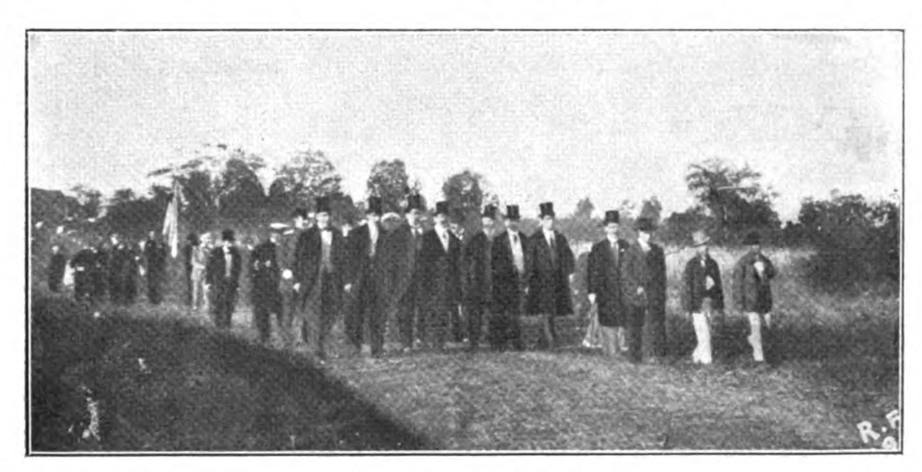
A la 1 p. m. partió el primer tren, un largo convoy atestado de pasajeros.



Los portadores de la bandera de Artigas

Una hora más tarde se puso en marcha otro, lleno hasta los topes. Y todavía quedó una gran masa popular que optó por emprender el camino a pie.

En el tren oficial, que salió a las tres de la estación, iban el ministro del interior doctor Montero, el ministro uruguayo, doctor Muñoz, la delegación parlamentaria oriental, numerosos senadores, diputados, periodistas y altos



La comitiva oficial

funcionarios públicos, los representantes de los departamentos orientales, delegados del "Club Juventud Salteña", miembros de las comisiones estudiantiles y gran número de distinguidas familias, entre las que se encontraban las gentiles damas que habían acompañado a la peregrinación.



Escuchando los himnos

Acompañaban a la comitiva la sección del regimiento de blandengues y varias bandas militares.

Al llegar a Trinidad, el espectáculo era soberbio. Hasta donde alcanzaba la vista, aquello era un verdadero mar que se extendía en todas direcciones. Eran miles y miles los que se habían convocado en el lugar histórico, para rendir su homenaje al héroe cuyo nombre vibraba en todos los labios, en la apoteosis de las aclamaciones, entre el flamear evocador de las banderas y los sones marciales de las músicas militares.

Una pintoresca avenida se extiende entre la estación de Trinidad y el Solar



Los blandengues

del caudillo. En el centro de una plazoleta circundada de una verja de hierro, se yergue el Arbol histórico.

Pisamos tierra uruguaya. Ese pedazo de terreno, santificado por la gloria del prócer, pertenece al Uruguay. Así lo ha declarado una ley dictada por el Congreso Nacional.

En torno del Arbol hacen guardia de honor los blandengues. Los soldados del histórico cuerpo lucen el vistoso uniforme antiguo. En las banderolas de sus lanzas se destacan los colores del pabellón paraguayo.

Ejecutados los himnos de ambos países, que fueron escuchados con religioso respeto, ocupó la tribuna el señor Manuel Riquelme. En representación del "Centro Estudiantes de Derecho", pronunció el discurso que reproducimos:


Señor Manuel Riquelme

"Señores:

Los cuerpos dispersos y transformados del héroe vienen hoy a buscar la sombra que perdura en el Solar, como los cuerpos de los héroes, en las leyendas del Ganges, vuelven a los elementos del aire, del agua y del fuego, a buscar la justicia inmortal de las sombras sobre las ondas tranquilas del sagrado río y bajo los cantos augurales de sus vírgenes diáfanas.

En esta dupla forma humana, la esencia anímica no constituye elemento de integración constante, como el oxígeno en las llamas del fuego que da vida y calor. Mientras la materia se transforma, siguiendo su proceso, hay una palpitación intangible que vive y se extiende lejana y constantemente en la distancia, como una prolongación de la vida misma, duradera y compleja en el tiempo. Pero no es la del concepto paganico que daba sentimiento y algo de voluntad hasta a la piedra que duerme; esta prolongación responde al proceso de las ideas. Esta larga cerebración de los seres que existieron y cuyo chispazo de luz penetra, sin cesar, en la conciencia de los que quedan, es la parábola bordeada por el astro que no vuelve, que sigue su marcha precisa y matemática, hasta quién sabe qué tiempo y qué ignotas regiones. Esta parábola de la vida, es la inmortalidad de los que hicieron perdurables sus gestos de bien, con la rauda vibración emotiva de sus almas.

La continuidad de recuerdos ha formado la continuidad de pensamientos y la junción de las almas, y de ellas han brotado instituciones, tendencias, doctrinas y pueblos.

Los momentos históricos se forman por cada vez que surgen hombres que resumen el pasado y engendran el porvenir, según el concepto subjetivo de Leibnitz. Y este porvenir engendrado en un pueblo hermano, prolóngase hoy como una estela luminosa, que llegando hasta nosotros, en la plenitud de sus brillos, en la ascensión astral de sus triunfos, con sus sueños de gran-

dezas cuajados en el verso de sus poetas y en la prosa inimitable de sus pensadores, nos baña en sus efluvios y nos trae pedazos de corazones que palpitan de sentimientos fraternales.

Vienen a visitar el Solar de su más preclaro varón, de aquel varón que paseara por medio continente sus anhelos y esperanzas, bajo el cálido beso de los triunfos, o agobiado por el peso de las coronas sangrientas del sacrificio...

De aquel Partenón, de la Acrópolis de Atenas, no quedan hoy más que mármoles hechos pedazo, en que la estética fundiera su esencia, y los griegos plasmaran la idealidad de sus ensueños, en un nimbo de luz, que aun palpita en las formas fragmentadas de sus masas. Pero el espíritu de aquel Praxíteles, ha llegado hasta nosotros en toda su perfecta armonía, como llega también, en prolongada vibración secreta, el genio de Fidias que supo poner, como nadie, el corazón de su pueblo en cada golpe magistral de su estilete de artista.

Es así cómo se diluye la materia en átomos sutiles por esa corriente inexorable del tiempo; pero Dios alguno, genio o creación hubo ni habrá jamás, que puedan suspender el hálito divino de los espíritus inmortales, en su correr incesante a través de nuestra conciencia.

Es así cómo la vida de Artigas, prolongada hasta nosotros, seguirá su marcha invariable, rumbo al infinito, sumergiéndonos en la fulguración clarísima de su evangelio, que fuera o ilusión o locura. El sentimiento del porvenir, que dijera el maestro, es el que lleva a otro mundo, anticipadamente, y a otros tiempos, haciendo decir a Mahoma, en la ruda fiereza de su raza: "aunque vinieran con el sol en una mano y la luna en la otra, no retrocedería". He aquí la frase lapidaria que bien le corresponde a este héroe de las patrias libertades.

Artigas, de quien quiero hablaros un momento, ya que el día es propicio para las grandes recordaciones, fué el visionario implacable de su época. Implacable visionario desde que el ángel de la libertad le dió sus alas y le infiltró sus principios, como en otros tiempos el ángel de la fe religiosa iluminara nuevas convicciones en el espíritu fecundo de San Pablo.

Visionario implacable debía de ser, este varón amasado con el barro de su pueblo.

¿Quién puso valla a su misión profética?... Ni las traiciones de los hipócritas, ni las farsas de los augures, ni los mercaderes que trafican con la honra y el destino de la patria, han podido perforar aquel escudo de fe, que golpeó Vulcano con su martillo de fuego y engarzó Palas en la siniestra formidable de Aquiles.

Un recuerdo de medio siglo de vicisitudes en la vida, flota en la mente por cada vez que se nombra a este héroe. La fecunda palpitación emotiva de su alma, como una obsesión clavada en las futuras nacionalidades, le ha convertido en el cóndor de nuestras cumbres libertarias, con el ala rota, sangrando noblezas por sus mil heridas, llevando en su pico el símbolo sagrado del porvenir de medio continente: aquel su trapo azul y blanco, cortado a racha por la roja diagonal y saturado de ansias de libertad y democracia...

Wáshington, en aquella noche triste de su retirada, después del terrible desastre de Long Island; Bolívar, a través de las cumbres heladas de los Andes, en aquella cadena de crucifixión sin nombre que le llevara a golpear con su espada los últimos cimientos de la dominación hispánica; San Martín en la derrota de Cancha Rayada o sobre las profundas gargantas de Uspallata y los picos nevados de los Patos; Belgrano en la capitulación de Tacuarí, o en aquellas horas tristes que siguieron a Ayohuma, donde aprisionó contra su corazón la insignia azul y blanca que fuera creada por su fantasía patriótica delirante, no tuvieron tribulación mayor, angustia más dolorosa, visión más clara de su destino, fe más inquebrantable, que ese bárbaro Artigas arrastrando en pos de sí, en el éxodo memorable de Montevideo, la masa informe de su pueblo hasta aquellas largas, interminables noches de Ayuí.

Es verdad, no tuvo el alma multiforme de Wáshington: la secreta virtud de fundir en su propio crisol la aspiración de grandes y pequeños, y de presentar al mundo, al fin de la jornada, una América potente de libertad, suspendida de la punta de su espada.

Es verdad, no tuvo el talento brillante, el prestigio de la inteligencia y del saber, la superioridad mental de Miranda, que llevara ardiendo en su pecho el volcán de la revolución francesa. Ni tuvo el genio civil de Rivadavia, ni el alma apostólica de Moreno.

Es verdad, no tuvo el fuego ardiente, activo, emprendedor, enérgico y audaz del glorioso coronel de las Milicias de Aragua; sí, no tuvo la intrepidez y el valor sereno de Bolívar. No tuvo la paciente habilidad y el arrojo calculado con madurez de San Martín; ni el tino militar de Sucre; ni la asombrosa movilidad en la acción de O'Higgins. Pero el rudo militar, el coronel de blandengues, el jefe de los orientales, tuvo lo que Mackenna encuentra tan sólo en San Martín: la clarovidencia y el alcance exacto de su misión. Tuvo el desprendimiento generoso de Wáshington, al rehusar la presidencia de su república para seguir en la humilde labor de fecundar la tierra, añorando, como el caído de Santa Elena, su pasado de esplendor en su presente de miseria. Tuvo patriotismo tanto como Miranda, y le superó en entereza de ánimo y constancia en la prosecución de su obra; y tuvo lo que ninguno de los caudillos de la emancipación sudamericana: la visión de la democracia, visión genial, sublime, que torturó, por más de tres lustros, las conciencias enturbiadas por la monarquía de los Carlos y de los Fernandos, en el régimen disfrazado de los gobiernos bonaerenses. Y tuvo también lo que le faltó al héroe inmortal de Junín: la suprema generosidad de alma para decir: "Yo combatiré a vuestras órdenes", o la clara síntesis de su poder y de su posición, ante propios y extraños, en esta declaración: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana". Pues si aquél despreció con odio sostenido al que después de dominar media Europa, colocaba sobre su testa de emperador invencible, la corona de hierro de los Lombardos, tuvo la flaqueza de envenenar su alma con el orgullo que rompe la medida de los criterios justos y reposados, haciéndole soñar con la dictadura de Sud América.

He aquí por qué admiro aquella frase de Artigas, por qué fulge ante mi

vista como dualidad extraña de conciencia de la responsabilidad y de conciencia del deber imperativo, aquella frase: *Con libertad ni ofendo ni temo*, más intensa en su significación que todas las bellezas que dijera Bolívar en su delirio sobre el Chimborazo.

Es éste el jefe de los orientales, el bárbaro Artigas, el caudillo rebelde, el facineroso a cuya cabeza se pusiera precio. Este sentenciado es el vidente que plasmó en su naturaleza de hierro, el hueso y la carne, el corazón y el alma de su pueblo, como los héroes de los poemas escandinavos, que funden en su complexión monstruosa desde la dura roca de las entrañas de su tierra hasta las estrellas lejanas de su cielo...

Flameó su tricolor bandera en la Calera de las Huérfanas, con Viera y Benavides, que envueltos en sus bosques de lanzas primitivas, la llevaran en procesión triunfal hasta las toscas murallas de la Ciudadela. Flameó en el grito de Asencio, inmortalizado por Menini en su héroe impersonal de soberbia figura. Flameó después, desde los panoramas sonrientes de Purificación hasta las últimas llamaradas en los campos atrincherados de Abalos.

Tuvo sus esplendores, este viejo trapo de la roja diagonal, en Colla, en Canelones, en Paso del Rey, en San José y brilló por fin como un sol en Las Piedras, pedestal inconmovible de las glorias de Artigas. ¡Mucho de libertad irradió de aquel rojo bermellón de sangre gaucha y sangre hidalga castellana!...

Pero donde Artigas toma las proporciones del gran caudillo del Norte, fué en las instrucciones del año 13, blasón y orgullo de un pueblo libre. El eco de sus palabras, en aquella magna asamblea de convencidos, resonó también en la sala del Congreso de Tucumán por labios de Fray Santa María de Oro.

Al lado del caudillo más querido que el Uruguay conoció, y bajo la sombra augusta de este pabellón, que funde los colores de la bandera de mi patria, surgieron: Lavalleja, el bravo Lavalleja, jefe de los Treinta y Tres, intrépido y alado como un corcel mitológico; Rivera, temible por sus cargas de caballería y diestro en el manejo de la lanza como Héctor; Ortogues, ligero como un halcón, y arrogante como tigre de selva americana... Que hablen de ellos las heroicas acciones de Guayabos! Y surgen como energías delirantes de una raza, los buenos de Suárez, Oribe, Barreiro, López, Ramírez... todos patriotas como Artigas, intrépidos como Güemes, veloces como Las Heras; todos dignos de la espada de oro del broncíneo Páez.

Y allá van, coléricos como Aquiles, a dejar jirones del pueblo en las garras carniceras de los lusitanos, que vienen impulsados por la sed de conquista, y bajo las maquinaciones infernales de los monarquistas porteños. Y allí surgen, con sus figuras ciclópeas, en India Muerta, Catalán, Santa María y Tacuarembó.

Detrás del último combate, cierra la noche su sombra, y envuelve en su tristeza funeraria el segundo pasaje del Uruguay. El ejército destrozado sigue por Entre Ríos, Santa Fe, y Corrientes, y en esta larga extensión no quedan más que cenizas, levantadas por las brisas del recuerdo.

Los viejos gauchos de aquellas poéticas costas del Uruguay, cuentan que

en las noches tristes y solemnes se escucha un vago clamor apocalíptico de luchas sangrientas, mientras el rielar de piragua miserable conmueve las ondas dormidas del majestuoso río...

Alguien dijo que si le fuera dado evocar la grandeza de Artigas, lo haría sorprendiéndole en el éxodo; en la edad madura, dolido de una traición; en el jefe derrotado, pero siempre con el alma profética de los bíblicos, o representándole en las faenas de cultivar su huerto, allá en Curuguaty. Yo, señores, plasmaría todo el sentimiento del Uruguay, en una estatua del héroe, sencillo y fuerte, como lo fué, y estamparía en ella esta leyenda: "La República Oriental", como aquella sublime creación escultórica de Rodín, que se llama "La Francia".

Señores: A qué hablar ahora de lo que el proscripto sufrió en nuestras selvas paraguayas, si todo aquello vive y palpita en nuestra memoria con la intensa afectuosidad del hermano que quiere al hermano...



La comitiva oficial escuchando los discursos

Acaso este árbol secular, bautizado por el cariño, guarde todo un poema doloroso en sus partículas constitutivas. Pero yo encuentro en su sombra tan sólo sueño de grandezas del héroe, flotando como el aliento de aquella Niké alada que avisó a los griegos el primer triunfo, por el solo pálpito del cielo y de las ondas. Y en el susurro de sus hojas, encuentro algo afin con aquellas melodiosas campanas de la ciudad de Is, en la leyenda de Renán de que nos habla Zorrilla de San Martín, en su epopeya de Artigas. Sí, vuestro Zorrilla de San Martín, que sabe poner en su pluma el raudal de sentimientos que fluyen de las cosas muertas o dormidas, del mármol labrado y del ritmo fugitivo; que sabe concebir un templo del himno: la epopeya del héroe, "tan duradero en la memoria como el escudo en que Virgilio describe el destino de Eneas". Sí, vuestro Zorrilla de San Martín, el egregio poeta, que sabe pulir en sus versos de alada fantasía o en su prosa de fuego, "el bello gesto inmortal de la historia"..
....

Señores peregrinos: en nombre del "Centro Estudiantes de Derecho" y de la juventud de mi patria, os recibo en este templo augusto en que tuvo su altar el jefe de los orientales, el héroe inmortal de Las Piedras.

Como hijos de Montevideo, la ciudad más noble y más culta de Sud América; como hijos de un pueblo de valientes; como hijos de una intelectualidad superior reconocida, *sois dignos de ser recibidos por Scipiones y Marco Aurelios....*"

En varios pasajes, el orador recibió estruendosos aplausos.

Contestóle el Dr. Julio María Sosa, presidente de la comisión parlamentaria uruguaya. He aquí el discurso que pronunció:

"Señores:

En nombre de mi país, en nombre del parlamento nacional cuya delegación presido, tengo el honor patriótico de confiar a la custodia del noble pueblo paraguayo la ofrenda que consagra nuestro amor a Artigas en esta tierra en que se abrió la fosa para contener el cuerpo, descarnado por la vigilia de su estoicismo, del patriarca que, vencido por una trágica conjuración de adversidades en el rodar de las gestas heroicas, venció a la muerte, al apagarse el sol sobre sus ojos, resurgiendo con perfiles caudales, en la obra de la democracia realizada. Es que la muerte, muchas veces, diré con Víctor Hugo, es una mentira, no es la nada; es espléndida irradiación, vuelo sublime, inmortal destino: no es la última línea de las cosas, es apenas una línea que divide al mundo del sacrificio y del combate y al mundo de la justicia y de la gloria.

Revivente definitivo en la conciencia de un pueblo, Artigas va labrando en cada grada de mármol de su ascensión estatuaria los derechos al procerato de todo un continente, porque, si, como dijera Bolívar, los temperamentos superiores deben observarse de cerca y juzgarse de lejos, el suyo nos produce la sensación inmensa, a través del siglo, que lo ha acrisolado al discutirlo, de un vencedor del tiempo y de los hombres, transmutado, por las realizaciones soberanas de la historia, en la personificación más completa y augural de las patrias que nacieron en el meridión de América, fecundadas por la razón y por la fuerza, a despecho de los usurpadores y de los oligarcas, propios y extraños, que concitaron, sobre la huella de su paso á la inmortalidad, todas las injusticias y todas las tragedias de las persecuciones y del ostracismo, de las calumnias y de las batallas.

Esta ofrenda, señores, que traemos, del terruño distante, al lugar amigo, más que amigo, común, por obra de vuestra generosidad, que Artigas llenara con su último silencio, cuya naturaleza pródiga del trópico canta las alegrías de las cosas y de las almas, en himnos de gloria y en salmodias de fe, sahumado por el incienso del copal que ardiera en los adoratorios guaraníticos, es más que la consagración de una memoria altarizada, el vivo reconocimiento que nos sugiere la piedad caballeresca de vuestro pueblo, hermanos del Paraguay, al dar vuestro pan y vuestra mandioca,

vuestra luz para sus ojos y vuestra tierra para su tumba, al bueno y estoico, entre los estoicos y los buenos, que, sin nostalgias de pretéritas opulencias, sin reproches en el corazón, fuerte en la impersonalidad ideológica de sus ambiciones, quiso morir entre vosotros, con vuestros pobres y con vuestras zozobras, bajo la profunda claridad de vuestro cielo, rehusando después de proscripto, las proposiciones de reintegración de su viejo poderío, para no disminuir con su presencia, en las repúblicas que creara su genio visionario, el derecho de los libertadores definitivos a las posiciones de la victoria y para no sacrificar en las trágicas y dolorosas controversias de la anarquía de los partidos y de los hombres su derecho indiscutible a la culminal apoteosis en el amor de todos!

Más elocuente que todas las palabras, es el sentimiento rememorador que nos trae hasta este lar patricio, es el hecho clamoroso de las solemnizaciones que la posteridad de Artigas ha decretado al pasar, por nuestro siglo, sus glorias triunfales. Estamos viviendo intensamente la vida de Artigas. En nuestro país, acabamos de sentirlo en toda la grandeza del esfuerzo constructivo y militante, concurriendo en masa, al sonar la hora de la primera centuria, á su inaugural y sacratizado yunque de pelea de Las Piedras, donde parece escucharse todavía, traído y llevado por el viento de tormenta, el eco formidable de las voces de carga, de los gritos de redención, de las cadenas al quebrarse, de las rachas de fuego en que ardían las almas viriles de una raza naciente, por todos lados hasta entonces, amenazada y vencida. Acabamos de sentirlo en toda la dramaticidad del éxodo, recorriendo paso a paso el trillo de la gran expatriación de todo un pueblo, hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos, sanos y enfermos, detrás de su caudillo y de su bandera independiente y democrática, teñida en el azul del éter y en el bermellón de la aurora, abandonando bienes, hogares, fortuna, en el ímpetu esforzado del destierro colectivo, para no consentir el sacrificio del patrimonio nacional, sin irreductible protesta; para abrir el desierto a la represalia de los vencidos de la víspera, para jurar sobre el ara de piedra de las cumbres criollas, no volver a pisarlas sino con las armas en la mano y Artigas a la cabeza, cuando fuera posible rescatarlas, hacerlas de nuevo suyas, muy suyas, a botes de lanza y a botes de metralla, en nombre del derecho a la Patria, que es el derecho a la vida donde nacimos, donde se empapan por primera vez los ojos en la luz del día, donde se desabrocha por primera vez el corazón para recibir el beso bautismal de una madre. Acabamos de sentirlo en los arrabales de Montevideo, dominador y señorial, sin los atributos de hierro del soldado, como un vidente que decretara rumbos al Destino en la hora centenaria del Congreso de Abril, dictando a la América entera las fórmulas finales de su organización constitucional con valentía civilista tan superior a su época, con un concepto tan maravilloso del derecho popular, con percepción tan diáfana de las conciencias insurgentes, con fe tan robusta en la virtualidad sugestiva y en el poder realizador de las masas revolucionarias, que no hay nadie, ni el colosal Bolívar, que pueda disputarle la derecha de Wáshington, sobre el estrado de gloria de los forjadores de democracias en las tierras colom-

bianas. Y ahora venimos, señores, a este sagrario, en peregrinación solemne, auspiciada por el gentil encuentro de nuestras juventudes intelectuales, después de habernos extasiado en las infinitas y luminosas maravillas de vuestra naturaleza, como ninguna bella y sugerente, como ninguna propicia a todos los fecundos dinamismos de la cultura, de la riqueza y del progreso; después de haber desgranado con religiosa unción, nuestros holocaustos sentimentales sobre el surco sangriento de vuestros martirologios, de vuestras heroicidades y de vuestras desdichas, lo mismo en las madrugadas de vuestras resistencias victoriosas al sojuzgamiento patricial de Mayo, que en las noches sin estrellas, de los choques sin agravios en que vuestras armas, las vuestras y las nuestras, parecían maldecir, con cólera, al cruzarse, la cruel necesidad de los duelos a muerte, entre quienes, hermanos de raza, éramos más hermanos aún en la comunión del hogar de Artigas, después de haber seguido desde todas las atalayas de vuestra orografía, desde todos los ventanales entreabiertos en la vegetación estupenda de vuestros ríos, el camino del desterrado que golpeara a vuestras puertas en demanda de hospitalidad definitiva para sus desengaños, para sus nostalgias, para sus resignaciones, más ejemplares aún que sus gestas homéricas, para sus últimos años de moribundo, para las abnegaciones de su sacerdocio humanitario, para la reliquia, en fin, de un héroe sacrificado, con su pueblo, en lucha titánica, por la acción de la diplomacia monarquista, de las armas extranjeras, de la traición de sus aliados, de la injuria de sus verdugos, sin que una queja modularan sus labios resecos por el silencio meditativo y augusto, sin otro pensamiento que el de la patria desangrada y en ruinas, sin otra esperanza y sin otra heredad que sus ideas, en callada germinación bajo la planta de sus propios vencedores, sin otro empeño que despojarse de todo, de sus títulos, de su fortuna, de su renombre, de sus altezas jerárquicas, para dejarle todo, hasta las últimas onzas de oro de su cinto, a los que más tarde habrían de reintegrar y consolidar su obra en la democracia que él soñara sobre el plinto de luz de la vertical del sol. Sí, señores; después de haber evocado tan intensa trayectoria, es que venimos aquí, donde se encurva en el postrer descenso, a sentir también hondamente al singuar misántropo, en el supremo atardecer, en su decrepitud y su miseria, en su exilio claustral de desinteresado y de altruísta, sin expectativas y sin orgullos y sin recriminaciones, arando la tierra en Curuguaty para distribuir sus frutos entre los menesterosos, socorriendo en este Ybyray, con su pobreza, la mayor pobreza de los demás, enjugando sus lágrimas y arrullando, en sencillos sueños de esperanza, los espíritus declinantes.—¡Oh, Artigas es tan fuerte y tan aleccionador en el descenso de la parábola como en el meridiano de su desarrollo ascensional, en esta tarde melancólica y desfalleciente del recogimiento, como en aquella mañana apoteósica de Las Piedras! Ni San Martín, ni Bolívar, los dos astros de mayor brillo en las constelaciones del firmamento epopéyico de América, sufrieron, como Artigas, la injusticia de la expatriación con serenidad tan admirable y completaron su vida, como Artigas, de un modo tan austero, casi bíblico, casi inverosímil, casi sobrehumano en la abnega-

ción excepcional de un renunciamiento sin encono al título de hierro de libertador, de padre de los pueblos, para morir, no ceñida sus sienes por coronas de roble, sino por margaritas blancas y lirios trémulos del campo, como tributo de amor, de gratitud, de ternura de las almas arrodilladas, al bueno y venerable viejo que hacía la caridad, después de haber hecho patria, en el apostolado benemérito de su ostracismo, en una última consagración gloriosa de Padre de los Pobres!

Todas estas cosas de la naturaleza y de la historia nos hablan de Artigas con emoción y cariño: ese río, lleno de majestad y de bellezas soberanas, cuya linfa recortara a menudo la silueta huesosa y viril del prócer ambulatorio, este cielo tan claro, de turquesas diluídas en lo infinito, tan profusamente iluminado por un sol que broncea la piel y el carácter de una raza más fuerte que sus adversidades; estas glorietas de los bosques, bajo las cuales el pensador reconstruía el pasado y presentía el avenir; estas esmeraldas engarzadas sobre una tierra de floraciones pletóricas de co'or, de perfume, de vitalidad pujante y dadivosa; estos ranchos que conservan el recuerdo de la intimidad melancólica del que nada espera para sí, de las visitas conmiseradoras y aleluyicas del viejo dispensador de afectos e ilusiones; este árbol, en resumen, que es todo un simbolismo viviente a nuestros ojos, de resurrección y de inmortalidad, cuya grandeza evocadora hemos aprendido a medir con la visual imaginativa de un ensueño, desde que hemos aprendido a pronunciar el nombre de Artigas, en las veladas del hogar, en los bancos de la escuela, en las intimidades del culto nativo, y que hoy se nos presenta en toda la amplia y vigorosa materialización de su tronco secular, de su ramaje desbordante, de su imponencia y de su gracia, vestida de luz su copa desafiadora de los arrestos eólicos, como un antiguo amigo de la invariable lealtad, envuelto todavía en la nostalgia que salmodiara en su fronda el Urutaú de la leyenda poética, para saludarnos y decirnos en el léxico de sus cadencias misteriosas: abrazadme, llenad esta sombra vacía desde medio siglo; sentidme vibrar, sentidme vivir, como en los grandes días de mi primavera; parece que con vosotros he venido otra vez, que de nuevo se ha sentado a mi lado, para contarme, en sus miradas celestes y sus cabellos blancos, cosas y sucesos de gloria, añoranzas muy dulces y lejanas, amores muy vivos y muy hondos de libertad y de independencia, reminiscentes efemérides de romanceros; aquel gran Soñador, aquel gran Ausente, el vuestro y el mío Artigas!

Señores: Ahí queda nuestra ofrenda en el Solar fraterno. Significada por nuestro amor, al hombre revivente del culto nacional, traduce la gratitud que nos inspira la piedad hospitalaria con que los paraguayos cerraron sus párpados al morir sobre esta tierra clásica de la valentía. Que esa ofrenda sea una lazada más, que haga más indisoluble el vínculo entre dos pueblos que nunca han podido ser adversarios, ni en las horas desventuradas de una fatalidad sangrienta, porque tienen de común el precedente étnico de la raza y el antecedente genésico de la personalidad nacional, conquistada a hierro y fuego, para siempre, contra los mismos enemigos de dos mundos.

Porque tienen de común generosidades, denuedos y patriotismos culmina-

dos en lacedemonia inmolación. Porque tienen de común la reciprocidad del renunciamiento altruista, acreditado por vosotros al cedernos este pedazo de suelo para levantar una escuela, para hacer a los hombres "tan ilustrados como valientes", al devolvernos los despojos del gran muerto que os debió el pan en la miseria y la tranquilidad de su sepulcro; y correspondido por nosotros al restituiros los trofeos de una guerra que no fué dirigida contra un pueblo amado y respetado en nuestros lares, y que, por eso mismo, no podían permanecer en nuestras panoplias, sin mengua de la sinceridad patriótica del desinterés nacional, del concepto fraternizador de nuestra política inagresiva y justiciera, inspirada en el derecho, que es la fuerza igualitaria de los débiles y de los poderosos.

Porque tienen de común las cualidades para la lucha por el propio destino, las pasiones de la libertad, los frutos de las industrias madres, la solidaridad del esfuerzo civilizante y edificador, la situación internacional dentro del continente, idénticas orientaciones fundamentales de trabajo, de paz, de democracia. Porque, en fin, tienen de común la memoria de Artigas, cuya evocación integral nos sería imposible sin asociarla al nombre de vuestro Paraguay, que no en vano una propicia coincidencia puso sobre vuestra bandera los mismos colores de los lienzos patricios del prócer,—colores de redención, de sacrificio y de victoria, arrancados a las cimas más altaneras festonadas con los flecos de las nubes, como penachos de crin de recios cascos de plata; a las alboradas precursoras que nacen del trágico choque de la luz y la sombra como un espasmódico desgarramiento de la carne viva; al cielo intensamente azul en que se engarza como la cifra simbólica de los destinos fraternales de un mundo, el sol que pusiera el fuego de sus rayos en las armas de los libertadores y que iluminara el paso de los pueblos a través de todas las borrascas de la historia..."



Sr. Américo G. Vila

Habló luego el señor Américo G. Vila, principal organizador y director de la peregrinación. Exteriorizó, en las siguientes palabras, que fueron entusiastamente aplaudidas, el homenaje del departamento del Salto:

" Señores: Arrullada por el murmurio de las ondas del Uruguay amigo, que mansamente bate sus riberas con cantos augurales, álzase riente como una esperanza en plena florescencia, perfumada entre los trebolares de su cerro, una bella capital del Norte de mi patria.

De allí partimos, entusiastas, anhelosos, escrutando las perspectivas del horizonte visible, como el marino en pos de largo viaje ansía pisar la playa desconocida, con el espíritu rebosante de añoranza por el sitio memorable,

para la entidad consciente de pueblo agradecido, ya que hace largo lapso de tiempo que vivimos en él, si es cierto que las colectividades, como las almas de Descartes pueden pensar perennemente.

Vamos allá, uruguayos; la trompeta de Jobel incita a reunión; cumplamos, en un espléndido peregrinaje, el deber de honrar al Patriarca en la primer centuria de su magna obra política, homenajeando a la vez a la nación amiga de conocida prosapia, cuyos vínculos de solidaridad emanan del génesis emancipador y han recibido la sanción unánime de los pueblos sinceramente amigos, por idiosincrasia e intensos afectos fraternales.

Vamos a la tierra hermosa, exuberante, fecunda en enseñanzas; tierra heroeárquica según Carlyle, donde los cerros y las colinas repercuten estrépito guerrero, la cañada y el arroyuelo reflejan visiones apocalípticas, el amambay y el tamarindo, azotados por el viento dejan escapar, eternamente, la heroica elegía de un pueblo viril y estoico. Como un conjuro de la imaginación evocadora, vislumbraremos la varonil silueta del noble Escilado, contemplando también los bellos cambiantes del cielo, al pasear su figura de Predestinado por el bonísimo valle de Tapuá, monologando con la flora de Ibyray,—en la eterna obsesión de sus ideales,—para expiar como todos los redentores el delito de lesa humanidad, de una entereza inconmovible de carácter.

Ya era hora que aquí nos congregáramos. Las citas de honor no admiten dilaciones; improrrogables son los llamados al patriotismo.

Preciso fuera, señores, que el tiempo con su eterno transcurrir, determinara la reparación, para que los hechos acaecidos en la edad romanesca de las ensoñaciones libertadoras,—pasando por el crisol de la crítica imparcial,—surgiesen como el oro brillante después del pulimento, permitiendo a la justicia histórica presentar hombres-símbolos precursores que perfilaron patrias con el ejercicio constante del músculo y en la obra luminosa del talento previsor. El expulso del Congreso de Cariaco, el decepcionado en Guayaquil, obtendrán así, por consenso americano, la consagración definitiva, burilándose en bronce sus estatuas, como ejemplo de honor, heroísmo y abnegación: y así también, juzgando desapasionadamente la triple modalidad de político, caudillo y guerrero del invicto José Artigas, veremos que bien merece el laurel apolíneo discernido en el parlamento de Wáshington, anulando con su prestigio inmarcesible las diatribas que lo envolvieron, cuando destacóse en relieve de genuino representante en la gestación espiritual de republicanismo rioplatense.

Quizá una gloriosa prioridad, guarden los anales, para vuestra república mediterránea con el levantamiento feliz por el triunfo del común de las huestes reivindicadoras de Antequera; quizá nos quepa la honra de haber sido Montevideo, con su Cabildo abierto del año ocho, la que produjera el chispazo de la insurrección platina, alimentada por los entusiasmos del modesto teniente de blandengues, ofreciendo el concurso voluntario de su brazo a la causa salvadora de la libertad forjada en un espíritu candente, lleno de rebeldías, retemplando la fibra del alma nacional, para hacerla estallar en Asencio, expandirse en San José, amasarse con sangre de bravos, en la inmortal jornada de Las Piedras.

Digno y peculiar caudillo este Artigas, señores; concibiendo con garra de estratego la "algarada" de Andresito, indio inmolado, de tez bronceada, ojos de fuego, escintilando relampagueos de pasión; digno ejemplarizador, como jefe de la hueste tumultuaria y vehemente, canjeando prisioneros de guerra, aventurando en la vorágine del entrevero, implorando clemencia para el vencido.

Digno protector de los libres en el campamento del Ayuí, en su terquedad luminosa con el dolor exacerbante de la expatriación; digno, peculiar y vidente como un profeta, en la Asamblea del Peñarol, dictando sus instrucciones, aspiración votiva de la democracia que equipara a los libres, ante el derecho, la razón y la justicia.

Porque es necesario decirlo, señores; la independencia de América, trajo como consecuencia la forma republicana de gobierno. El criollo, voluntarioso y altivo, no puede supeditar sus caprichos a los desmanes de amo, no admite diferencias sociales, ni genuflexiones adulatrices ante los coronados. Anhela libertad como el ave, deseoso de remontar el vuelo al libre albedrío. Lucha instintivamente por la soberanía, y como el caballero medioeval iba a la lid con fe en Dios y esperanzado en el amor, los nativos de estas regiones evidenciaron un valor indómito por el cariño entrañable al rancho de totora, donde vieron la luz de un sol esplendoroso y sintieron rumores epitalámicos...

Yo bien sé, señores, que el Paraguay conoce bien la actuación del prócer uruguayo; yo bien sé que aquí se le admiraba en sus combinaciones con la junta de gobierno, cuando en calles de la asuncena ciudad se cantaban laudatorios versos artiguistas, pero era necesario este resurgimiento de jóvenes voluntades para la conexión de hechos, dignos de conocer la América latina.

Hoy la tradición es otra; exteriorizado está, el político corona al guerrero. Meritorios compatriotas han perfilado a Artigas magistralmente. La verdad ha resplandecido irradiando luz meridiana sobre el héroe, mártir, apóstol, que en las regiones etéreas se abraza con la gloria.

En nombre del club organizador de la juvenil jornada, que ha de tener hondas repercusiones, deposito el bronce en manos amigas, de paraguayos y orientales, residentes en este hospitalario país, recordativo del valiente patricio; es también una ofrenda de gratitud a los que fueron nobles con el derrotado.

La tradición nos unió por sentimientos autonómicos, el porvenir nos acerca por situación geográfica; sigamos ascendiendo la parábola del progreso, la vista fija en la coincidencia de los pendones tricolores, como si la expresión plástica de esas enseñas victoriosas, llevara consigo el porvenir de los países que representan; ambas son blancas como el capullo entreabierto en mañana primaveral, azules como las lejanías del horizonte, rojas como flor de holocausto, como que nacieron con sangre derramada a torrentes por ambas razas, fuertes como cícoples, bravas como fieras, estoicas como convencidas, cuando gamáronse en el ciclo fuerte, bravo y estoico de las turbulencias americanas.

Que así sea, señores: el "Centro E. de Derecho" y la juventud salteña lo

han iniciado, que la amistad se acreciente entre los pueblos, y así como los ríos van confundidos y veloces al anchuroso Plata, las aspiraciones de la juventud,—heráldica figura en este acontecimiento fraternal,—confunda a las dos patrias, impelidas por los anhelos populares, ya que las leyes humanas, cuando las dicta la sinceridad, pueden ser tan inmutables como las leyes de la naturaleza."



El Dr. Cañizas leyendo su discurso

El diputado uruguayo doctor Cañizas pronunció como representante por el departamento de Flores, una elocuente alocución, que a continuación tratamos de reconstituir, en la imposibilidad de publicarla íntegra, como sería nuestro deseo.

Manifestó que no pudiendo desarrollar el tema que se había propuesto — a causa de una afonía del momento — condensaba todo su pensamiento, todo su ideal en esos instantes, en las palabras de fraternidad grabadas en los arcos triunfales que se alzaban en cada una de las estaciones recorridas desde Encarnación hasta esta capital. En esta tierra, dijo, he encontrado una prolongación de mi propia patria en la belleza de sus mujeres y el porte varonil y democrático de sus estóicos hijos. Habló de la emoción con que habían visto las largas filas de niños paraguayos que les daban la bienvenida a su paso por todos los pueblos. Aquello, dijo, era el saludo pro-



La placa enviada por el departamento de Flores

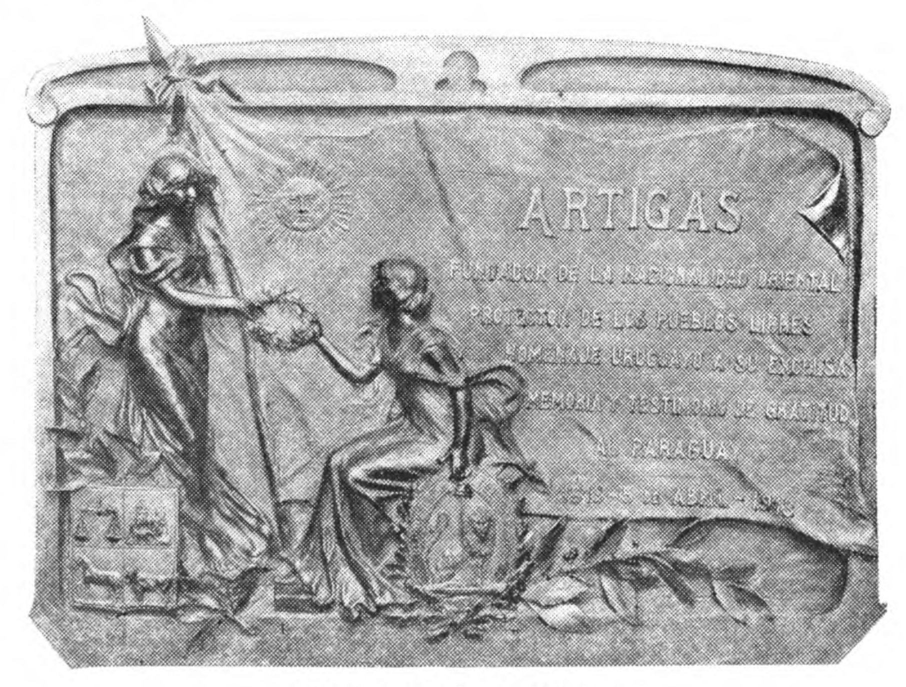
misor del porvenir de este país, condensado en las frases de amor que, bajando de los arcos triunfales, se grababan en el corazón conmovido de los peregrinos.

Terminó diciendo que ningún sitio le parecía más apropiado para significar la confraternidad de ambos pueblos que aquel en que proyectaba su sombra paternal el ibirapitá centenario, porque aquí, dijo, nos encontramos en un pedazo de tierra que es oriental, por la generosidad paraguaya; porque él fué regado por el sudor del inmortal vencedor de Las Piedras y fecundado por vuestro glorioso sol; porque entre la poesía de sus frondas levantó el viejo patricio su último nido, el rancho florido en que pasó sus postreros años, y porque en él quiso morir, significando con su amor a este suelo su voluntad de encomendar a las futuras generaciones paraguayas y orientales — a nosotros — la fusión de las dos patrias en un fraternal abrazo, para que en el concierto de las poderosas naciones sudamericanas — que ya asoman — constituyan una estrecha unión que les permita realizar sin tropiezos el grandioso porvenir a que están llamadas.



D. Constancio Ferreira

Tanto el señor Cañizas, como el delegado por el departamento de Artigas, señor Constancio Ferreira, que le siguió en el uso de la palabra, fueron muy aplaudidos.



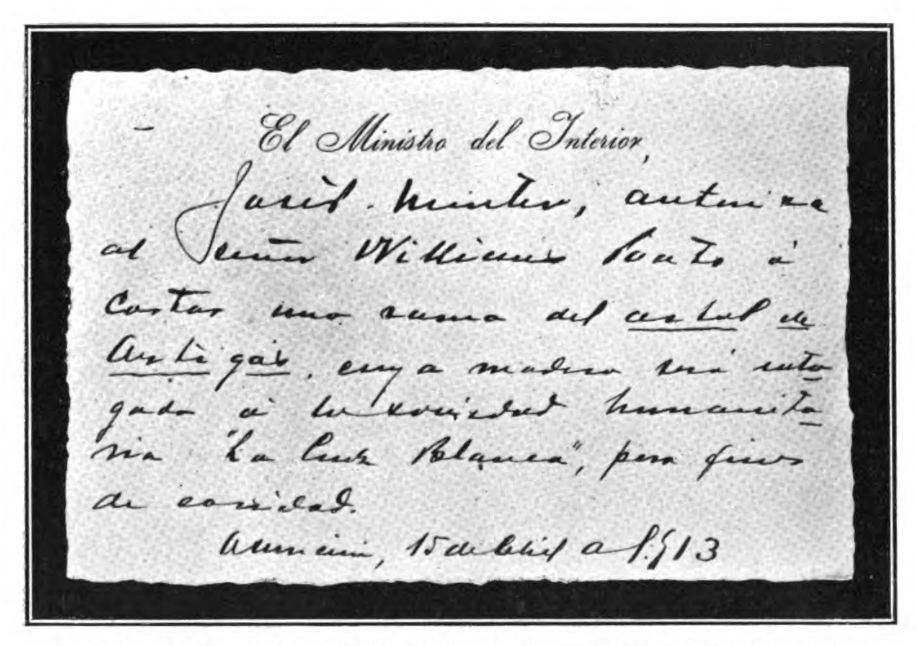
Placa colocada en el Arbol

Cerró el acto el cura párroco de Fray Bentos, doctor Arturo María Arrivillaga, que habló en nombre del clero oriental.

Fué la suya una brillante improvisación—intensamente patriótica y conmovida—en la que, con palabra vibrante y entusiasta, evocó la memoria de Artigas y la amistad inquebrantable de ambos pueblos.

Su hermoso discurso, en el que resaltaban la sinceridad de la emoción y la gallardía del gesto, mereció repetidos y ruidosos aplausos.

Era ya de noche cuando se emprendió el regreso.



El Ministro del Interior,
Jacinto Montero, autoriza
al Señor William Paats á
cortar una rama del árbol de
Artigas, cuya madera será entre-
gada á la Sociedad Humanita-
ria "La Cruz Blanca", para fines
de caridad.
Asunción, 15 de abril de 1913

Certificado de autenticidad expedido por el Ministro doctor Montero

Como recuerdo de la fiesta, la "Sociedad Humanitaria Cruz Blanca" repartió pequeños trozos de madera del árbol histórico, adornados con lazos tricolores y con un certificado de autenticidad.

A las 9 de la noche se realizó en el Gran Hotel del Paraguay el banquete que el "Centro Estudiantes de Derecho" ofrecía a los estudiantes uruguayos.

Alrededor de las mesas—esmeradamente servidas y adornadas con sencillez y buen gusto—tomaron asiento más de doscientos comensales, estudiantes en su gran mayoría.

Especialmente invitados, asistieron los miembros de la comisión organizadora de la peregrinación y los delegados de los distintos departamentos orientales.

Inútil es decir—tratándose de estudiantes—que la más franca cordialidad y una sincera camaradería presidieron la hermosa fiesta juvenil.

Servido el *champagne,* ofreció la demostración el presidente del "Centro Estudiantes de Derecho", señor Raúl Casal Ribeiro, en los siguientes términos:

"Señores: He aquí realizado lo que en un momento fué feliz idea del "Club Juventud Salteña". Henos ya, uruguayos y paraguayos, reunidos en una misma mesa, compartiendo el mismo pan, bebiendo de un mismo vino, celebrando nuestra cena cual nuevos apóstoles de nuevas ideas.

Y así como en otro lugar esta misma noche, el presente de las dos patrias sellan su unión, en este homenaje sencillo y trascendente que la juventud paraguaya brinda a la juventud uruguaya se consagra también la unión de su porvenir.

En su porvenir, porque juventud significa nuevos horizontes, aurora de nuevos días y la aurora de nuestras juventudes da relieve a un bello espectáculo. Vedlo: Es un joven que en su ruda vestimenta, presenta vestigios de sangre. A un lado una fosa recién cubierta. Es la sepultura de su padre, que fué herido de muerte. Al otro una fragua y un yunque con que forja elementos para el trabajo. Huérfano sufría las desgracias de su orfandad, a ratos apenas alegrada por el recuerdo de un amigo de la infancia. Cuentan de un niño que regó con llanto la tumba de su padre y que la tierra así fecundizada dió mies. Creyó el joven una profanación de esa tumba el trigo que allí crecía, y a riesgo de pasar hambre, arrancó a la planta de raíz. En ese su afán, en que alternaban el trabajo y el dolor, le sorprendió el grito de otro joven: bello, en sus toscas facciones de moreno, resplandecía la nobleza. Y en sus mejillas sonrosadas por las brisas marinas, el joven huérfano depositó un ósculo y luego se unieron en un estrecho y largo abrazo. Era el amigo de su niñez.

Este es el espectáculo que la aurora muestra: el joven huérfano es símbolo de mi patria, el amigo de la infancia de la vuestra, bravos hijos de la patria de Artigas.

¡Artigas!.....

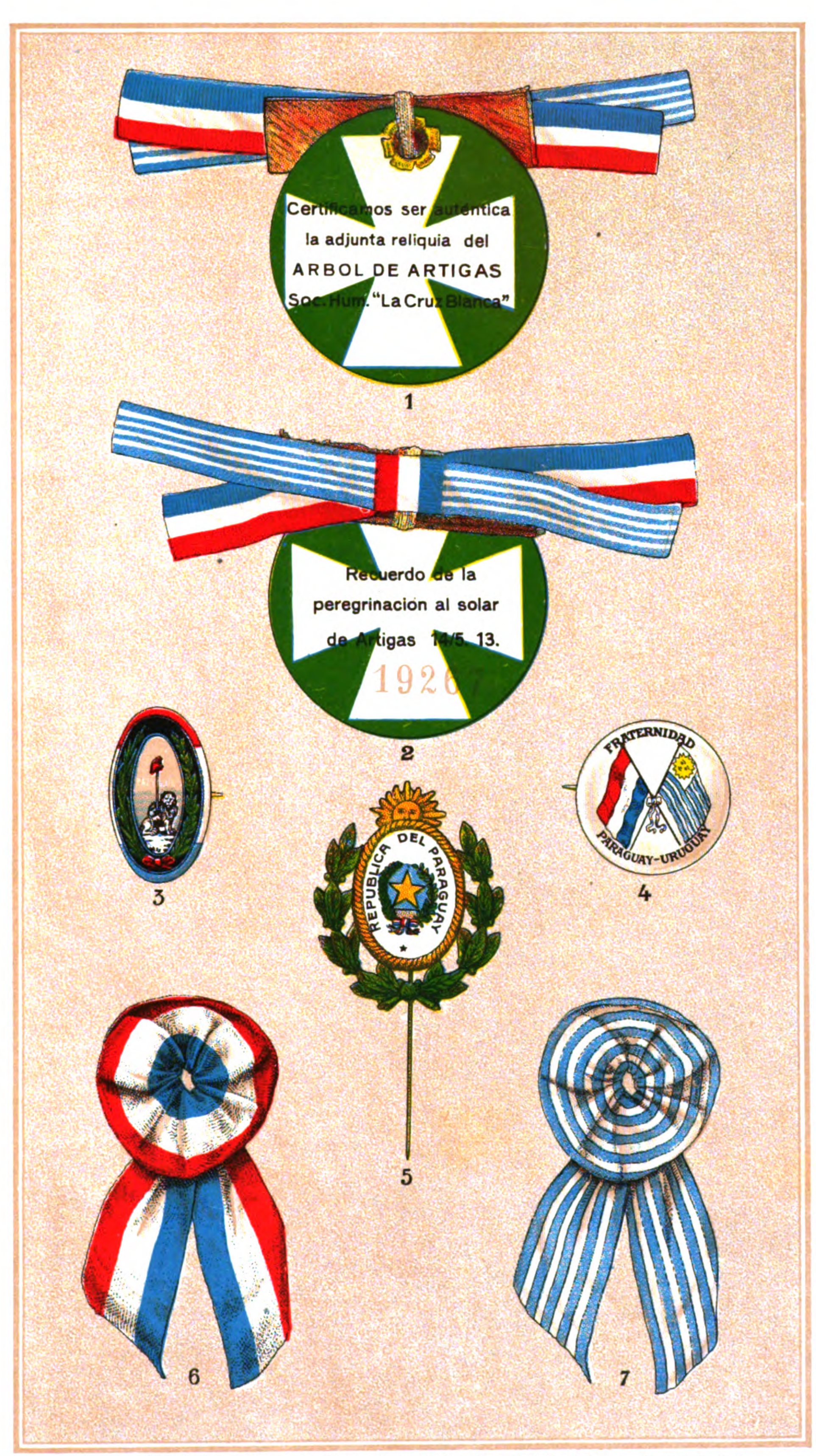
Silenció, señores: un nombre sagrado se ha pronunciado.

Sagrado para todos los que me escucháis.

Para vosotros, uruguayos, porque os dió una patria; para nosotros, estudiantes paraguayos, porque tenemos como símbolos de nuestro culto al lado del casco de Minerva, el gorro frigio emblema de la libertad.

Os evocamos, Artigas, para que a nuestro conjuro, aun envuelto en sombras de recuerdo, vengáis a hacer de maestro en la mesa en que los apóstoles de la fusión de almas que tanto anhelasteis, de dos pueblos libres —cuya libertad tanto quisisteis—celebran su cena.

Evoco al protector de oprimidos en la plenitud de juventud, pálido, melancólico, pensativo, cuya palabra cálida arrastró tras sí pueblo, romántico en el pensamiento como en el patriotismo. Romántico: porque amaba la belleza de cualquier patria; porque vivió el mundo íntimo y profundo del



1 y 2. Facsímile del trozo de madera del árbol, distribuído por la Sociedad «La Cruz Blanca».

3, 4, 5, 6 y 7. Escarapelas usadas durante las fiestas.

alma que vibra y siente; porque vivió de su pasión y de sus amores.

"Tuvo su alma gemela en aquella espada sometida al mandato de un ensueño, alma de niño dentro de la envoltura de un atleta, el corazón de Foscolo dentro de la envoltura de César: Garibaldi."

Artigas y Garibaldi tuvieron el sublime romanticismo de las patrias libres.

Y hay en sus destierros, de Caprera el uno y del Paraguay el otro, el sosiego, no del derrotado, sino de aquel que espera que el tiempo concluya su obra. Napoleón, después de la batalla de Waterloo, *sombrío, pensativo, siniestro, volviendo al campo de batalla, sonámbulo de un sueño desvanecido, fué un derrotado.*

Hay en el sosiego del destierro de Artigas la quietud de quien obra con fe y vive con esperanza.

Los héroes magnánimos creen profundamente en la finalidad de las instituciones, en altos destinos de los pueblos. El destierro de Artigas debió ser consolado con la visión de su patria, grande, libre, gloriosa.

Y la visión se realizó. Gloria al Uruguay, que, encerrado en tan pequeño espacio, llena con su nombre el mundo americano. Gloria a su literatura, que cuenta entre los suyos a Acuña de Figueroa, el inspirado autor de los dos himnos. Gloria al gran Zorrilla, que en su "charrúa" cantó al guaraní de esta tierra: porque allá en *las dulces colinas uruguayas,* como en los frondosos bosques paraguayos *una raza despertó* sus huesos. Gloria al gran Rodó, que enseñándonos amar a Ariel, nos hace repudiar a Caliban. Y gloria, en fin, a la Democracia Americana, que tuvo en sus primeras luchas a un vidente como Artigas, que en las instrucciones que diera a Larrañaga y compañeros, condensó las aspiraciones de los pueblos libertarios de América. Abrase paso esta idea, que no está lejano el día en que pueda hacerse sobre la tumba de Artigas la misma pregunta que Carducci hiciera sobre la de Garibaldi:

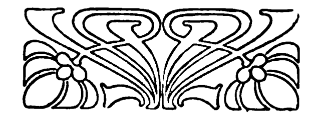
¿Cuáles banderas debían cubrirlo sin herir ajenas susceptibilidades?

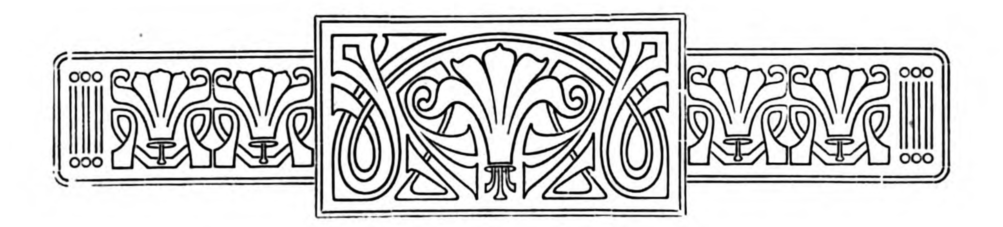
Y para terminar, un voto: que las manos que hoy se estrechan, sean un vínculo que una para siempre nuestros dos pueblos hermanos."

Contestó, en nombre de los estudiantes uruguayos, el bachiller señor Enrique Buero, quien pronunció un elocuente discurso, que fué entusiastamente aplaudido.

A insistente pedido de los comensales, los Pbros. Rafael Firpo, cura párroco del Salto, y Arturo María Arrivillaga, improvisaron hermosas alocuciones, que obtuvieron grandes aplausos.

El estudiante de derecho señor Manuel Riquelme, requerido insistentemente, improvisó una hermosa composición poética.





VII

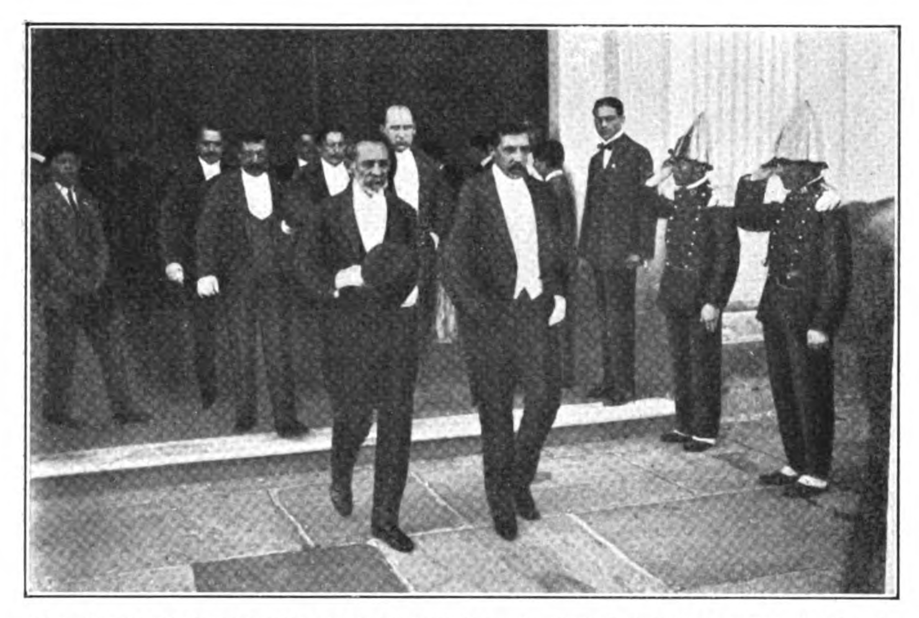
Día 15: "Tedeum". — En la plaza Constitución. — En palacio. — Desfile militar. — El homenaje al general Díaz. — En la Escuela Normal. — Lunch de la Liga Paraguaya. — En el "Cosmos". — El baile en el teatro.

La artillería del "Uruguay" y la de los buques de la escuadrilla nacional despertaron a la ciudad con el potente tronar de sus cañones.

Era el saludo a la aurora del nuevo día, al sol glorioso de Mayo, que presidió la obra redentora de nuestros próceres.



El Excmo. señor Presidente de la República y su séquito saliendo de la Catedral

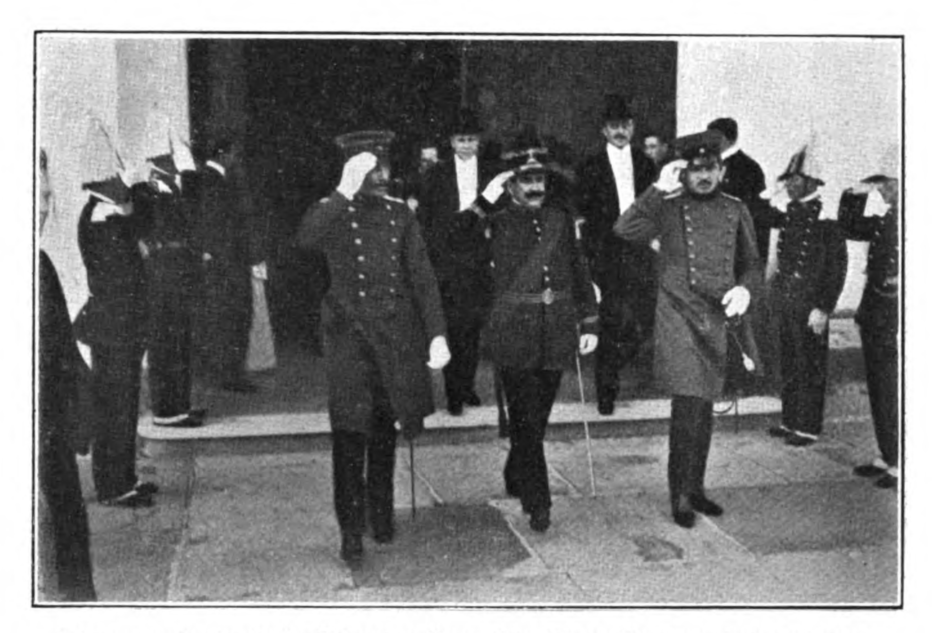


El señor Vicepresidente de la República, doctor Bobadilla, y los doctores Sosa, Abente Haedo y Sánchez

A las 8 de la mañana oficióse en la Iglesia Catedral el "Tedeum", al que asistió el Presidente de la República acompañado del cuerpo diplomático extranjero, de los ministros del Poder Ejecutivo, de los representantes del



Ministro uruguayo doctor Muñoz; ministro paraguayo en Bolivia, comandante Garay; coroneles Fabregat y Escobar



El comandante de la "Uruguay" capitán Frans Ruete y los tenientes López y Sosa

Poder Judicial, de los congresales y numerosos jefes y oficiales del ejército y la armada.

A la misma hora todas las escuelas de la capital se encontraban en la plaza Constitución, rodeando la estatua de la Libertad. Más de cinco mil



El ministro del Brasil, doctor Amaral, el secretario de la Legación, doctor Latorre Lisboa, y el comandante de la ‹Pernambuco› capitán Martins



Las escuelas dirigiéndose a la plaza Constitución

niños se habían congregado al pie del monumento simbólico. En todos los pechos lucían escarapelas con los colores nacionales y uruguayos.

Cuando las bandas militares preludiaron el himno, un religioso silencio se extendió sobre la enorme concurrencia.



La estatua de la Libertad

Un soplo de porvenir y de esperanza aleteaba en las vibrantes estrofas de la canción patria entonadas por aquel coro armonioso de miles de voces primaverales.

¡ Hermoso cuadro el que ofrecía la niñez oficiando ante el altar de la patria el homenaje de su devoción a los fundadores de la nacionalidad!

El himno oriental fué escuchado con la misma respetuosa unción.

En aquellos momentos todo era común entre ambos pueblos. El recuerdo luminoso de sus héroes se fundía en una sola aureola de admiración.

Una vez más resaltó con caracteres altamente simpáticos la labor de la escuela, la obra fecunda y abnegada del maestro que ilumina espíritus y forja pueblos.

Sr. Virgilio M. Barrios

El inspector general de escuelas, señor Virgilio M. Barrios, cerró el acto con el siguiente discurso:

"Señores:

Fiesta de amor y de confraternidad es la que vais a presenciar en el gran día de la patria, bajo el pabellón tutelar de nuestra soberanía.

El año de 1913, casi en mitad de su carrera, nos fija el momento de traducir dos hechos significativos: el recuerdo de la tradición ultra centuria de la independencia nacional y la ratificación solemne e inmensamente placentera de la amistad de dos pueblos que se abrazan al son de himnos inmortales.

Paraguayos y uruguayos, unidos no solamente por la cadena de las palabras, sino también por el ritmo de los corazones, se acercan y se compenetran en los mismos entusiasmos de reivindicación histórica, para arrebatar al tiempo, en sus remembranzas seculares, las notas culminantes que legaron a la posteridad los protagonistas de las pristinas leyendas emancipadoras.

Por eso, al lado de los nombres de Caballero, Yegros e Iturbe, santificados hoy como ayer por la veneración pública, está también el nombre de Artigas, el Héroe Mayor del patriciado oriental, para quien el pueblo paraguayo tuvo algo más que el tributo contemporáneo de las salutaciones patrióticas, un modesto solar que los recibiera con sus decepciones y sus amargas melancolías de proscripto.

Y bien, señores. A este hermoso connubio de dos acontecimientos ligados en la hora expresiva de las expansiones fraternales, se asocia la escuela y en su representación vengo a modular el verbo sonoro de los grandes idilios patrios, de aquellos que a la vez son plegarias de glorificación y ofrendas de acercamiento.

En la sucesión de homenajes recíprocos, la escuela no debía faltar a esta cita del civismo, porque necesitábamos decirle a la niñez que si venimos

a cumplir un deber de justicia y de gratitud nacional, venimos a realizar también un acto de confraternidad americana.

Ella sabe, sin embargo, que este pensamiento flota en el ambiente, porque escuchó de labios del maestro que la música de los dos himnos es el llamado que congrega a dos pueblos, y porque la expresión jubilosa de las protestas espirituales hace días repercute desde la vieja Itapúa de nuestra historia hasta los santuarios patrióticos de esta metrópoli.

Es así como nuestros hermanos de allende el Plata, hidalgos mensajeros de los sentimientos del pueblo oriental, habrán podido constatar en el trayecto de nuestra campaña los primeros tributos del alma paraguaya.

Y ahora, aquí, al pie de la simbólica columna que sostiene la estatua de la Libertad, tócanos saludar confundidos la memoria de nuestros próceres y la de aquel otro prócer de Mayo, que se llamó Artigas, y que más que nadie inspiró el mensaje de gratitud hacia este pueblo, de esa misma gratitud que, en el día de su glorificación centenaria, germinara con estas palabras: "Las poéticas selvas paraguayas dieron sombra y abrigo al noble anciano y cuando la serena muerte del justo cerró piadosamente sus ojos, las aves canoras, soberanas deidades legendarias de aquellas umbrías soledades, entonaron sus himnos envolviendo su cuerpo en un sudario de armonías, canto de amor, de respeto y de supremas esperanzas, que saludaba en la muerte del prócer el triunfo constitucional de sus convicciones más queridas".

Paraguayos y uruguayos:

En la oportunidad más grata para los halagos nacionales, guardad estas palabras en vuestras almas, recordad con cariño el abrazo generoso de dos pueblos y desde las tribunas populares, que son cátedras de civismo, prestad calor y brillo al concierto de vuestras corporaciones representativas."

A una interesante ceremonia dió lugar la colocación, al pie de la estatua de la Libertad, de la corona enviada por el gobierno oriental. En nombre de éste, el doctor Julio María Sosa, presidente de la comisión parlamentaria, pronunció el siguiente discurso, que fué estruendosamente aplaudido por los millares de personas que asistieron al acto:

"No era yo quien debía ocupar esta tribuna cívica. Un suceso doloroso, de orden familiar, ha privado a esta ceremonia de la palabra elocuente del compañero que recibiera el encargo de transmitiros el mensaje fraternal del parlamento del Uruguay, en esta ocasión memorable, de regocijos y efusiones comunes, cuando colocamos sobre el ara de este simbólico devocionario de la Libertad la modestísima ofrenda que os traemos como exponente de los sentimientos amistosos que nos inspiráis y del respeto admirativo que profesamos a vuestras glorias ejemplares y a vuestros próceres, militares o civiles, que en la paz o en la guerra, con la inteligencia o con el corazón, realizaron en la historia la suprema armonía de una nacionalidad esforzada por su propio carácter, soberana por su propio destino.

No midáis por el valor intrínseco, sí por su significación moral, este homenaje que tiende a perpetuar, más que en la materialización de las cosas, en la virtualidad de las emociones, el abrazo de dos pueblos a través de territorios enormes, de ríos confluentes, de simpatías tradicionales, de esperanzas y aptitudes acrisoladas en el empeño fecundo y germinador de ser tan fuertes como redimidos, de ser tan civilizados como heroicos, de ser tan ricos como invencibles.

Separados, los paraguayos y los orientales, por una gran masa geográfica, no se sienten distantes, no se consideran ausentes. Hay, en el fondo de nuestras almas colectivas, un germen poderoso de atracción. Acaso esa misma lejanía de los marcos divisorios es uno de los motivos que determinan la cordialidad afectuosa de nuestras relaciones políticas y de nuestras relaciones morales. Acaso nos vincula esa misma distancia, porque salva integralmente nuestros espíritus de todas las querellas, a veces enojosas, a veces inquietantes, de la vecindad fronteriza. Y acaso esa misma distancia nos acerca y nos asocia, porque sabemos los orientales que, en el propio riñón de la América Meridional, hay una raza de bravuras indómitas, dispuesta a inmolarse por los fueros de la justicia de los menos fuertes, y porque saben, los paraguayos, que, en el confín de la cuenca platense, hay un pueblo puntilloso que persigue, como diría el lírico genial de la última centuria, un doble propósito benéfico, que represente cuanto hay de noble en el egoísmo patriótico y cuanto hay de verdadero en el sacrificio humano: ser libre y ser útil!



El doctor Sosa leyendo su discurso

Con misiones armónicas en la evolución definitiva, nuestras nacionalidades; con irresistibles tendencias psíquicas a la aproximación y la solidaridad; con idéntico culto a la memoria de sus paladines y sus mártires del bregar epopéyico o de la organización institucional, que son guías estatuarios en el camino de la historia; con una antigua afinidad de sentimientos y de anhelos en la suerte y en el infortunio, nada puede separarnos, y en cambio todo debe unirnos. Y esto lo comprende tan íntimamente el pueblo uruguayo, que ha venido, por nuestro intermedio, a vivir estos días luminosos de confraternidad afectiva, entre vosotros, con la certidumbre de no adolorarse en las nostalgias del terruño, y de hallarse, eso sí, como en el propio hogar, como en la propia casa. Y así ha sido: nos consideramos prolongados hasta vosotros y no fuera del ambiente nacional, que se confunde con el vuestro, porque desde Humaitá, ante cuyas ruinas evocadoras rendimos, al pasar, nuestro tributo al valor paraguayo, hasta la Asunción, saludada con las salvas clamorosas de nuestros cañones amigos, no encontramos sino almas abiertas en una eclosión emocionante de dadivosas bienvenidas. Es que nuestra amistad, señores, está por encima de los formulismos del protocolo internacional:

nuestra amistad arraiga en el seno profundo del corazón común: es la amistad que crean y consolidan, espontáneamente, los pueblos en las consagraciones unánimes e imperecederas de la justicia de un mismo derecho y del altruismo de un fraterno ideal.

El Paraguay merece, por otra parte, la más alta consideración de nuestro espíritu inegoísta. Nos reputamos orgullosos de su amistad por la brillante heráldica de su pasado. El Paraguay tiene adquirida una alcurnia indisputable en los fastos del Río de la Plata. Ejemplo único, tal vez, en la cristalización de la conquista y en la integración del coloniaje, conservó el singularísimo derecho de vivir por su cuenta y de labrar hondamente la huella de su propio albedrío, forjando, con huraña autonomía, en cuyos gérmenes radica el origen de una nacionalidad característica y enérgica, celosa, hasta el sacrificio, de sus fueros, el proceso de su personalidad en el yunque de bronce de la historia. Ejemplo único, también, en la olimpiada revolucionaria, fué precursor del movimiento de Mayo con la creación de la Junta Gubernativa de 1731, que eligió un presidente de la provincia sin la aquiescencia y con prescindencia de la corona de ultramar, y fué uno de sus elementos coadyuvantes, sin subordinación, con libertad de rumbo y de esfuerzo, en el pleno dominio del solar geográfico y del derecho político, rebelde, al mismo tiempo, por circunstancias naturales y por educación adquirida, a todos los apetitos y a todas las agresiones conjuradas, contra las repúblicas nacientes en la América andina y atlántica, para reemplazar por las oligarquías lugareñas los tronos derrumbados.

Si con la leyenda del patriarca indígena, el Paraguay puede reivindicar para sí el tronco milenario de la raza guaranítica, que se esparció y subdividió, en tribus y familias, pecurializadas, luego, por los hábitos y localidades, sobre toda la cuenca del Plata, que hoy sirve de emplazamiento a sociedades de vigorosa médula y de altísimo destino; si con la instalación de la Junta de Gobierno del 14 de Mayo de 1811, cuyo aniversario hemos celebrado los orientales con vosotros, en amable consorcio cívico, habéis asegurado y definido, con entereza excluyente, la integridad de vuestra soberanía, después de haber consagrado con las armas la integridad de vuestro suelo prolífero, que tiene la dureza del hierro en sus entrañas, que tiene la imponencia de las selvas, de los ríos y del atronante Guairá en su superficie bañada por el sol maravilloso del trópico, que tiene todas las gentilezas de los colores y de los perfumes en la lujuriosa floración del heliotropo, de las azaleas, de las peonías, de los jazmines y de los lirios; si con los manifiestos inaugurales de las juntas y con las declaratorias valientes del Congreso de 1813, afirmasteis el concepto orgánico de la independencia y de la democracia, como entre nosotros lo hizo Artigas cuando la revolución se desvirtuaba y desmedraba en las incertidumbres, y en los desencantos, y en las anarquías patricidas, hondas, reversivas y sangrientas; si con todo eso, vosotros podéis invocar, como legítimos blasones de vuestra entidad nacional, antecedentes y conquistas que no debéis a nadie, que son el resultado de condiciones ingénitas, podéis también, en esta hora meridiana, en que ya felizmente no resuenan en los horizontes ni el clarín de las cargas, ni el eco funeral de la

hecatombe, ni el estrépito de las muchedumbres al armarse; en que, por fortuna, el arado, las fábricas, el comercio, la industria, la universidad y la escuela preparan los triunfos de la cultura y la riqueza, reclamar para vosotros, para este pueblo de las tremendas crisis y de las reacciones asombrosas, el honor de haber constituído la cuna de la civilización de todo su virreinato desgajado, desintegrado, diluido en las nuevas patrias que plasmara y creara el músculo y el genio de la revolución.

No podemos olvidar que, con Ayolas e Irala, la cabeza dirigente, irradiadora, matriz, de la organización política, administrativa, económica y social del patrimonio conquistado por la nación colonizadora, radicó, al correr el siglo inicial de su hegemonía, en vuestro acervo nativo, y que de él procedieron los fundadores del virreinato integral, y que de él procedieron los ganados que pueblan nuestros valles y nuestras cuchillas, y que de él procedieron las primeras lecciones de gobierno propio, difundidas en las conciencias criollas de medio continente, y que de él procedieron, en fin, las hidalguías varoniles, los estímulos creadores, las virtudes gloriosas de Hernandarias, el primero y más fecundo de los gobernantes americanos, en las tierras meridionales que cubrieran los lienzos, sobre los cuales no se apagaba el sol de los estandartes caballerosos de España.

Al venir aquí los orientales, a compartir con vosotros la alegría de las solemnizaciones patrióticas, el óleo de la pila bautismal de vuestro pueblo libre, para sentir a la vez en su última etapa la memoria de nuestro Artigas, cuya tumba nos habéis conservado y ofrendado con la propia generosidad con que la ofrecierais al proscripto eminente, no tenemos sino holocaustos de cariño y de reconocimiento, verbos de fraternidad y de amor, en nuestros labios y en nuestros corazones, porque así como el Paraguay fué el único refugio que Artigas prefiriera, hasta desdeñar la hospitalidad consagratoria de la formidable democracia de Wáshington, para su postrer recogimiento de estoico, seguro de que esta tierra, tan solidarizada con sus esfuerzos redimentes, tan igual a la suya en la decisión de imponer y consolidar la autonomía de su derecho soberano, le sería propicia y conmiseradora, nosotros nos consideramos vinculados a vosotros por insuperables inclinaciones intuitivas, por deberes muy fuertes, por tendencias históricas y morales, a la antigüedad y al abrazo, hasta por recíprocos intereses económicos y políticos, que no han roto ni disminuido los azares de las más crueles contingencias, porque jamás fuimos vuestros enemigos, porque jamás autorizamos el desmedro, ni en un solo palmo de vuestra heredad, porque empezamos por exigir, en las vísperas crepitantes, el respeto absoluto de vuestros límites territoriales, porque nos defendimos de un hombre al atacarlo y no de una nación que velaba el sagrario de una tumba nuestra, porque vivamos a vuestra libertad al embarcar nuestros contingentes militares para la campaña dolorosa y lejana, porque no quisimos recargar con nuestras cuentas vuestras fatalidades, ni quisimos ser para vosotros otra cosa que acreedores de afectos, porque os devolvimos los trofeos de la guerra casi fratricida, que no podían permanecer siendo nuestros sin desmentir la sinceridad de los móviles altruistas que nos condujeron a ella, sin sentir en propia carne el dolor de

quienes los defendieron tan heroicamente, porque no se cuelgan en los escudos del hogar, con depresiva vanagloria, los despojos de los hermanos, que son jirones del propio corazón vertiendo sangre!

Señores: El alma uruguaya formula, al pie de este símbolo, más grande en sus esforzadas rememoraciones que en sus propias líneas físicas, un voto que da relieve moral a su ofrenda de bronce: que la libertad conquistada con las bizarrías del denuedo más ejemplar de América os asegure ahora, porque tenéis todas las viriles cualidades del pensamiento y del carácter, la paz de la democracia y del progreso, que si la libertad es el atributo de los soberanos y la vida de los fuertes, es, por eso mismo, la condición del trabajo, la alegría germinadora de la naturaleza, el triunfo del derecho igualitario, la civilización intensa que, después de arrasarlo todo la lava del volcán, en los crepúsculos anochecientes, cuando la tierra se agrieta al paso de las catástrofes irremediables, todo lo fecunda, todo lo anima, todo lo edifica para realizar, en el espacio y en el tiempo, la obra de armonía y de coordinación de la capacidad nacional, que es la obra del patriotismo perseverante y de la clarovidencia ideológica de una raza!"



El señor Presidente de la República y su comitiva, escuchando los discursos

Contestó el diputado doctor José P. Guggiari en los siguientes términos:

"Excmo. señor Presidente:
Señores delegados del Congreso uruguayo:
Señores:

Traigo a este tribunal la alta representación del Congreso paraguayo, que ha creído de su deber asociarse a estas fiestas que, al par de una peregrina-

ción patriótica a la tumba de un héroe, son también el abrazo de dos pueblos vinculados por un viejo y hondo afecto.

Mezquina de elocuencia mi palabra, le es difícil traducir la intensa emoción del alma nacional ante la nueva ofrenda del cariño uruguayo, rendida, esta vez, a la memoria de nuestros próceres, en el día glorioso de la patria.

La república entera se agita de uno a otro confín, estremecida de entusiasmo. Y el aplauso frenético, los vítores alegres, el bullicio popular que un día saludaron a los portadores de sagradas reliquias devueltas a la patria, en un sublime rasgo de amor, resuenan hoy, más delirantes, atronando los aires, para agasajar a los mismos, que retornan en misión tan grata como aquélla, a renovar los sentimientos de una amistad que no han sabido quebrar ni las vicisitudes de la historia!



El doctor Guggiari leyendo su discurso

¡Hermoso espectáculo, señores! ¡Bello gesto de confraternidad americana!

Bien es cierto que por encima de la identidad de origen y de las vinculaciones geográficas, un lazo más fuerte e indisoluble une a orientales y paraguayos: Artigas, el Padre, que en la hora de la desgracia halló en nuestra tierra hospitalario refugio, tranquilidad a su espíritu atribulado y sobre todo la cordial estimación de un pueblo.

El culto común del héroe hermanó los sentimientos, fraternizó los corazones. Y al través del tiempo fué el surco abierto donde se derramó la semilla que fecundó el Arbol, cuya sombra es hoy tan propicia al afecto de dos naciones, como lo fué en otrora a la vida del gran caudillo, la del histórico ibyrapytá.

¡Sublime virtud, señores, la fuerza misteriosa de los héroes!

La confraternidad de los pueblos americanos, al realizarse un día, ha de ser, más que la obra de las propias conveniencias, el resultado de la gravitación, en el presente y en el futuro, de los preclaros varones, de su revolución emancipadora y de los esforzados luchadores de su democracia.

Héroes comunes, ellos, al unirnos en el homenaje, nos acercan en la acción.

Y es así cómo, de la mancomunión de los esfuerzos, de los ideales orientados, ha de surgir la América UNA, la de las banderas confundidas, la que no tiene fronteras, para rimar en el tiempo y en el espacio el canto venturoso de la civilización y del progreso.

Señores delegados:

El bronce que aun no inmortaliza el recuerdo de nuestros próceres, no recogerá, orgulloso, en sus zócalos, la ofrenda de esta placa; pero el mensaje fraternal y cariñoso que le acompaña, ese lo inscribiremos en nuestros corazones, allí donde todos los paraguayos les tenemos elevado el monumento perdurable de sus glorias.

Decídselo así al noble pueblo uruguayo."

Terminadas las ceremonias, el Presidente de la República recibió en palacio a los peregrinos y a las numerosas personas que fueron a saludarle con motivo del aniversario patrio.

El doctor Búrmester ofreció, en nombre del "Club Juventud Salteña", al señor Presidente, varias medallas conmemorativas, de oro, y una magnífica colección de ágatas encerradas en una caja de madera esculpida artísticamente.

El Ministro del Interior, Dr. José P. Montero, contestó al Dr. Búrmester, en nombre del P. E., con una oportuna improvisación.

Se sirvió a los asistentes un espléndido *lunch* y se presenció luego el desfile de las tropas de la guarnición de la capital, las que estaban formadas a



El señor Presidente y comitiva llegando al Palacio de Gobierno

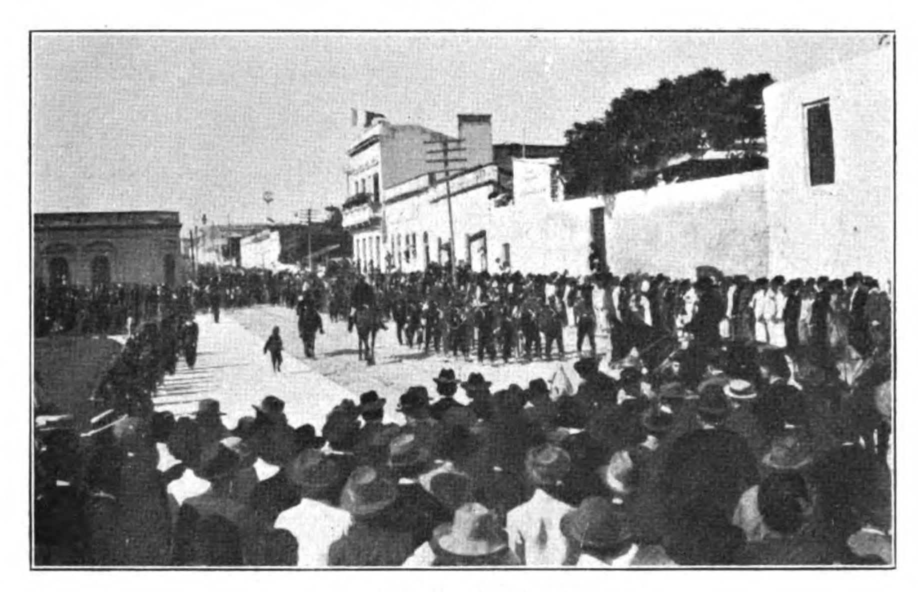
lo largo de la calle Buenos Aires, desde el palacio de gobierno hasta la iglesia catedral.

Mandadas por el sargento mayor Bejarano, que tenia como ayudantes a los capitanes Ibarra y Acosta, desfilaron luego por frente al palacio, donde se encontraban el Presidente de la República y numerosa concurrencia.

Iniciaban la marcha los blandengues y el destacamento desembarcado del "Uruguay", con sus respectivas enseñas. La bandera oriental fué saludada con nutridos aplausos.

Venían luego tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería.

Una intensa emoción dominaba los espíritus mientras ante los ojos conmovidos de miles de espectadores desfilaban, idénticos en la arrogancia marcial de la apostura, los descendientes de los que enrojecieron con su sangre

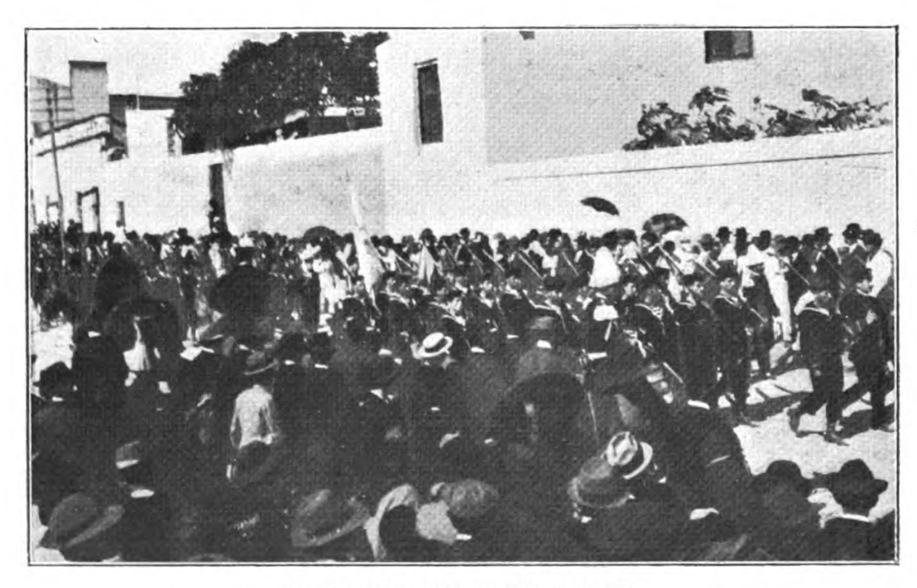


La cabeza del desfile

el Boquerón formidable, en aquella pavorosa apoteosis del exterminio sobre la que se ciernen, hermanadas en la gloria como lo fueron en el heroísmo, las épicas figuras de Aquino y de Pallejas.

El número que correspondía al ejército había sido brillantemente ejecutado, mereciendo calurosas felicitaciones de los distinguidos oficiales y periodistas uruguayos.

El representante de *El Diario del Plata* ha escrito a este respecto las siguientes frases, que reproducimos complacidos:



Los marinos de la "Uruguay"

"Merece sinceros plácemes el comandante Chirife, "alma mater" del ejército paraguayo, cuyo desfile excitó en nosotros una sensación inesperada. Injusto sería oponer la más leve recriminación al hermoso y brillante con-



El público presenciando el desfile

junto del ejército paraguayo, educado en los preceptos austeros de la disciplina germánica y robustecido por el servicio militar obligatorio, de reciente creación en el Paraguay".



En la tarde, la Escuela Normal del Paraguay ofreció un certamen literario-musical en honor de los peregrinantes uruguayos, al que asistieron el Presidente de la República, los ministros y altos funcionarios de la instrucción pública.

El director del establecimiento, señor Juan R. Dahlquist, en un hermoso discurso, dedicó la fiesta a los miembros de la excursión patriótica al Solar de Artigas.

"Las dos tierras", diálogo simbólico, preparado expresamente por el doctor Ignacio A. Pane y recitado por las señoritas Antonia Pane y Exa Acosta, representando la una el Paraguay y la otra el Uruguay, fué el número sobresaliente del programa. A especial pedido de los peregrinantes se repitió por la noche en el Teatro Nacional.

A la Recoleta

Nada más imponente que la peregrinación llevada a la tumba del general Díaz, que es para nosotros la encarnación más pura de la edad heroica de nuestra historia. Culmina, como el vencedor de Las Piedras, en rasgos de insuperada bravura, y, si no ha sido como éste el fundador de una naciona-



General José Eduvigis Díaz

lidad, ha sabido afirmar la existencia de su patria con el centelleo inconfundible de su espada en las epopeyas homéricas del 65.

Acaso causas misteriosas derivadas de la psicología íntima de los dos pueblos hermanos, asociados en la apoteosis grandiosa de un mismo culto por el pasado y el porvenir de la raza, han hecho converger sobre ambas figuras los esplendores de la festividad internacional, sellando las alianzas

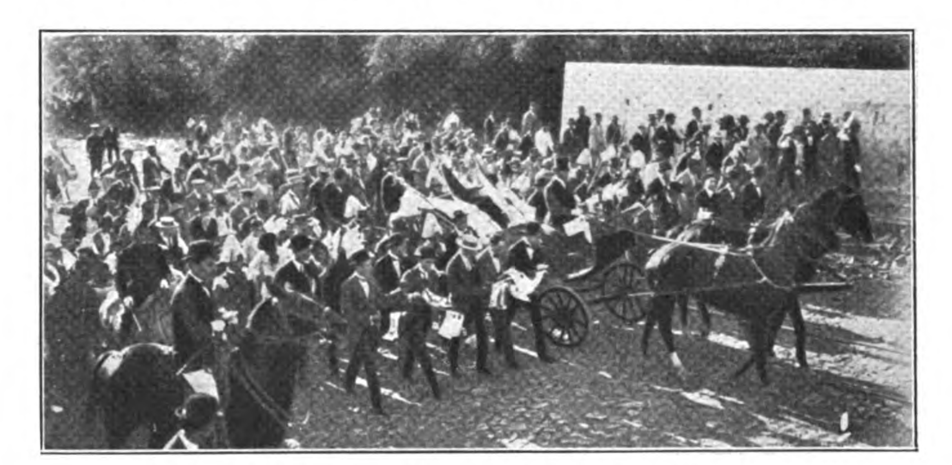
imperecederas de la tradición en un encuentro espontáneo de rememoraciones sagradas.

La patria no guarda en el santuario de sus grandes hombres una gloria tan excelsa y de tanto relieve americano como el vencedor de Curupayty,



Cabeza de la manifestación

sobre cuyo sepulcro la hidalguía de los adversarios ha depositado ya en bronce sonoro su homenaje. Artigas y Díaz habrán suscrito, pues, el acta de la solidaridad internacional que la historia ha escrito en los corazones orientales y paraguayos, abrazados bajo los auspicios de sus manes tutelares.



Las banderas y la placa llevadas en coche

La peregrinación condensó en su seno cuanto había de selecto y vibrante en las clases superiores y toda la masa popular, entusiasta y enardecida bajo los fuegos del sol tropical, que siguió a las banderas entrelazadas de las dos nacionalidades por la larga y polvorienta avenida que conduce a la Recoleta,

bajo los arcos de triunfo levantados a su paso, en interminable y rumorosa efusión de fraternidad. Aquello fué una visión grandiosa de apoteosis, de pueblos en alianza para las santas cruzadas, de historias depuradas y confundidas para las conmemoraciones comunes, de destinos colectivos solidarios en el devenir del progreso, de banderas ondeantes en el espacio poblado de vítores y de armas resplandecientes bajo el oro de la tarde estival.

Llegado que hubo la peregrinación a la Recoleta, el pueblo rodeó la tribuna erigida en la portada, para escuchar la palabra de los oradores que desfilaron por ella en medio de las estrepitosas aclamaciones de la multitud.

Discurso del comandante Atilio Peña

"Es la existencia ola movediza en cuya cresta de espuma vive el presente; son sus tendidos senos el ayer y el mañana; viene empujada por el recuerdo, va alentada por la esperanza a grabar en la arena del sepulcro su ondulación final. Y siempre que un pensamiento grande, generoso y noble nos agita venimos a esta playa solitaria para renovar agotadas energías y si una congoja nos oprime, nos acercamos más y más a esta tangente misteriosa de la vida buscando un desahogo que nos colme o la ilusión de un perdón que nos redima, y si tenemos un reconocimiento que evidenciar o un recuerdo que venerar, es aquí también donde caen las más delicadas flores de nuestras almas.



El comandante Peña hablando en la Recoleta

Es por eso que en este santuario de los héroes, el Paraguay, que tiene con vosotros orientales una deuda de gratitud eterna, de pie os saluda, os aclama.

Sí, señores; la ceniza de los años no ha podido cubrir el recuerdo de ese día memorable y nuestro país convaleciente aún se incorporaba lastimosamente entre sus ruinas cuando vió aparecer aquella legión de bizarros guerreros que nos traían abatida y ensangrentada la gloriosa enseña que amortajó a la patria vieja.

El Paraguay no puede olvidar eso porque es todo corazón: corazón por su situación geográfica, por su forma; corazón porque en su suelo corrió a torrentes la sangre de cuatro naciones sin dejar vestigios de odios ni rencores; porque sus grandes y caudalosos ríos como aorta inmensa llevan en su corriente el estremecimiento de nuestras selvas, llevan en sus aguas el color de nuestro radiante sol y os llevará eternamente, queridos orientales, el cariño de un pueblo entero.

Vuestra visita de hoy también tiene lejanas proyecciones y trascendental significación.

Emancipado este continente, formáronse caóticas agrupaciones obede-

ciendo a tendencias étnicas o a la gravitación de aspiraciones locales, hasta llegar a constituir la vigorosa constelación republicana que se extiende desde el cabo de Hornos hasta las cálidas aguas antillanas.

Cristalizáronse las nacionalidades, y el Uruguay, engarzado en el Atlántico y el Plata, siguió resistiendo todavía a la codicia extranjera que veía en su envidiable posición continental un baluarte estratégico para sus dominios, un emporio comercial para sus intereses.

Fué necesaria la irreductible energía de sus hijos para destrozar una tras otra las cadenas que pretendían sojuzgar su independencia y aherrojar su libertad.

Luchó, venció, y el año 25 se incorpora triunfante a sus hermanos de la América.

La sombra de Artigas preside sus instituciones.

La espada de Lavalleja sanciona su destino.

Pero la lucha no ha cesado; gérmenes atávicos conspiran y trabajan en carne propia. Su fortaleza se ve sometida a las más cruentas pruebas.

Tienen patria pero la quieren grande, fuerte y libre, y no hay sacrificio, no hay abnegación que no ejerciten para conseguirlo, ya sea abatiendo la tiranía que oprime y corrompe, ya sea avasallando al caudillaje que anarquiza y deshonra hasta llegar a afianzar la paz, cimentar las instituciones, dejando al país árbitro absoluto de sus destinos y al pueblo de sus derechos y libertades.

Pero este adalid infatigable de la espada y de la idea, prosigue en su avance hacia el perfeccionamiento moral y material de su raza.

En este mismo momento en la capital uruguaya se afrontan los audaces problemas de la democracia moderna; y en el foro, en el parlamento y en la plaza pública se ventilan las más complicadas soluciones del derecho político y social.

Pero no se detienen allí tampoco ni se circunscriben a los estrechos límites de una frontera, no. Sus pensadores y estadistas de tiempo atrás vienen preconizando el pensamiento más trascendental de los tiempos contemporáneos, ensayando los primeros pasos y estrechando los primeros lazos de la futura solidaridad americana.

Tan es así, que fueron los primeros en imprimir el ósculo de paz y de concordia en la frente del vencido; los primeros en iniciar congresos de sudamericanos de la más vasta repercusión y de las más prácticas y efectivas conclusiones. Y así como el sol presta a la aurora sus rayos para despejar las sombras por donde va a pasar, el Uruguay declina en su gallarda juventud la misión de irradiar ese anhelo que ya se presiente como una necesidad, y que las generaciones venideras confirmarán en la realidad.

Ese día, las fronteras no servirán sino para comunicarnos, nuestras fuerzas para luchar unidos y nuestros pechos para defendernos.

Es posible que en los labios de Sancho asome una sonrisa irónica y despectiva. Pero, qué importa! Seguirá gruñendo el cerdo en el charco y aleteando el cóndor en las cumbres.

En nombre del ejército, de la juventud y de la patria saludo a los nuevos

caballeros orientales como a la vanguardia del americano de mañana. A vosotros que no venís arrastrados por ningún caudillo sino empujados por una idea!

Dejadme ahora que arranque un gajo de laurel para cubrir la memoria de esa raza que pasó, de esa generación que empapó en sangre y en lágrimas el suelo de la patria defendiéndola sin cesar, sin más sustento que su indomable energía, sin más abrigo que las vendas de sus heridas!

Vosotros que cruzasteis nuestro territorio habréis podido observar que no se puede nombrar un solo rincón sin nombrar un triunfo, una caída o una resistencia sobrehumana; tendríamos que cambiar por completo la nomenclatura de nuestras ciudades, pueblos y aldeas para amortiguar un tanto el punzante dolor que provocan sus finales y agudas sílabas que como eco lastimero de los combates que se libraron en el seno de cada uno de ellos hacen revivir en nuestro espíritu los inmortales nombres de Tuyutí, Humaitá, Curupayty y Cerro-Corá."

Discurso del coronel Fabregat

"Heroico pueblo paraguayo: Compañeros del ejército hermano:

Pienso que mi rostro me traicionaría si afirmase yo ahora que no me encuentro impresionado por razón del lugar y de las circunstancias.



El coronel Fabregat pronunciando su discurso

Tierra fecunda la vuestra, poblada por hombres animosos, mi primer impulso al divisarla ayer, también por primera vez, y no por el egoísmo de encontrarla parecida con la mía, fué el de descubrirme para saludarla en silencio con toda veneración, al pensar que tanta alegría de la naturaleza se encuentra aquí mezclada con el recuerdo de dolores imborrables: y ese saludo reverente se convierte ante vosotros en verdadero grito de entusiasta simpatía, al recordar que fué esta la misma tierra que albergó durante treinta años al oriental insustituíble en el primer puesto que le conquistaron sus méritos en el corazón de sus conciudadanos; que es lo mismo que decir, señores y amigos, que os debemos el servicio invalorable de haber custodiado por todo aquel tiempo esa gloriosa bandera que nos une a los orientales en medio de la fatal desarmonía que, en nuestra casa como en la vuestra, provocan las necesarias y también fatales pasiones de los hombres.

En estas condiciones, quisiera yo que mis palabras fuesen fruto natural del sentimiento que me anima, y así, si las libro espontáneas a las modalidades de este acto es porque confío que vuestra buena voluntad sabrá encontrar en ese propio sentimiento la atenuante aplicable a alguna posible confusión de mis ideas: confusión en la que, con todo, siempre veríais alguna clari-

dad, por la misma razón de que, en el fondo de la nebulosa que condensa el proceso de las relaciones continuadas de dos almas afines, brilla la estrella de la amistad, o del amor, que las acerca y que las une.

He dicho que es invalorable el servicio que os debemos. Me explicaré.

Nosotros veneramos a Artigas, porque él, con su entendimiento y su valor, puso las primeras bases de nuestra nacionalidad; porque fué siempre digno en el triunfo y digno también y sufrido y porfiado en la derrota; porque en medio de los entreveros y entre el ruido de las armas en el fragor de los combates, conservó serena la mente y fija la vista en ideales de ciencia, de verdad y de justicia, ya fuera cuando deseaba que sus compatriotas fuesen tan ilustrados como valientes, ya cuando expresaba que no vendería el patrimonio de los orientales al precio de la necesidad, o bien cuando manifestaba no ser verdugo para vengar pasadas injurias en prisioneros indefensos.

Su respeto al poder civil, a la soberanía nacional encarnada en los representantes del pueblo, rayaba en una especie de ideal religioso condensado en estas palabras: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana"; pero donde culmina su sabiduría es en sus célebres instrucciones, en las que aparece por primera vez en esta América la idea de federación.

"Libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable", decía en su base 3.ª, proclamando así la libertad de pensamiento y conciencia diez y siete años antes que nuestros constituyentes redactaran el artículo 5.° de nuestra carta fundamental estableciendo la religión del Estado.

"Muy veleidosa es la probidad de los hombres y sólo el freno de la Constitución puede afirmarla", decía Artigas al Congreso de Abril, reunido en Peñarol en 1813, y completaba su pensamiento en la base 18 de sus instrucciones, dictadas algunos días después, en esta forma: "El despotismo militar será precisamente aniquilado con vallas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos". ¡Quién sabe estos hombres principales de la revolución qué audacias tuvieron que avasallar y qué innobles ambiciones que combatir para dictar verdaderos testamentos políticos indicando peligros y enseñanzas en cláusulas tan concluyentes!

"Los hombres de la revolución hemos arado en el mar, decía Bolívar. De América no habrá más que emigrar. Estos países serán gobernados por tiranuelos imperceptibles sedientos de oro y de mando."

El Libertador, lo mismo que el fundador de nuestra nacionalidad señalaron la amenaza de las innobles ambiciones; pero nuestro Artigas iluminó el camino y mostró la piedra para evitar el tropiezo. La Constitución, como valla y como garantía en la persistencia de la probidad. Esta literatura militar patriótica no ha sido superada por la de los otros grandes capitanes incluyendo las proclamas del más grande de los del siglo pasado, las cuales, por otra parte, llevaron siempre en su masa el virus del Despotismo, así como las de Artigas se henchían con levadura de Libertad.

Veneramos, finalmente, a Artigas, porque su honor y desinterés, virtudes que contribuyen a la gloria del soldado, fueron al fin completadas con su abnegación al sobreponerse a las pasiones que pudieran dividir a su naciente

patria, para venir a descansar al solar histórico de Iviray, donde se mantuvo puro y sin vicios, sin más alivio que el recuerdo de sus esfuerzos y enseñanzas, ni otra preocupación que la de la buena fortuna de su obra.

No vamos descaminados, hermanos del Paraguay, al honrar juntos la memoria de Artigas. Tampoco estamos solos en la justiciera tarea.

Hace dos años se celebraba en Montevideo el aniversario de la batalla de Las Piedras, y en esa ocasión fuimos gratamente sorprendidos por la palabra del señor ministro americano expresando que, en su país se entiende que el primer demócrata en el Norte de América fué Jorge Wáshington y en el Sur José Gervasio Artigas. Tal es la razón, agregó, porque se encuentran en el Capitolio el retrato del uno frente al del otro.

Nuestro Centro Militar nos dió la comisión, grata al patriotismo, de recordar a Artigas en tierra paraguaya, ampliándola para que nos honráramos recordando al paraguayo heroico que se llamó José Eduvigis Díaz. La juventud salteña dobla el honor encargándonos de colocar esta placa que dedica a esa gloria de la epopeya de la Triple Alianza.

Señores: hay en mi país una expresión algo prosaica para medir vuestro heroísmo en aquella memorable época de la historia sudamericana. "El Paraguay, se dice, tenía un millón y pico de habitantes: perdió el millón en la guerra y su cortejo de calamidades, sobreviviendo sólo el resto".

No hay por qué averiguar la aproximación del dicho a la verdad con reglas aritméticas: basta ver que la fórmula interpreta el hondo sentimiento y la enorme simpatía de mi pueblo por el vuestro, por su valor y sacrificios increíbles, por la organización militar que reveló, admirando al mundo por su grado de adelanto en esa materia, y va de esto más de 40 años; y, más que nada, y por sobre todo, porque cuando tenue y sutil, como su tela, la bandera paraguaya se tendió como razón máxima por sobre la cabeza de sus hijos, las ondas de flúido patriótico electrizaron como por arte de fenómeno físico, toda la tierra y todas las cosas de la tierra dentro de los límites geográficos del bravo Paraguay, y allá fueron sus hombres y allá fueron sus mujeres, padres, esposos, hijos, como lo cantó en preciosos y sentimentales versos "A una Paraguaya" un ilustrado compatriota mío, a defender hasta rayar en lo imposible el querido territorio y la sagrada enseña, bajo cuyos pliegues caían, a los triples golpes que abatían los viriles pechos arrancándoles el último hálito de vida que se elevaba en el espacio para esfumarse en las serenas, puras y sublimes regiones del patriotismo.

Si yo hubiese de creer a mi imaginación en su marcha vertiginosa hacia el infinito inabordable diría que la leyenda consagra como un hecho extraordinario que, cuando una bala de cañón destrozó la pierna de uno de vuestros elegidos, se produjo una incorporación luminosa, como compendio de virtudes, en el nimbo de gloria formado por los alientos de coraje y los suspiros de dolor de los hermanos y hermanas del espíritu incorporado y puesto en libertad al rasgar el plomo su preciosa envoltura ilustrada con el nombre de José Eduvigis Díaz.

Y así debió de suceder, por concordancia con las proporciones del soldado que recogió laureles en el 1.° de granaderos, lo mismo que en el 40.° de guar-

dias nacionales: héroe en la retirada del Paso de la Patria y en Banco Purutué, donde renovó con su sable la lucha a estilo de los caballeros medioevales: en Estero Bellaco, donde debió guardar el avance de nuestro gran Flores: en Tuyuty, donde se le pasó nota de felicitación, y nervio de la victoria en Curupayty, cuyo estruendo despertó en López el alto sentimiento que le inspiró aquel brindis por la entrada del general Díaz en la inmortalidad.

Ahora bien, señores: si me dijeseis que no he trazado un programa bélico, como corresponderia a un discurso con espada ceñida, os contestaria que el sentimiento del deber y el amor y la ambición profesionales no excluyen, ni pueden sobreponerse al deseo patriótico de apreciar el progreso al amparo del orden, y que ese florecimiento y prestigio del suelo propio es lo que nos puede dar mejor derecho a los preciados bienes obtenidos con el esfuerzo de nuestros héroes, encontrando en él la compensación y el consuelo de tantos sacrificios y dolores.

Por más que la guerra haya sido casi invariablemente la dinámica del progreso, el rol del indispensable y buen gendarme, pronto siempre a defender el orden, las instituciones, el honor y la soberanía, excluye al guardián pendenciero y provocador.

Pondré un ejemplo: persigue nuestros sembrados un pájaro que concluye las sementeras y que debéis conocer: el gorrión.

Los agricultores no cesan en sus disparos de armas de fuego contra la especie, y como a lo más que pueden aspirar es a suprimir uno en cada disparo, siendo los enemigos tantos, no se obtiene mayor efecto positivo que perder el tiempo y alarmar a los vecinos. Ideó uno cruzar hilos sobre los sembrados, y el pájaro, como si previera el peligro de una trampa o máquina infernal, no pasa la linea del tejido; el hilo cuida, nadie se alarma y el agricultor prosigue su trabajo

Apliquemos, nosotros, pues, las vallas constitucionales de Artigas a los gorriones perturbadores del orden, y queden los fusiles para los bandidos y malhechores nocturnos y sobre todo para el invasor extranjero colocado fuera de nuestra constitución y de nuestras leyes.

Lo estableció con soberana elocuencia un ilustre general, pensador profundo, guerrero indomable en cien combates, muerto a mano de sus enemigos. "El amor a la paz no implica en el soldado temor a la guerra, sino dominio de su virtud sobre los impulsos de su ambición. En la quietud de la paz más facilmente que en las turbulencias de una guerra se mantienen recta la justicia, puras las buenas costumbres y firmes las leyes, así como en tranquila mar conserva su pureza el manantial de cristalina fuente".

Señores: saludemos hoy el 102 aniversario de vuestra independencia y hagamos votos en este dia para que sea esta placa, que colocamos en la tumba de uno de los más preclaros hijos del Paraguay, un eslabón más de la cadena de unión con nuestra patria y para que los siglos venideros sean testigos de lo invariable e indisoluble de esa unión."

Discurso del señor Juan Stefaních

"Uruguayos:

Sobre la tierra clásica de las grandes amarguras.

A lo largo del camino, bajo la sombra trémula del árbol centenario que cobija el encuentro y marca la apoteosis.

Un minuto de sinceridad, un minuto de amor para las almas.

Que vaya el recuerdo, desbordado en la ternura, en cariñosa confidencia, contando pesadumbres y desgranando penas que marcaron un surco de dolor al pasar sobre la frente.



Sr. Juan Stefanich

Y que vaya también en la fiebre del abrazo, la nueva canción de la esperanza, el ansia turbadora de nuestros sueños de grandeza. Estrofas de lucha con inflexiones de salmo. Himno de vida con vibración de aurora.

Vosotros lo sabéis.

Un raro fatalismo rigió nuestro destino. Una extraña desventura forjó nuestra historia singular.

Un soplo de infortunio desgarró la virgen claridad de nuestro cielo. El viento corrió en los caminos desolados, recogiendo la epopeya del dolor. Sobre la faz polvorienta, escalando la cuesta cruzó la caravana...

Y allá, en la ignorada espesura, el terrible desenlace!

Un arroyuelo que pasaba cantando, recogió en las ondas sorprendidas de su límpida corriente, el grito de la raza, al desplomarse en los brazos de la gloria.

Aquel arroyuelo contó al mundo que sus aguas se estremecieron de espanto, al recoger el aliento del último vencido, al consumarse la tragedia!

Corrió el velo de la tarde triste. Se apagó la luz besando la cresta de los árboles lejanos.

Cayó la noche.

Ya no brillaron los clarines, ni relincharon los corceles. Rodaron, pesados, los cañones. Callaron las armas. Enmudeció la soldadesca.

Silencio reinó en el campamento.

El ave se ocultó en su nido. Crujió la hojarasca en la espesura.

Y en la sombra estalló un sollozo!

Sobre las ruinas del hogar carbonizado se alzó la rediviva: la mujer paraguaya, mi madre. La que inspiró el canto de vuestro Sienra Carranza. Creadora de patria, reconstructora de un pueblo.

Su blanca saya victoriosa ondula al viento. En la honda cavidad de sus

ojeras, allá en las pupilas dilatadas, brilla estereotipada la visión del lustro sombrío!

Paraguaya de raza, contempló el soberbio hundimiento.

Cayó el padre, sereno en la trinchera.

Cayó el esposo en el fragor del entrevero.

Cayó el hijo, adolescente, niño.

Cayó el pueblo, precipitado en la sublime locura de su santo patriotismo.

Y ella, sola, surgió de entre los muertos!...

Los años corrieron.

El tiempo pasó.

La madreselva trepó como antes a lo alto del alero, derramando aromas.

Volvió a sonreir la graciosa pasionaria.

La palmera levantó de nuevo su altiva arrogancia en la llanura.

¡Pero no volvió a sonreir nuestra estirpe!

Surgió la nueva floración. Revivió la patria nueva. El Paraguay del presente.

Y recomienza entonces nuestra larga niñez, nuestra larga infancia, preñada de sacrificios, de aventuras, de lágrimas y penas.

Pero la hora sonó también para nosotros.

De la cumbre de nuestro dolor descendió un beso de luz en las conciencias. Un relámpago fugaz iluminó el cerebro.

Sonrió nuestra esperanza en una aurora. Rutiló nuestra quimera acariciada. La visión cayó rendida en nuestros brazos. Y rompió el aire nuestro grito de triunfo. La canción de la Lucha, del Trabajo y del Progreso.

Y vedlos por fin. Los hijos de la heroína, los que nacieron para recoger vuestra nobleza y bendecir vuestra hidalguía.

Ved al paraguayo.

De pie, sobre el solar reconstruído, pálido el rostro de emoción, enternecido de gratitud y húmedos los ojos pensativos, al recoger vuestra noble ofrenda: Aquel viejo abrazo que el guaraní soñara en la vía crucis de sus grandes infortunios.

Pero sabedlo, amigos. Ni hay sorpresa por vuestro arribo, ni hay extrañeza por vuestro abrazo.

En la tierra paraguaya hace mucho se os aguarda.

Desde los años ya lejanos de la infancia bulliciosa del hogar, una mano cariñosa ha modelado con ternura un afecto en nuestras almas. Y allí aprendimos de niño, de los labios temblorosos de la blanca viejecita, las hazañas fabulosas de "los tiempos ciclópeos"...

Y allí nos sorprendió la historia de vuestra embajada primera, aquella noble mensajera que vino a derramar un poco de bondad y un poco de amor sobre nuestra amargura: la devolución de los trofeos y la condonación de la deuda.

Y en las horas escolares, cuando la bandada bullanguera callaba recogida rodeando al maestro, modulábamos en coro una bella canción. Y en los grandes días de la patria, abiertas las puertas de la gran jaula común, golondrinas locas, abandonábamos nuestra vieja casa.

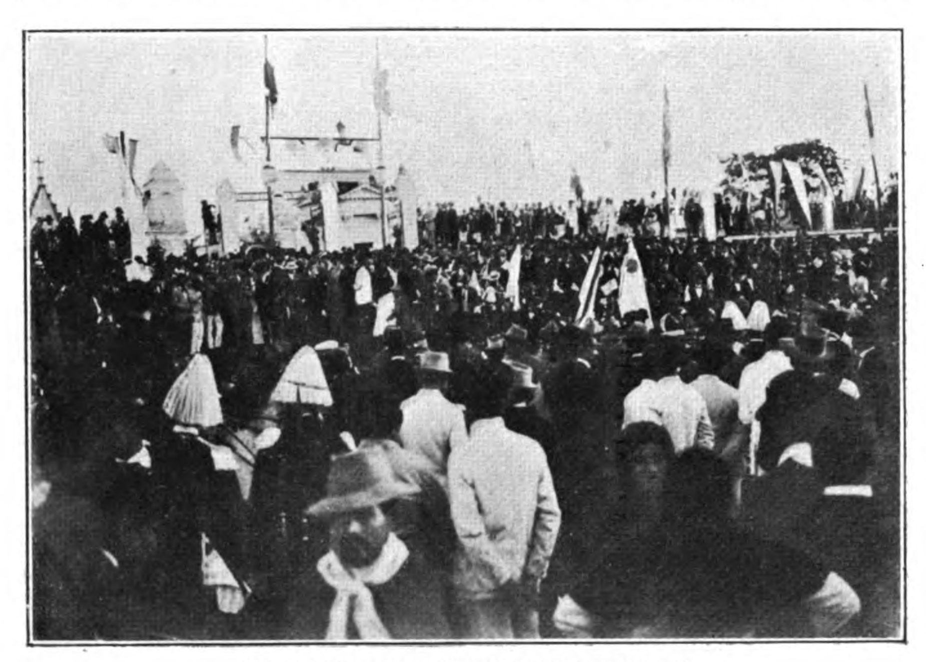
Y cruzábamos las calles, con orgullo y arrogancia, la noble escarapela sobre el pecho. Y llegábamos al pie de nuestra enseña y repetíamos allí nuestra canción.

Y hoy como ayer.

Las estrofas siguen vibrando en nuestros labios, como una nota de esperanza, como un juramento siempre nuevo, como un conjuro renovado sin cesar.

Y sabíamos entonces y sabemos ahora.

Cuando lanzamos al aire nuestro grito de patria; cuando sentimos temblar la palabra en la garganta; cuando la voz enronquecida vibra en la suprema invocación; cuando nos sentimos enardecidos, transfigurados, frené-



En la Recoleta durante los discursos

ticos, delirantes, locos de patriotismo, entonces, entonces el alma uruguaya de Acuña de Figueroa se agita, vibra, palpita, se estremece y llora con nosotros, confundida en nuestras almas.

Por eso tuvimos el presentimiento de vuestra llegada y sentimos la predestinación de vuestro abrazo.

Por eso no hay sorpresa en nuestros rostros. Por eso no hay extrañeza en las miradas.

Y una palabra final.

Cuando mañana, ya de vuelta al terruño, relatéis vuestra larga peregrinación al Paraguay, no olvidéis una palabra de perdón para nuestras deficiencias. Y no olvidéis tampoco que por sobre la modestia de las cosas y la humildad de los corazones, flotará por siempre nuestro inmenso cariño, nuestra inmensa gratitud al Uruguay.

Y decid también al mundo entero, desde la cumbre luminosa de vuestros triunfos, que no habéis encontrado a vuestro paso aquel imaginado pueb'o de salvajes, aquel pregonado pueblo de ilotas. Que aquí, en el seno de nuestra América, corazón de un mundo, vive un pueblo, laborioso y sencillo, altivo en su pobreza, sufrido en su dolor, invencible en la impiedad de su

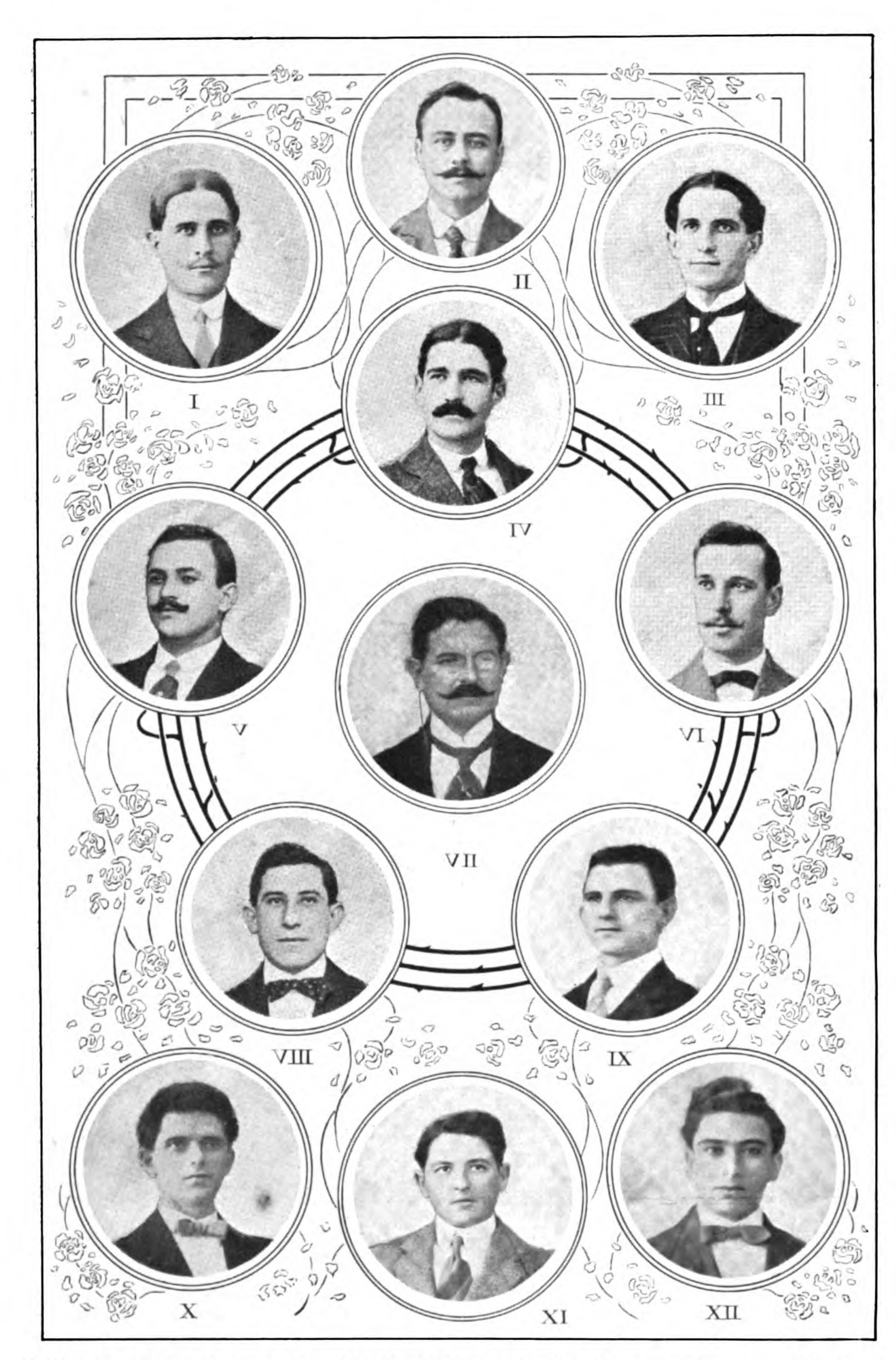


Placa colocada por los peregrinantes en la tumba del general Diaz

destino, que sabe forjar heroísmos y rubricar historias y que sabe responder con un latido de su corazón cuando le llaman!"

De vuelta de la visita al cementerio, la "Liga Paraguaya de Foot-Ball" ofreció un *lunch,* en el Belvedere, a los foot-ba lers orientales.

El sitio elegido respondía admirablemente al hermoso simbolismo del acto.



I. **Capitán Francisco Arrom**; II. **Mr. William Paats**, *Presidente honorario;* III. **José Masi**, *Tesorero;* IV. **Luis Viera**; V. **Alberto Bonavía**; VI. **Carlos Borda**; VII. **Doctor Enrique L. Pinho**, *Presidente;* VIII. **Adolfo Viveros**, *Vicepresidente:* IX. **Bartolomé Ferro**; X. **Santino Barbieri**; XI. **Jenaro Gutiérrez Yegros**, *Secretario;* XII. **Antonio Cáceres**.

Ningún lugar mejor que aquel hermoso jardín florecido, para celebrar la fiesta glorificadora de la suprema belleza de la vida, de la pujanza del esfuerzo que plasma en la recia virilidad del músculo las energías fecundas de la acción.

Todo nuestro mundo sportivo se hallaba presente en la simpática fiesta.

La llegada de los jugadores salteños fué saludada con estrepitosos hurras.

El presidente de la Liga, doctor Enrique L. Pinho, ofreció, en oportunas frases, la demostración.



La copa entregada por el "Atletic Club" del Salto a la "Liga Paraguaya" de Football

Acto seguido, el Sr. Telmo Manacorda hizo entrega de la magnífica copa de plata con que el "Atletic Juventud Salteña" obsequiaba a la "Liga Paraguaya". He aquí el discurso que pronunció:

"Señores:

En nombre del "Atletic Juventud Salteña" deposito en vuestras manos esta copa, que vosotros discerniréis después a los más fuertes vencedores del foot-ball.

Acaso, en los días luminosos que vengan, cuando las fiestas de hoy aromen de recuerdos floridos las tardes soñadoras, vosotros y nosotros veremos en el simbolismo exacto de esta copa de plata cincelada con amor por quien sabe qué artista desconocido y genial, y traída desde mi blanca ciudad de los naranjos en flor como un homenaje más de simpatía amable y de fraternización positiva, un alma de luz y de armonía tallada a golpe de cariño entre canción de quereres y música de perfumes. Y esa alma magnífica de idealismo, palpitante de emoción, gloriosa de vehemencias juveniles, tendrá sus vuelos locos de inquietud decisiva en los momentos resonantes de la lucha, junto al triunfo de la energía y la victoria del músculo, cuando vuestros jóvenes jugadores canten bajo la benignidad de este cielo de Grecia,



El lunch en el Cosmos

el canto viviente de la acción, robusta de nervios y satisfecha de prodigios, que eternizó el aforismo latino a través del rodar de las edades nerviosas.

La renovación de los juegos atléticos que los pueblos más grandes—en el concepto más amplio—han soñado realizar para bien físico en el combate desigual de la vida, importa hoy por hoy la conservación, por lo menos, de las energías materiales, imprescindibles, de la existencia para el mismo pensamiento que crea y el mismo corazón que siente.

De ahí, que en mi patria lejana, la juventud esforzada que represento ha comprendido la necesidad tremenda del fatalismo, de forjar en el yunque revelador el cuerpo moderno de fortaleza que los hombres nuevos precisan para la labor hábil de la contienda diaria. Y desde allá os traigo, compañeros de juventud, esta palabra de aplauso y esta copa de estímulo, resonantes ambas de solidaria unión y consagrativas las dos de cariñosos afectos

que de ahora en adelante nos vincularán mejor y nos atarán más a la corriente ensoñada de esa sincera amistad que sabe de expansiones altas y anchas como un soplo de ático lirismo, y conoce los latidos fuertes y grandes de nuestros corazones vibrantes que ahogan el ronco vocear de las tierras y apagan el sordo clamor de los mares."

Momentos antes del baile, se realizó en el Hotel Cosmos una simpática fiesta, con motivo de la entrega al "Centro Estudiantes de Derecho" de una selecta colección de libros uruguayos, obsequio de los estudiantes del Salto a sus compañeros del Paraguay.

Un excelente *lunch-champagne* fué servido a la numerosa concurrencia, exclusivamente estudiantil, que asistió al hermoso acto de acercamiento intelectual.

En nombre de la delegación de la Universidad Salteña, ofreció el obsequio el joven Ismael Feo (h.), en oportunas y galanas frases.

El señor Telmo Manacorda leyó luego el siguiente discurso:

"Señores:

Traigo mi palabra de juventud en nombre de los estudiantes del Salto, hermanos de vosotros en la pascua de los espíritus que sueñan, y en el evangelio inviolable de las almas que cantan y en la fe luminosa de las ideas en marcha.

Por eso, señores, yo quiero hablaros en esta obra consagrativa de cordiales intimidades idealistas, de todos nuestros grandes amores y nuestras grandes tristezas, hermanados a vuestros sentimientos afectivos por la raza y por el aula, por el tiempo y la esperanza!...

Frente a frente de la vida que triunfa, bajo la advocación remota de las magníficas leyendas redentoras y el ensueño inefable de las románticas promesas de mañana, allá, del otro lado del horizonte azul, con la nostalgia del cielo y la canción de la tierra, vive la juventud universitaria que represento, inquieto de regocijos íntimos.

Corazón adelante, todos llevamos—en aquella aldea que es calle de amargura o senda florecida—cada uno en el privilegio encantado de su estrella—el anhelo sereno de la entereza máxima, el impulso sagrado del bien sincero, la emoción temblorosa del cariño indeclinable, el lirismo entusiasta de la solidaridad fecunda, la majestad solar de todos los apasionamientos y el afán insostenible de los cielos azules!

Y así, más de una vez, cien veces, en las tardes otoñadas de melancolía bien olientes a perfume de flor marchita que dice suspiros y arranca lágrimas, o en las noches consteladas de angustiosas plegarias sollozantes, cabe el doloroso placer de las amarguras que estrujan el corazón haciéndolo sangrar, nosotros hemos soñado en la fraternización armoniosa de este

día lleno de supremas religiones nuevas, anegado de sol y de infinito!...

Y digo, señores, que la vieja aspiración realizada, también en vosotros tuvo sus portaliras bizarros y sus romeros fervientes.

Aún más. Yo quiero creer, yo me atrevo a decir, que por encima de la tempestad clamoreante de los utilitarismos actuales, más arriba de los marcos fronterizos y los ríos separatorios, bien cerca del plafón celeste, hemos dialogado con palabras de silencio traducidas por la música de las almas que transporta la brisa estremecida!...

Y, desde entonces, somos hermanos de voluntad, hermanos de oración, hermanos de lucha, plasmados en el alma de la utopía alucinadora y en la carne gloriosa de la realidad vibrante!

Por eso, por todo eso, sintiendo el rumor suave de unas alas imprecisas que tocaron nuestras frentes, vinimos alegres de ingenua alegría, hasta esta tierra libre, generosa y heroica, portadores del mensaje fraterno que proclama en nosotros el himno definitivo del porvenir.

Y no satisfechos de la delegación personal que ha recibido de vuestra gentileza unánime la salutación benévola, nuestros compañeros lejanos quisieron que os trajera un algo de la obra intelectual de la patria artiguista, como lírica ofrenda del pensamiento uruguayo.

Lástima grande que en el apresuramiento de las circunstancias no hayamos podido reunir todo lo nuestro, laborado al ritmo de mil corazones diversos, forjado al golpe martilleante del amargo dolor, entrevisto en las investigaciones misteriosas de lo que fué y lo que vendrá, corporizado para lo eterno en los libros amigos que son la vida de los pueblos,—palpitante de luz—a través de las páginas austeras, desoladas o sonrientes.

Y permitidme, hermanos paraguayos, que os pida con la sinceridad de mis quereres hondos, con el idealismo superlativo de mis grandes devociones, con la admiración respetuosa que guardo por vuestros enormes héroes, un poco de amor para mis aedos dilectos, para mis jilgueros gauchos, para mis aristocráticos hacedores de ilusiones rimadas, enfermos de todas las armonías y heridos de todos los soles!

Señores:

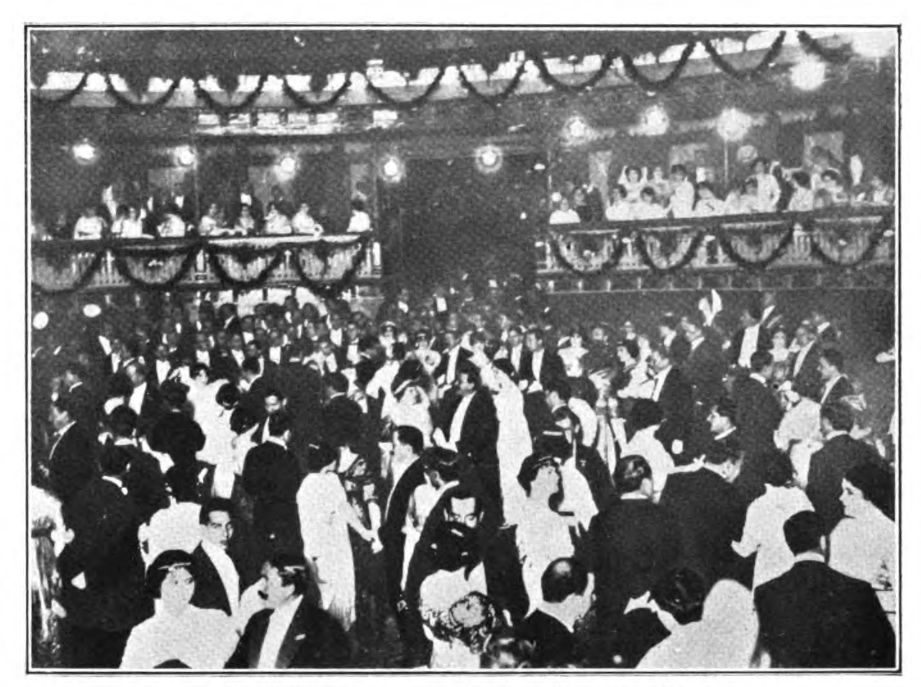
Cumplida la misión, yo quiero formular en esta hora amable de juventud, un voto que sintetiza el deseo integral de la delegación de los estudiantes salteños que presido;—voto que no admite las fatalidades cartaginesas de la época ni acepta la inanidad de las cosas naturales, porque está fundido en el corazón más que en el cerebro.

Hermanos: de hoy en adelante, momento por momento, nuestras manos se desunirán jamás ni en la ascensión ni en la derrota; confiaremos con esperanzas en los ojos divinos de las novias amadas; cantaremos con toda vehemencia la locura de nuestros ensueños; seremos mejores siendo más buenos; honraremos juntos las historias pretéritas de nuestros héroes conocidos o anónimos; e iremos a paso de vencedores hacia el encuentro del avenir que llega triunfal y resonante, ungidos del mismo credo, cruzados del mismo derecho, devotos de la misma causa soñadora!..."

En representación de los estudiantes paraguayos, agradeció el señor Enrique Bordenave, vicepresidente del "Centro Estudiantes de Derecho", en una brillante improvisación.

En la seguridad de que nuestras bellas, demasiado acostumbradas a la rendida admiración de sus compatriotas, han de acoger con mayor complacencia el galante homenaje de un uruguayo, damos aquí la crónica del baile publicada en *La Razón* de Montevideo, por el distinguido periodista Manlio Vitale d'Amico.

Hela aquí:



Aspecto del baile realizado en el Teatro Nacional

"Sería menester la pluma galana de los cronistas mundanos de los Trianones y Versailles o el pincel exquisito de un Watteau. Habría que remontarse al reinado de Luis XV, cuando galantes caballeros musitaban tiernas declaraciones a los oídos de las marquesas pastoras. La fiesta del teatro de la Asunción parecía de otras épocas y por momentos se nos antojaba ver aparecer a las rubias princesitas bailando el minué.

Era un reverberar de luces, de sedas, de joyas que resplandecían más aún dentro del espléndido marco de los escotes ebúrneos.

El baile organizado por la comisión de recepción a los peregrinos uruguayos debe haber marcado un jalón en la crónica mundana de la capital paraguaya.

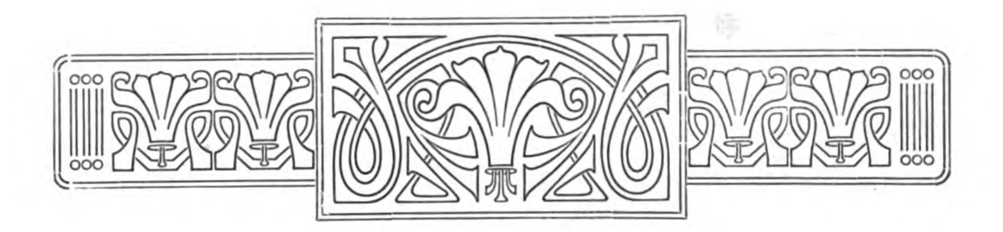
Fué una fiesta como pocas. Como lujo y como concurrencia. Rebosantes las

tertulias, rebosantes los palcos y rebosante la platea. Lo mejor de la sociedad asuncena estaba allí. El Presidente de la República, los ministros, los altos dignatarios honraban el acto con su presencia. El comienzo del baile fué un acto difícil. Entre la aglomeración del púb'ico—lo más distinguido de la metrópoli—las parejas audaces se lanzaron a bailar un lancero, "General Artigas", bellísima composición del maestro Ma'lada. Los bailes sucesivos se desarrollaron con el mismo apremio, por falta de espacio. Nadie desertaba. Recién, ya pasadas las tres de la mañana, cuando el sueño dominó a algunos y el cansancio a otros, las parejas disminuyeron. Fué entonces cuando pudo bai'arse bien. Y bien en toda su acepción, pues en la sociedad asuncena la práctica de la danza ha llegado a un grado de perfección tal que pocas veces puede admirársele semejante en los bailes rioplatenses. Así siguieron las parejas, incansables, hasta que el día naciente obligó al descanso. Al descanso y no al sueño porque, en nuestra rápida visita a la capital paraguaya, el dormir parecía una excepción. ¡Tan escaso era el tiempo entre el último acontecimiento nocturno y el primero diurno!

¿Y las mujeres?... ¡Oh, los ojos negros y soñadores de las mujeres paraguayas, las ojeras profundas, la mirada insondable! Cada mirada es un poema de gracia y de armonía. En el negro irisdicente que contornea su pupi'a se reflejan las alas del ángel de Niobe. Y para los que buscamos un espejismo en el espejo cóncavo, la visión vivirá eternamente, saturada de recuerdos, preñada de nostalgias...

Ya estaba avanzando la mañana cuando nos retiramos. La fiesta había terminado. Y por sobre la gloria de Marte guerrero, precursor de la peregrinación, brillaba el triunfo de Terpsícore pagana y gentil..."





VIII

Día 16: Match de foot-ball.—Entre periodistas.—El clero.—En el Museo Godoy.—El recibo en el "Uruguay".—Paseo fluvial.—Regatas.—Banquete á los parlamentarios.—La velada en el teatro.—Lunch.—El banquete de los militares.—Manifestaciones de despedida.—Día 17: La partida.—Regreso del "Uruguay".

Como estaba anunciado, en la mañana del último día de fiestas llevóse a cabo en el field de la "Liga Paraguaya de Foot-Ball" (Quinta Caballero), el match de foot-ball entre los teams *Salto Atletic* y *Combinado Paraguayo*.

El partido, al que asistió una enorme concurrencia, comenzó a las 9 y 35. S. E. el señor Ministro Plenipotenciario del Uruguay, Dr. Muñoz, especialmente invitado, inició el juego dando el primer puntapié a la pelota.

Terminó el partido, entre "hurras", con la victoria del cuadro de jugadores salteños quienes anotaron a su favor seis goals.

El señor Williams Paats, en nombre de los deportistas paraguayos, entregó al capitán del team uruguayo, señor Trompani, una artística corona.

Los periodistas asuncenos—que tan decidido y eficaz concurso prestaran a la peregrinación—tuvieron también, por su lado, su fiesta especial.

Aprovechando los breves instantes que les dejaba libre el trajín febril de aquellos días, reunieron a sus colegas uruguayos en una comida íntima que se llevó a cabo en el Hotel Hispano-Americano.

Fué—como era de esperarse—una verdadera fiesta de familia en la que reinó desde el primer momento una franca corriente de amistosa camaradería.



Team "Combinado Paraguayo"

El doctor Antolín Irala, director de *Colorado*, expresó, al servirse el *champagne*, en oportunas palabras, el hermoso significado de la simpática demostración.

Contestóle el director de *Tribuna Salteña*, señor Modesto Llantada, en un discurso cuyos elevados conceptos de solidaridad fueron muy aplaudidos.

Unas frases del doctor Irala, en las que éste expresó el deseo de que los peregrinos orientales, que durante su estadía en el Paraguay habían tenido oportunidad de auscultar los caracteres de la vida del país en la actualidad, llevasen, de regreso a la patria, la expresión de la realidad de sus manifestaciones, para destruir los injustos prejuicios que aún oscurecen en el extranjero el nombre de esta tierra, dieron lugar a una galana improvisación del



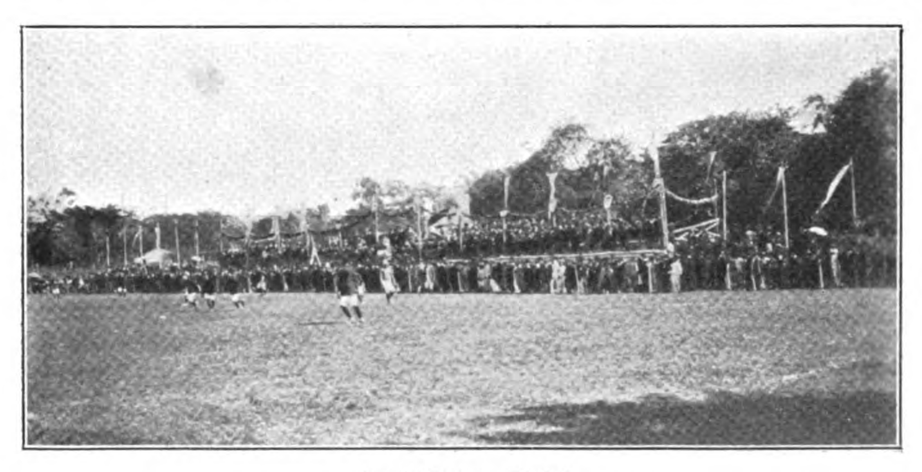
Team del "Atletic Club"



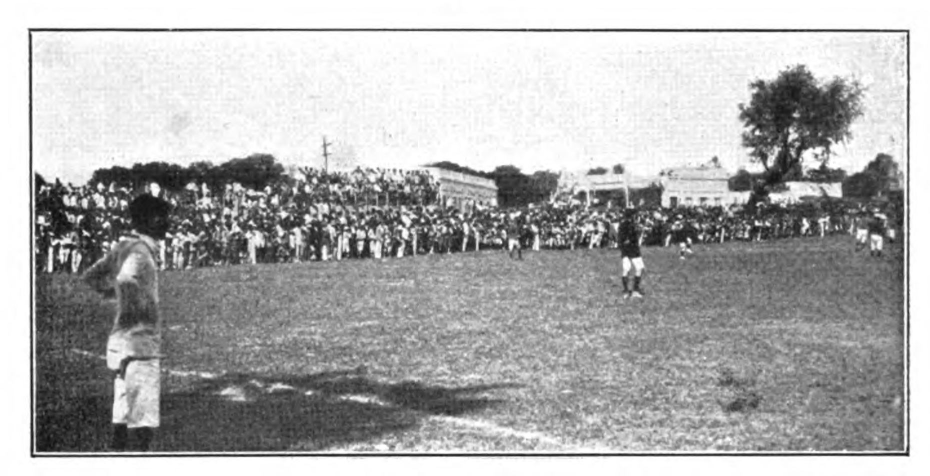
El comienzo del partido

señor Alfredo Pignet, representante de *El Telégrafo de Paisandú*. En nombre de sus colegas orientales, el señor Pignet manifestó que se haría un deber en realizar los anhelos expresados y que, exteriorizándolos en toda la amplitud de su justo significado, no olvidaría proclamar bien alto en su patria que en el Paraguay vive un pueblo lleno de energía, pletórico de ideales, unido al Uruguay por fuertes lazos de afecto y fraternal simpatía.

El coronel Fabregat brindó por la unión y la felicidad de la familia paraguaya, por el progreso de la prensa en los dos países hermanos. Los señores Eduardo de Salterain y Herrera y Amadeo Landó, de *El Diario del Plata*, Ricardo Figuerido, de *El Correo Español*, Luis R. Antola, de *Ecos del Progreso*, y el coronel José C. Meza, expresaron también en elocuentes pala-



La tribuna oficial



Las tribunas populares

bras sus votos por el acercamiento cada vez mayor de la prensa oriental y la paraguaya, unidas ya por la estrecha afinidad de sus miras y la íntima comunidad de sus ideales de paz y de concordia.



La entrega del premio al capitán del cuadro vencedor

El doctor Irala, que cerró los brindis, tuvo justicieras frases de recordación para el presidente del "Club Juventud Salteña", señor Américo G. Vila. Pidió un voto de gratitud y de aplauso para el que, con su entusiasmo, su inteligencia y su actividad infatigable, fué el alma de la peregrinación.

❧

El vicario general de la diócesis, doctor Hermenegildo Roa, y varios distinguidos miembros del clero nacional ofrecieron el mismo día una comida a los presbíteros Rafael Firpo, cura vicario del Salto, y Arturo María Arrivillaga, de Fray Bentos, que habían acompañado a la peregrinación.

La amistosa demostración fué ofrecida por el doctor Roa, a quien contestaron, en hermosas improvisaciones, los obsequiados.

❧

Hermosa fiesta de arte, de belleza, de sociabilidad, fué la realizada, en la tarde del 16, en el Museo de Bellas Artes e Histórico.

La concurrencia, entre la que se contaba cuanto de más representativo en todos los órdenes tiene nuestra sociedad, llenaba los amplios salones del nuevo local. Estaban presentes el Presidente de la República, los ministros del Poder Ejecutivo, la delegación parlamentaria y muchos altos funcionarios públicos.

Después de visitar ligerísimamente las salas en las que tantos inestimables tesoros artísticos estaban expuestos a la admiración de los visitantes, éstos fueron invitados con un *lunch-champagne*.

Realzada por la presencia de gentiles damas y señoritas, la fiesta fué un verdadero torneo de belleza y elegancia. Lo fué también de elevada elocuencia, como se verá por los discursos que reproducimos. He aquí la brillante pieza oratoria con que el director del Museo, señor Juan Silvano Godoy, inició el acto.

"Excelentísimo señor:
Ilustrada juventud uruguaya:
Señoras:
Caballeros:

Asistimos a la segunda instalación del Museo de Bellas Artes e Histórico y de la Biblioteca Americana en su nuevo local, llevada a cabo esta vez bajo los auspicios de la progresista administración de V. E.; y digna de recordación en este acto solemne considero la plausible circunstancia de que las dos inauguraciones de nuestra naciente pinacoteca hayan tenido lugar mediante la acción civilizadora de los hombres del Partido Liberal Radical.

Es un hecho evidenciado, ya fuera de cuestión, en los tiempos modernos

que las instituciones de arte pictórico constituyen no únicamente un simple lujo o adorno decorativo de las opulentas urbes, sino que en ellas se encuentran la enseñanza fecunda, la forma definitiva de la educación nacional, a la vez que la fuente positiva de la riqueza pública.

Las bellas artes reproducen la vida exterior objetiva y también el estado psicológico, el proceso espiritual de una sociedad o una raza. Con su armonía insuperada de los contornos, la expresión viva y real del colorido, ellas por virtud intrínseca reproducen, condensan y vivifican, todo el movimiento humano palpitante de un pueblo, sus ansias, sus días de gloria o de infortunio y acuerda vida perdurable a su progreso. El Museo de Arte, en consecuencia, no solamente es cátedra de enseñanza superior, centro regulador de la más alta cultura de las naciones, fuente perenne de inspiración que embellece los sentimientos y eleva el alma al ideal, sino también elemento poderoso propulsor y, por consiguiente, factor insuperado de la prosperidad mercantil y económica de los Estados.

La estadística, con su reveladora experiencia, nos ha demostrado, tomando por base las exposiciones—que no son otra cosa que la acción refleja de los museos—las etapas recorridas de ciclo en ciclo por los productos manufacturados de los países concurrentes a esos certámenes mundiales, desde la primera de carácter universal celebrada en el Palacio de Cristal de Londres en 1851 y, con posterioridad, en las de París de 1867, la de San Petersburgo de 1884 y otra vez en las de 1878, 89 y 900 de París, en las cuales se pudo observar visiblemente las continuas progresivas mejoras que alcanzaron hasta llegar a su perfección actual.

Pues estos asombrosos adelantos de la industria europea han sido debidos únicamente—según las autorizadas investigaciones y estudios de Mac Artur y el Conde de Laborde—a los museos y la difusión de las escuelas de dibujo.

La supervivencia del pasado de gloria de las naciones en la Historia reconocen por sustentáculo imperecedero sus obras de arte y los nombres de los propiciadores, creadores y protectores de esa misma estética, como Francisco I, Julio II, León X, Clemente VII, Pablo III, Cosme de Médicis...

Y si se recuerda que un eminente argentino alarmado justamente, ahora dos décadas, de que se pudiera creer que su país posponía las preocupaciones de alta cultura a la adquisición de un mero bienestar material, aunque en vastísima escala, a trueque de conservarse rústico, es decir: "Consagrando todas sus energías a la creación de un monstruo sin corazón ni ideales, sin aptitud para ejercer poder moral alguno, privado a la vez del sentimiento que dignifica y de la libre fantasía de la mentalidad que se eleva a los espacios y al cielo", se apresuró a preconizar la idea de la fundación de su actual y ya rica pinacoteca, a costa de ingente numerario; si se tiene presente que el British Museum, el Luxemburgo, el Louvre, los cuadros de Rembrandt de los Países Bajos, la Galería Pitti de Florencia, el Museo Vaticano, el del Prado de Madrid, los imperiales de Berlín y Viena, los de Nueva York, Boston y Wáshington y Río de Janeiro, constituyen las más preciadas invalorables joyas de aquellas poderosas nacionalidades; y si como testimonio definitivo se evocasen los anhelos sublimes de aquel cerebro, el más

portentoso del universo que, al dirigir su anteojo para determinar con su visual soberana el momento supremo de la victoria sobre el vasto teatro de los más grandes campos de batalla, disputando la conquista del mundo—antes que el botín de guerra y antes que el dominio de los imperios cautivos—están fijos en su corazón y en su memoria los cuadros famosos que encierran esas populosas capitales con que enriquecer los museos de su patria, V. E. puede considerar el transcendente significado de este acontecimiento entre las labores fundamentales más eficientes del fecundo gobierno que se os augura.

Pero antes de proseguir, señor Presidente, debo de hacer memoria especial de la ilustre peregrinación uruguaya, de esa preclara pléyade de estudiosos que ha venido a visitar nuestra tierra y cuya presencia presta relieve y brillo singulares a esta fiesta de la civilización.

Distinguida juventud uruguaya:

Ha sido sumamente grato para mí el honroso encargo confiádome por la comisión receptora paraguaya, de ofreceros en caluroso saludo el tributo cariñoso de sus homenajes en esta cordialísima recepción, dentro del recinto de los atributos del arte, la estética y las letras.

Es indudable que las naciones, de la misma manera que las personas individuales, tienen sus momentos de recogimiento y honda meditación. Se detienen, llegada esa hora, a hacer vida interior psíquica: el pensamiento nacional se sumerge en los arcanos de su pasado histórico y, después de sondear en examen íntimo sus días de tristes desfallecimientos y de vibrantes regocijos, rindiendo culto a un sentimiento de justicia noble y generoso— con la mano puesta sobre el corazón—busca y se aproxima al pueblo amigo, al más leal y desinteresado, para reivindicar en un abrazo de sincero afecto vínculos irrevocables de comunes ideales y esperanzas.

La amistad de nuestro país con el vuestro data desde los primeros lustros del pasado siglo. La antigua Provincia de Paraguay nunca escatimó el concurso de su sangre y de su contingente de recursos, cuando fué solicitada en días aflictivos para la patria de Artigas.

Fué esta misma profunda convicción que trajo al Jefe de los Orientales a pedirnos hospitalidad, al verse abandonado de la fortuna, traicionado, vencido y perseguido por sus propios tenientes en los días nefastos de 1820.

El tirano que gobernaba la república le dispensó hospitalidad cumplida. Un escuadrón de húsares lo escoltó desde Itapuá a esta capital, donde se le hospedó en el convento de la Merced. Posteriormente le designó como su residencia el pueblo de Labrador, con recomendación expresa al comandante militar Juan Manuel Gauto de tratarle con toda consideración y que no le faltase nada.

Le acordó, además, el Dictador, una pensión vitalicia de treinta y dos pesos oro mensuales, que se le abonaba escrupulosamente. Y a tener presente aquella época, en que se mandaba al mercado con un cuarto de real y se compraba por noventa centavos una vaca, por un peso y veinte un caballo y por treinta una vasta heredad, esa suma, al parecer tan exigua, equivalía a dos mil pesos fuertes oro de nuestros tiempos.

Después de muerto el doctor Francia, fué invitado el general José Artigas a venir a residir en la Asunción por el Presidente Carlos Antonio López, quien le hospedó en su propia quinta de Trinidad, pasándole la ración militar diaria para él y su asistente. A su fallecimiento, ocurrido a los noventa años de edad, un hijo del jefe supremo del Estado hizo cabeza de entierro y acompañó sus restos a la Recoleta.

Señores: Antes de terminar esta breve oración quiero me sea permitido ponerme de pie para enviar un saludo personal a nombre mío y, también, haciéndome intérprete del sentimiento paraguayo, al esclarecido autor de "Tabaré", doctor Juan Zorrilla de San Martín, cuyo nombre glorioso ha recogido ya la Historia y pasará a la posteridad entre los grandes poetas de la humanidad.

Hemos sido en otro tiempo condiscípulos, y hemos convivido bajo un mismo techo varios años en el colegio de la "Inmaculada Concepción" de Santa Fe, escuchando la sabia enseñanza de los inolvidables padres jesuítas, en esa edad en que los afectos y los recuerdos son tan intensos como sinceros.

Señor Presidente:

Dejáis inaugurada en su segunda instalación el Museo de Bellas Artes en un local más confortable, prestigiado el acto por la presencia de la gentil juventud uruguaya, que la intelectualidad del Paraguay consignará en nuestros anales nacionales como un suceso memorable.

Y en mi deseo de finalizar con una frase tan esbelta como bella que exteriorice mi inmensa simpatía a esta juventud oriental, voy a reproducirle las estrofas en prosa de aquel admirable soñador y vate de la Armórica que tanto apasionó al mundo con su lira resonante:—"La juventud es una fuerza encantadora; al principio de la vida parte coronada de flores, como la flota ateniense que va a conquistar la Sicilia y los deliciosos campos del Etna. Pronúnciase la oración en voz alta por el sacerdote de Neptuno; hácense libaciones en copas de oro; las vírgenes mezclan su voz en la despedida; la multitud, bordeando el mar, une sus invocaciones a la del piloto. Cántase el "pœan" a Apolo, en tanto que las velas se despliegan a los rayos y al soplo de la aurora. Alcibiades, vestido de púrpura y hermoso como el amor, se hace notar sobre las galeras empavesadas, orgulloso con los siete carros que ha lanzado en la carrera de Olimpia."

Juventud uruguaya, bienvenida seáis y que vuestra permanencia en medio de los hogares de vuestros hermanos os sea grata."

Contestóle el doctor José M. Fernández Saldaña, subdirector del Museo Histórico de Montevideo, quien, en hermosas palabras que fueron muy aplaudidas, agradeció el saludo que el señor Godoy dirigiera a los orientales. A continuación reproducimos algunos párrafos del bello discurso del doctor Fernández Saldaña:

. . . .

. . . .

"Hermánanse aquí, bajo el mismo techo, telas prestigiosas de grandes

maestros y reliquias tocadas por la gloria; las cosas gratas y las cosas queridas; un Murillo que es un tesoro y un pedacito de plomo, una nadería, que también lo es.

Arte que habla a todos y recuerdos históricos que hablan a vuestros corazones paraguayos, y algo que nos toca también a nosotros orientales, como aquel retrato de Artigas y como aquella imagen del melancólico Juan Carlos Gómez.

. . . .

Está aquí Artigas en esta tierra paraguaya que tanto amó y que recibió su agotada forma corporal; en esta tierra cuyos archivos tanto material nos vienen dando para el bronce de su estatua.

Bronce purísimo para esa estatua que estamos preparando, con un metal cuyo fino es la parte épica de su extraordinaria vida de estadista y de soldado, y cuya aleación—que la hará más perenne—es ese largo tiempo de exilio y de dolor que corona su vida.

Con este metal único, haremos la estatua. Pero para fundirlo hemos menester un horno proporcionado y el fuego de una hoguera excepcional.

Hallaremos el horno... Lo tenemos ya. Es grande como todo nuestro país, ocupa un pedazo, en forma de corazón, en el mapa de América.

Hemos encendido ya el fuego de la hoguera excepcional: arde en ella medio siglo de calumnias históricas, encerradas en las páginas de una bibliografía infame y parcial...

Y con tal fuego, estoy seguro, por mi fe, que hemos de fundir semejante bronce!

. . . .

Lástima que nosotros nada os podamos dar para la estatua de ese formidable general Díaz, cuya figura llena vuestra historia.

Tal vez por eso — ofrendantes de más íntimo — hemos venido peregrinos hasta aquí..."

El doctor Horacio Maldonado pronunció el siguiente discurso:

" Excmo. señor Presidente:
Señores:

En dulce peregrinación hemos llegado a vuestra noble y generosa tierra, toda llena de heroísmos, de glorias y de infortunios, trozo palpitante de América donde el valor fué pródigo como su exuberante naturaleza, potente en el dolor, sonrisa en el rostro de los héroes y resurrección en presencia de la muerte, porque en cada paraguayo heroico que moría bramaba la patria como un viento de tempestad entre sus selvas.

Tierra de heroísmo y de pensamiento, yo suplico al Destino, esa divinidad ciega que, al decir de los griegos, fué engendrada por el Caos y la Noche, que os llene para siempre de venturas como antes os llenó de dolores.

Esta es mi plegaria, este es mi saludo pagano a un pueblo digno de que

la vida le sonría, en las almas y en las cosas, como sonreía bajo el cielo azul de la divina Hélade en el florecimiento de la ciencia, del arte y de la dicha humana. Esta es la plegaria de vida, de luz y de alegrías que traigo para vosotros, nobles paraguayos; plegaria que vino conmigo hasta aquí temblando en mis labios, temblando en mi alma de peregrino, estremecida intensamente, como la de esos romeros medioevales que iban a los santos lugares a saciar su sed infinita de amor divino, ardiendo todos en un misticismo que extinguía en ellos hasta la última partícula terrena. Y ningún templo, para mi plegaria, mejor que éste en que os dignáis recibirnos, donde el espíritu se recrea con la soberana belleza, que es lo mejor de la vida en este mundo triste de dolor y de cansancio; el agua de todos los sedientos de espiritualidad, luz del alma, alas del espíritu, sol de Atenas, trono de Ariel y fulgurante espada que vence a Caliban.



Dr. Horacio Maldonado

El pensamiento paraguayo, que, como el del Uruguay, ha sentido las torturas de las sangrientas visiones de las luchas intestinas, ansía remontarse, en alas de la belleza y de la ciencia, a las cumbres luminosas de las civilizaciones más adelantadas, demostrando así a los ojos del mundo que si el Paraguay tuvo un alma que supo sangrar en inolvidables jornadas de heroísmo y de infortunio, tiene también un alma que sabe prenderse un par de alas para volar magnífica hasta las regiones donde los héroes son, o artífices de la palabra, o cultores de la ciencia, y la sangre, la savia de la civilización, que siembra maravillas por donde pasa. Y yo veo brillar, señores, en las frentes de los nobles paraguayos, la luz que anuncia el reinado de la paz en un pueblo que escribe en estos días, con más brillo que el más preclaro de los historiadores, la página de su gloriosa independencia, trazando los rasgos de esa página con el alma de sus hijos y con el alma nuestra, dos almas que se confunden actualmente en la gloria de las manifestaciones, en la gloria de las peregrinaciones y en la gloria de este suelo, que bebió con avidez la sangre de sus mártires para nutrir con ella su vida toda hecha de alientos épicos y estertores de héroes caídos.

Oidme ahora una breve historia que es un jirón del alma de mi patria llevado a la vuestra...

Hubo en la tierra de donde venimos un héroe que, en la hora del infortunio, después de haber creado una patria con el santo fuego de la democracia que ardía en su espíritu, se dirigió a este país a buscar reposo bajo la clemencia de su cielo, a la sombra de su generosidad y al calor de su naturaleza fecunda. Era su alma buena, y genial, y llena de heroísmo; bramaba en los campos de batalla, y emprendía el vuelo, majestuosa como un águila, en las discusiones de los congresos, donde dictaba esas magníficas

Instrucciones del año XIII, que fueron el divino cincel con que esculpió la patria. Se llamó Artigas, y es lo más santo de nuestra historia, lo que guardamos con más acendrado cariño en nuestro espíritu, lo primero que asoma a nuestros labios con el dulce nombre de patria.

La noble tierra paraguaya se ofreció a sus ojos como una generosa tierra de reposo, donde, adormeciendo para siempre su espíritu batallador, dialogaría con la naturaleza, al beso del sol o de las estrellas, hundiendo sus manos en los surcos, en la santa paz de las horas virgilianas... Tre nta años vivió aquí, señores; treinta años, señores, que fueron tan magníficos en su sencillez y nobleza como los diez años que viviera en el fragor de los combates, entre las insidias de los enemigos de la democracia, en las discusiones de los congresos y en los ensueños ardorosos que estremecían su frente.

Pero no entró en esta tierra con la dicha de que era digno... Entraba vencido, traicionado, con toda la pesadumbre, en su espíritu, de la patria oprimida...

No fué de esos héroes afortunados que consiguen ver triunfante su obra en el apogeo del poder, sino que vióse obligado a dejar su tierra amada cuando todo parecía conjurarse contra ella, contra sus aspiraciones democráticas, contra sus heroísmos, contra sus ardientes gritos de libertad, contra la lanza redentora de sus centauros. La vió por última vez, en esa hora fatal del año veinte, triunfantes la dominación lusitana y las intrigas de los políticos bonaerenses; y sus ojos, que en tantas auroras de libertad se habían bañado, desviaron su mirada, en la hora del supremo dolor, para dirigirla hacia una tierra que se le ofrecía como el regazo más dulce después del de la patria... Y esa tierra, señores, ese dulce regazo que Artigas halló, que apaciguó sus dolores, que alimentó sus recuerdos, que supo abrirse amorosamente en surcos para él, y después en el término de la vida, abrir su seno para darle el eterno reposo, guardando amorosamente sus huesos hasta que le fueron pedidos; esa tierra, señores, donde Artigas bebió intensamente sus recuerdos, y trabajó sobre los surcos, y envejeció santamente, y se hizo devoto de la humildad, fué ¡oh dicha inefable! esta grande, esta heroica, esta infortunada tierra paraguaya, que supo engendrar en sus entrañas, con bramidos de leona, el brazo redentor de José Eduvigis Díaz, el héroe de Curupayty!

Esta es la breve historia, que es un jirón del alma de mi patria llevado a la vuestra...

Hay aquí algo que la canta siempre, que la susurra blandamente, que la arroja a las brisas, a los vientos, a las aves, al cielo, y la esparce dulcemente sobre la tierra...

Es el Arbol de Artigas.

Fuerte, vigoroso, más que centenario, siempre vivo, siempre erguido, vencedor de los años, su sombra fué dulce amiga del héroe, encanto de sus horas de reposo, sueño de su alma, claridad de su blanca cabeza y alimento de sus recuerdos. Acaso también vinieran a dialogar con el solitario, al pie del árbol, en ronda luminosa y en impalpables espíritus, los que habían

sido sus gauchos idolatrados, y que rodaron hasta la nada en una santa ola de sangre...

Ved cómo vive todavía ese árbol, cómo circula aún la savia por su tronco y ramas, cómo prolonga su vida ya secular, para decirnos de la cabeza a la cual diera sombra y reposo, ya hundida en el misterio de la muerte e iluminada por los rayos de la gloria...

Cuenta René de Mazeroi, en una leyenda de magnífico simbolismo, que las legiones de Julio César, cuando entraron en las Galias, se detuvieron frente a un robusto, enorme, gigantesco árbol, cuyas raíces, extendiéndose en parte por la superficie de la tierra, semejaban las venas de una enorme mano de rudo veterano apretando el suelo de las Galias. Como era un árbol sagrado, César ordenó que se le adorara. Se había desencadenado una violenta tempestad; y cuando todos aquellos soldados, que tenían la boca seca y llena de polvo, las carnes curtidas por los ardores del sol, y los ojos con ansias de reposar sobre visiones dulces, se hubieron prosternado para adorar, el gigante, el árbol de raíces como venas de enorme mano ruda prendida al suelo de las Galias, quedó inmóvil, absolutamente inmóvil, sin que una sola de sus hojas se moviera, mientras el viento huracanado continuaba azotando las demás cosas, y bramaba al oído de los legionarios...

Toda el alma de las Galias se encerraba entonces en ese árbol, vivía en él, protestaba en él, se erguía en él altivamente ante los invasores...

Así el Arbol de Artigas.

Muchos infortunios abatieron este suelo generoso; muchos héroes rodaron en él hasta la nada en el torbellino de las grandes explosiones patrióticas; las luchas civiles, como en la tierra de que venimos, sembraron el llanto y la desolación en estos hogares; el viento huracanado de las tempestades políticas bramó al oído de los nobles paraguayos, y, sin embargo, el árbol permanece siempre altivo, como una cosa sagrada de este suelo que hombres y elementos respetaron; como algo que no quiere morir en el seno de un país que va siempre ascendiendo en la vida; como una protesta viviente contra todo lo que se abate y cae vencido, como un símbolo hermoso de este noble país, que se vigoriza cada vez más, y extiende su espíritu en un ansia de confraternidad a todas las naciones sudamericanas.

Ese es vuestro país, ese es el Paraguay, ese es el pedazo del corazón americano que hoy sentimos latir a impulsos de los más grandes estremecimientos patrióticos y de los más intensos deseos de confraternidad americana. Esa es la tierra que no supo gemir en el infortunio, sino sonreir como su naturaleza, porque en el último aliento de sus héroes florecía la patria con más vigor que nunca, como si las cabezas que rodaban hasta el misterio de la muerte, continuaran sonriendo, desde sus fosas, a los que permanecían combatiendo.

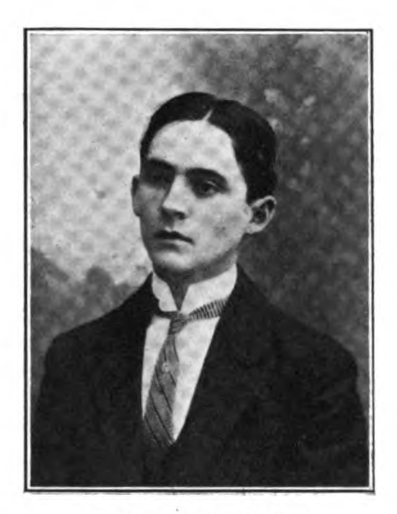
Noble nación paraguaya: Peregrinos de un ideal, que es el ideal americano, hemos venido a saludaros, temblando en nuestros labios la plegaria para los héroes que, como los vuestros y como nuestro Artigas, supieron esculpir dos países, vuestra patria y la nuestra, con glorias y con infortunios, con noches de tristezas y claridades de auroras, con bravuras de leones

y chispazos de genios, en los campos de batalla y en los congresos, con sangre, con idea, con entrañas de pueblo, con ansias, con rebeliones, con martirios de pueblo!"

Cerró el acto el estudiante de derecho señor Luis De Gásperi, con las palabras que se transcriben a continuación:

"Excelentísimo señor Presidente:
Señores Ministros:
Señoras:
Señores peregrinantes:

En nombre de los estudiantes de la Universidad de Asunción, vengo a daros la bienvenida en esta casa, y a formular sus votos, con los míos propios, porque la tarde os sea hondamente plácida y se impregnen vuestros corazones de su aire puro.



Sr. Luis De Gásperi

Una feliz casualidad, un buen augurio diré, quiere que bajo el patrocinio de los poderes de la nación y hallándoos todavía entre nosotros, se abran de par en par las puertas de este templo de la belleza, y se renueven en una fiesta familiar las exaltaciones de su culto y las comunes emociones de su devoción.

Una vez más, señores, el vínculo fuerte que nos une va a alimentarse con amor y éste, con elocuencia singular, nos dice cuán simpático es, para juntar, sobre su piedra, la vida de dos pueblos, entregar nuestras cabezas a los auspicios de los dioses que presiden la armonía del universo.

Una sola mirada os bastará, señores, para saber que esta institución cuenta con muy escasos años de vida, con ser esta ciudad la antigua sede de un poderío del que un día no se supo hasta dónde iba, y que ahora lo vemos recogerse bajo un manto de laureles, más allá del mar, como un homérico, que deleita su ancianidad en la contemplación de la arena de sus proezas.

No necesitaría deciros que aquí nos envanecemos de su misma incipiencia, porque vosotros, con haberlo visto tan de cerca, sabéis demasiado bien que en este país hasta ahora todo ha sido ensayo, y penosísimo ensayo de fuerza, que si algo hay en pie, salvado a la inclemencia del tiempo, no le debemos a él, que tan duro ha sido para repararnos de todo el mal que nos ha hecho. Con saber que lleva el nombre de un patricio, y que a él, sólo a él, corresponderá el honor de haber entregado a la república la lima que irá puliendo, generación por generación, hábitos, gustos y costumbres,

y encenderá en cada inteligencia el sol minúsculo e inmaterial de la belleza, como lámpara interior que alumbre el sendero de la vida, donde todas las murallas, por alto que se eleven, son efímeras intolerancias que caerán.

Por eso, no me cabe tampoco pediros indulgencia. Mi misión no es esa. He venido aquí a cumplir con un mandato de camaradas, a traeros un mensaje de efusiones vírgenes, con que mis compañeros, devotos, como buenos caballeros cristianos, de la salud de las almas, quieren en esta víspera de vuestra partida significaros sus sentimientos más auténticos y la alta satisfacción moral que al pueblo paraguayo le ha causado la peregrinación de los orientales al Arbol de Artigas. Yo no sé si sabría decirlo, porque honrado es declarar que nunca mandato parecido se confió a manos tan inhábiles como las mías. Sin embargo, intentaré expresar con mi juventud embarazada de júbilo, la trascendencia que el Paraguay concede a un acontecimiento a cuya magnificación han concurrido dos pueblos que, a pesar de tantas contrariedades sembradas en el camino, una conciencia cabal de sus destinos ha unido definitivamente para el porvenir que, acaso, como promesa, les reserva hazañas más ilustres que las puramente épicas realizadas en el pasado con los brazos de sus paladines.

Glóriase el Paraguay, señores, porque hayáis venido a visitar la dulce tierra del poema, donde a la vera de un río cadente, orlado de victorias regias, y vigilado por palmeras rotundas y gallardas, florece todavía el tronco añoso, a cuya sombra posó, según la leyenda, aquel caudillo o águila, José Gervasio Artigas, a quien debemos gratitud los latinos de América, por haber dado al continente la tierra promisoria en que brotan hoy todas las semillas doloridas del ensueño, la patria del idealismo, el refugio benigno de la esperanza, patria que, como aquella del archipiélago, según lo dijo hermosamente José Antonio Buero, se me figura a lo lejos escandilante, armoniosa en el gesto de sus oradores, indulgente por la malicia humana en la filosofía amable de sus poetas; patria, hacia donde volvemos en procura de sedación y de consuelo, todos los soñadores maltratados por la baja materialidad del presente u ofendidos por la insolencia de las mediocridades hostiles y afortunadas.

Que el Paraguay abriga hondo cariño hacia la cuna del soldado en cuya tumba acabamos de celebrar la misa de la apoteosis, es verdad que rechaza el frío razonamiento de la lógica y el examen inquebrantable del análisis. Y cómo había de necesitar de pregonaros este sentimiento que yo no sé por qué, en la infancia candorosa, todavía cercana a esta juventud, rectificaba con el corazón, que me hablaba de un pueblo lejano, durmiente como el nuestro a la orilla de un río maravilloso, altivo por sus tradiciones, orgulloso de su bandera, deslumbrante en sus audacias, y en cuya sangre, por infantil intuición de mi espíritu, veía trasfundida aquella de los campeones de la España aventurera, ávida de pasmar mundos y tiempos desconocidos, pero caballeresca, hasta donde pueden ir en su austera hidalguía, los pueblos que, abierta la lucha, después de vencer por su heroísmo, abrazan al caído, para triunfar por el amor.

Hay en los acontecimientos humanos de índole colectiva, unos que no requieren historia, porque quienes los recuerdan, llevan en carne el mudo dolor en que casi siempre se suelen traducir los grandes holocaustos. No seré yo tampoco el llamado a rememorar un pasado que honra por igual a los que cayeron o se levantaron en él, ni éste es el instante más propicio, señores, para hacerlo. Pero séame permitido decir, que el Paraguay, de todo lo que iluminó más espléndidamente el fondo de su alma, no encontrará nunca acción que haya arrancado de su pecho grito de admiración más puro que aquella del pueblo oriental, cuando apenas repuesta la naturaleza de su asombro, después de las batallas que mutilaron su hermosura, en cinco años de guerra, le entregaba generoso el botín de la querella: espadas rotas en el delirio santificado de la patria santificada; atambores deshechos que recordaban a nuestros veteranos aquellas dianas que eran en los campamentos el órgano desolado de la plegaria de los tristes al sol moribundo y a las estrellas impasibles y temblonas del espacio; fusiles terciados, cuyas chispas encendidas en el misterio de las noches y en los bosques callados, habían celebrado la demencia heroica de nuestro pueblo; clarines que sonaron, como las trompetas de la fama, rugientes en los reductos y en las hondonadas, y banderas, de las que se cuenta que, antes de pasar a manos de los que no habían jurado defender'as, era consigna que, quien tuviera la honra de sostenerlas en el fuego, se clavara de pie y envuelto en sus queridos flecos esperara la muerte, peleando a mordiscos, como el único y último gesto que les abriría la inmortalidad silenciosa y humilde del olvido.

Y este desagravio, traído de pueblo a pueblo, no ha podido menos que producir los más saludables resultados. El Paraguay no lo pierde de vista y espera que llegado un instante de verdadera reparación, que su democracia le prestará, pueda consagrar a la patria de Artigas un monumento que perpetúe la estrecha solidaridad de ambos pueblos. Hoy, puede decirse ya, con la expresión bellísima de don Luis Alberto de Herrera que, tanto la estatuaria, como el verso y el himno de los corazones, se coordinan para imprimir en piedra el homenaje definitivo.

Y éste vendrá, señores, porque la rivalidad que un tiempo despertó esta nación, parece que fué menos por sus programas de conquistas, que por su tesón en mantener sobre los sueños ágiles las sentencias más gallardas del derecho, por las que el Paraguay proclamaba el respeto a los débiles y la cristalización definitiva de la libertad para los mismos.

El estado en que la habéis sorprendido, la inestabilidad política de la que acaba de manumitirse, el paso a tientas a que va por la cuesta perdida, todo eso os enseña que aquí nada quedó de tanta grandeza, y ratifica que hasta las doncellas y los niños, hermosos como efebos y delicados como pétalos, se agostaron en la noche demasiado trágica, en que todos llevaron a los labios la opresión de sus pechos: ¡la muerte o la libertad!

Y esta tradición idealista, que más que ningún otro vínculo nos hermana con vosotros, concordando los nombres del Uruguay y del Paraguay, en música de verso cincelado en bronce, la hemos mantenido a porfía en los

instantes de suprema duda, cuando todavía no comenzaba a clarear para nosotros el porvenir.

La histórica ciudad de Buenos Aires, congregada un día al pie de un blanco símbolo de piedra, cuya serenidad tallada reimpatriaba al seno de su pueblo, por obra del artífice, a uno de los varones argentinos más esclarecidos e infortunados, el doctor Juan Bautista Alberdi, escuchó, señores, de labios paraguayos, esta clásica lapidación de la injusticia: "El Paraguay anhela por que lleguen días en que deje de ser una verdad la amarga frase de un publicista moderno, según la cual, el derecho internacional no hace otra cosa que recoger los resultados de la historia y la historia, todos lo sabemos, la escriben los fuertes a hierro y fuego sobre las espaldas de los débiles.

"El Paraguay hace votos por que se inicie definitivamente, siquiera sea para la América sola, una era de paz y de justicia, en la que, por el contrario, sea la historia la que vaya recogiendo y consagrando las sanciones del derecho."

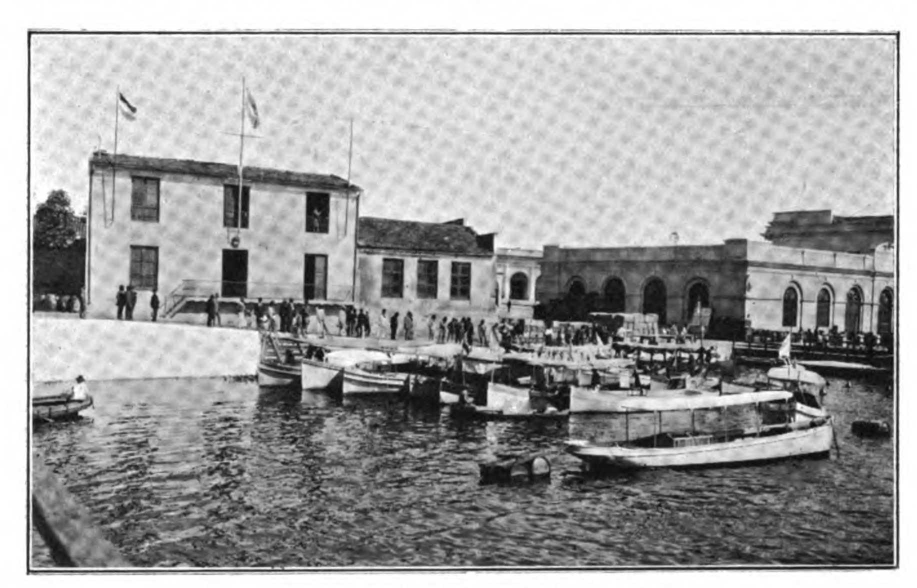
Y ahora que habéis escuchado esta profesión de fe nacional, quiero significaros que ella es íntima, y esta razón fortalece en mí la convicción de que la sabréis recordar; tiene la unción mística de un ex-voto, y condensa la noble aspiración de un pueblo que, si por su actualidad tumultuosa es dado que parezca fácil presa de conquista, por sus energías vitales y su fuerza potencial promete al porvenir sorpresas de cuya magnificencia heroica se asombrarán los siglos.

Id, ahora, a decir a vuestros poetas que son en América los más inspirados e inefables señores de la armonía, que aquí habéis dejado al pueblo que verdaderamente os quiere y os admira, porque representáis para él al hermano natural que tanto buscara en su amargo recogimiento; porque sois elocuentes y pulcros para hablar en hechos de gentiles; porque cuando os toca defender la tierra, el agua y el fuego, lo hacéis con elegancia, y eso es humanamente hermoso; porque el Tabaré que engendró vuestra poesía no es otro que el Guaraní que ungió nuestras frentes de epopeya; que si Artigas es vuestro, no lo es menos legítimo del Paraguay, que se enorgullece de conservarlo en sombra, al pie del Arbol, gigante como él, en la actitud penserosa de un amargado de nostalgia, a donde las generaciones del porvenir acudirán a levantar la pirámide que perpetúe nuestra fraternidad sobre el tiempo inexorable y en cuyo prisma, las edades escribirán un poema digno de los dioses serenos y benignos que adoraban en la antigüedad los pastores de Arcadia, que eran, como vosotros, dialoguistas apacibles y dulces en la vida y celosos y ardientes guerreros de la libertad."

Los atractivos números del programa de festejos que estaban a cargo del "Auto Club Paraguayo" y de la "Asociación Nacional de Regatas El Mbiguá", eran, entre tanto, brillantemente desarrollados.

A las dos de la tarde partió del puerto la pequeña escuadra de lanchas automóviles organizada por el "Auto Club". La tripulaban numerosos peregrinos uruguayos, varios distinguidos caballeros de nuestra sociedad y gran cantidad de estudiantes.

La comisión organizadora se instaló en la lancha "almirante"—la "Uruguay"—donde fué atendida personalmente por el presidente del Club, señor Enrique Kropf, secundado por los miembros de la comisión directiva señores Deandreis y doctor Bello. Encabezada por la "Uruguay", la escuadra en



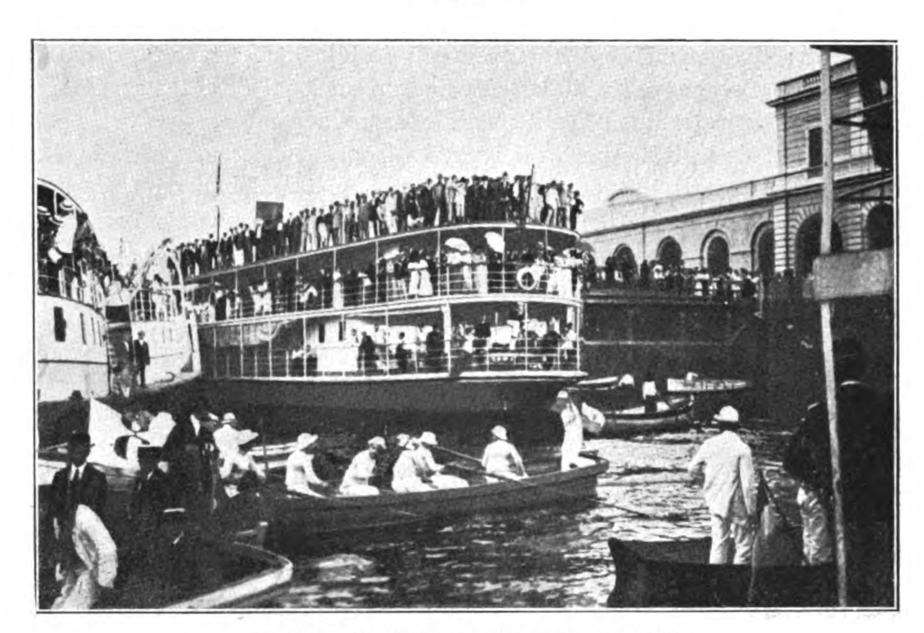
Local y lanchas del "Auto Club Paraguayo"

miniatura surcó rápidamente las aguas de la bahía, con proa hacia Puerto Sajonia. Ya allí, los excursionistas fueron obsequiados con un buen servido *lunch*, durante el cual se cambiaron cordiales brindis de confraternidad.

A las cinco de la tarde la flotilla estaba de regreso en el puerto.

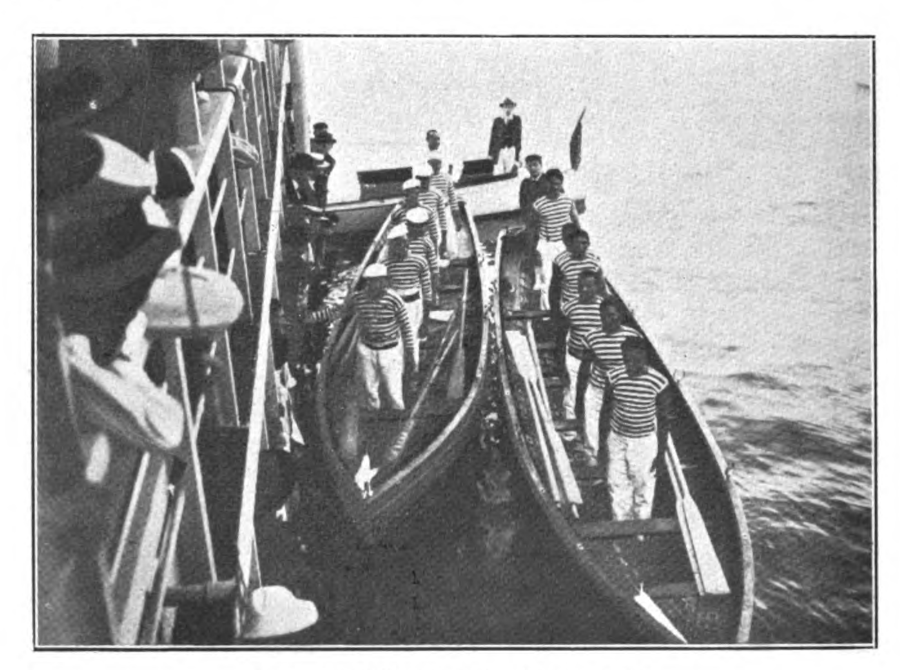
Durante el trayecto, los invitados pudieron admirar la maestría de los distinguidos *sporstman* del Auto-Club, que, con maravillosa destreza, hacían ejecutar a sus ágiles embarcaciones las más pintorescas y atrevidas maniobras.

Puede decirse, en resumen, que la fiesta fué todo un triunfo para la progresista asociación.



El público presenciando las regatas

Otro tanto cabe expresar respecto del "Club Mbiguá", a cuya actividad se debió el brillante éxito con que se realizaron las regatas, cuyos distintos números atrajeron poderosamente la atención del numeroso público que las presenció.

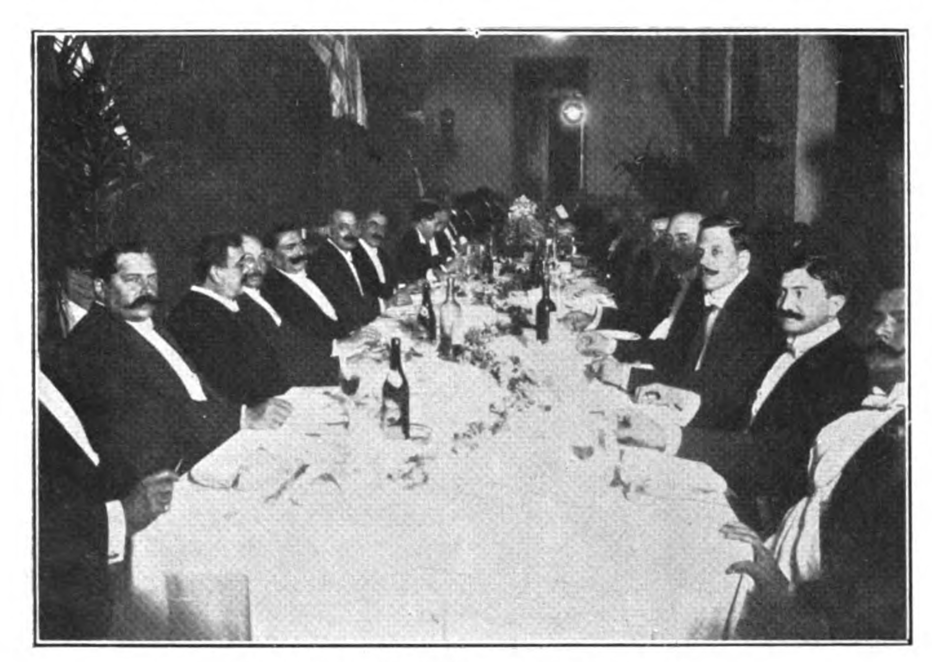


Los participantes de las regatas

"El Mbiguá" puso su cómodo local flotante a disposición de las familias, que acudieron en gran número, siendo amablemente atendidas por los miembros de la asociación.

Esa misma tarde tenia lugar la recepción que en honor de los miembros del Gobierno Nacional ofrecían, el Ministro Dr. Daniel Muñoz y la comisión parlamentaria uruguaya a bordo del crucero "Uruguay".

El Excmo. señor Presidente de la República, ministros, senadores y diputados, representantes del Poder Judicial, miembros de la intelectualidad,



El banquete de los parlamentarios

estudiantes y lo más selecto de la sociedad asuncena concurrían a la cita, deseosos de hallar una ocasión más para exteriorizar sus sentimientos fraternales hacia tan ilustres huéspedes.

Los concurrentes eran recibidos por el introductor de ministros y secretario de la comisión parlamentaria uruguaya, señor Yéregui, siendo atendidos luego por los jefes y oficiales del crucero.

He aquí lo que un distinguido uruguayo anotaba en su diario de viaje sobre esta fiesta:

"Allí todo era contraste. Por sobre las negras bocas de los cañones que emergían amenazadoras, era una profusión de flores, un reverberar de lamparillas que se reflejaban en los nítidos e inmaculados instrumentos de bronce,

Nunca, sobre el templo de la muerte, la vida y la alegría tenían manifestaciones más exuberantes"...

Con asistencia de casi todos los miembros del parlamento nacional y de muchos altos funcionarios públicos, llevóse a cabo en el Hotel Saint-Pierre, en la noche del 16, el banquete que los legisladores paraguayos ofrecían a la delegación del Congreso oriental.

Al servirse el *champagne*, el doctor Víctor Abente Haedo, presidente de la Cámara de Diputados, pronunció el siguiente discurso:



Dr. Victor Abente Haedo

"Señores miembros de la delegación parlamentaria:

Se me ha encomendado la misión honrosa al par que gratísima para mí de deciros qué sentimientos inspiran esta sencilla demostración, que vuestros colegas del congreso paraguayo han querido ofreceros en la víspera de vuestra partida. Labios más elocuentes que los míos debieron ser los intérpretes del homenaje, pero acaso se ha querido ver en mi calidad de presidente de una de las cámaras una circunstancia que haría más eficaz la ofrenda ya que en las deliberaciones de la asamblea toca a la presidencia dar fórmula al pensamiento unánime, y en este caso son realmente de una espontánea unanimidad los afectos que nos han reunido en torno de esta mesa.

Han querido los miembros del Congreso paraguayo congregarse con vosotros para que directamente de ellos sepáis que la forma tan correcta como os hubisteis conducido en el desempeño oficial de vuestra simpática misión, tan caballeresca y culta en nuestras relaciones personales, tan noblemente efusiva y cordial en vuestro contacto con el pueblo en estos días de regocijo nacional en que habéis venido, os han granjeado todas las simpatías, asegurándoos la honda amistad de cuantos han tenido el placer de conoceros. Y esta declaración tiene tal base de general asentimiento, que sólo le faltaría la forma de la sanción legislativa para constituir un verdadero voto de simpatías del Congreso del Paraguay en honor de los legisladores orientales, huéspedes amables de la república en estos días.

Y siendo ésta la expresión de nuestro sentir, tened seguro que lo es también, y lo habéis ya notado, del pueblo entero de la nación, pues si en lo político nosotros, representantes, venimos a la legislatura sin mandato imperativo, contrariamente en un alto orden moral tenemos como mandato imperioso, ineludible, el cultivar los más cariñosos sentimientos con los pueblos hermanos de América, y ahora, esencialmente, con el vuestro, cuyas protestas elocuentísimas de fraternidad nos habéis traído.

Hace ya casi tres décadas, vino también de vuestra patria aquella histórica misión portadora de trofeos de la pasada guerra, objetos caros a nuestro patriotismo, y el cronista que escribió la narración de aquel viaje, legislador también como vosotros, halló el título feliz del libro, y lo llamó de "Patria a Patria".

Pues bien, mis últimas palabras serán un voto. Brindaré por que al llegar a vuestra histórica y hermosa capital, si por ventura quisiereis recordar los días que habéis convivido con nosotros, repitáis de nuevo aquel cariñoso título, y sigáis llamando *patria* a esta tierra cuyos hijos conservarán de vosotros tan sinceros y hermanables afectos."

Contestóle el diputado doctor Joaquín C. Sánchez, en los siguientes términos:

"Señor Ministro:
Señores Senadores:
Señores Diputados:
Señores:

Es para mí, señores, un cometido honroso y realmente grato, el levantar mi copa en nombre del cuerpo legislativo del Uruguay para brindar, en este ambiente de exquisita sociabilidad y de confraternización americana, por los progresos morales y materiales del culto, del heroico, del glorioso pueblo paraguayo.

Y yo cumplo con íntima satisfacción y con legítimo orgullo mi cometido, no sólo porque hablo a nombre de un alto poder de un país amigo, que en estas horas de expansiones patrióticas tiene fija la mente en el recuerdo imperecedero de las glorias comunes, porque son americanas, que en estos momentos ambos pueblos conmemoran, sino también porque esa circunstancia feliz me permite exteriorizar personalmente el testimonio de admiración y de respeto que he guardado, que he sentido siempre, por este pueblo viril y fuerte, que une a las resonancias de sus grandes infortunios, de sus inmensos dolores, toda una tradición de esfuerzos y de glorias, no superada por ninguno de los países de la tierra.

El Uruguay, que ha pagado también ese tributo doloroso en la hora de su consolidación historica y aún en la de su desenvolvimiento político, puede apreciar íntimamente cuanto valen los esfuerzos gigantescos que este país ha realizado y realiza para ocupar el rango principalísimo que le corresponde entre sus hermanos del continente americano, y tiene el firme convencimiento

de que cerrado para siempre el ciclo de sus disensiones políticas, el Paraguay, pletórico de vida y entusiasmos, marcha sereno y tranquilo a la prosecución de sus altos destinos, encauzado definitivamente en las tendencias modernas que consolidan la paz y aseguran el predominio de todas las grandezas.

El Paraguay resurge a las corrientes de la civilización y del progreso, como un gladiador que después de titánicos esfuerzos ha conseguido restañar la sangre de sus heridas heroicas y se apresta de nuevo a la lucha, alta la frente, abierto el pecho a todas las expansiones del amor y de la vida, firme en la acción, sereno en la adversidad, confiado en el porvenir!

El triunfo será suyo: los pueblos, como los hombres, valen, perduran, se agigantan en la lucha y cuando el sentimiento del deber y la responsabilidad de la existencia se sobreponen en la conciencia nacional, como un postulado, como el esfuerzo supremo de todos sus anhelos, como la resultante confortadora en sus ensueños patrióticos!

Por eso el Paraguay cuya tradición simbólica llena las páginas de la historia contemporánea, con el prestigio de su heroísmo y con el brillo de sus armas victoriosas, provoca en estas horas de expansiones jubilosas el sentimiento fraternal que el parlamento del Uruguay le tributa, asociándose por nuestro intermedio a sus grandes efemérides nacionales, como para significar que le acompaña sinceramente en el culto de sus héroes y en el resurgimiento de su poderosa vitalidad.

Y no ha nacido hoy, señores, la asociación del sentimiento admirativo que el Uruguay profesa a este gran pueblo hermano.

Yo he oído en mis años juveniles y conservo con veneración sincera, el encanto de narraciones heroicas tejidas con los episodios emocionantes de su valor legendario, derrochado en las cruentas y dolorosas jornadas de la vida nacional: episodios que cantaron con delirantes entusiasmos los más grandes poetas de mi tierra y que trasmitidos a través de tantas generaciones, repercuten todavía en el alma popular, como un ejemplo, como una enseñanza de cuanto puede el valor, el patriotismo y la verdad!

La juventud batalladora del Uruguay, que ha bebido en las leyendas populares tan hondas y confortadoras enseñanzas, que se ha inspirado en el ejemplo propio y que ha aprendido a amar sus héroes con religioso respeto, vino en peregrinación patriótica hasta el solar solitario donde rindió su vida el más grande y el más infortunado de todos los orientales, a depositar una ofrenda cariñosa como símbolo de amor, de solidaridad, de justicia reparadora: y la juventud paraguaya, que sólo vive de la tradición para honrarla y engrandecerla, abre su corazón para recibir a las delegaciones uruguayas y confundirse en un abrazo de verdadera confraternidad, que pasará a la historia como la conjunción indestructible de dos pueblos nuevos que marchan armónicamente unidos hacia la conquista definitiva del ideal.

En nombre del cuerpo legislativo de mi país saludo a los poderes públicos del Paraguay y especialmente a nuestros colegas del parlamento nacional, formulando votos sinceros por que la acción serena e ilustrada que deben ejercitar por ministerio de la ley sea fecunda y eficiente para los intereses colectivos e impersonales de este noble país, convencido como estoy de que el

desenvolvimiento de sus grandezas y la orientación de todos sus progresos debe ser obra exclusiva de esta alta corporación política que integran, felizmente, estadistas eminentes y personalidades prestigiosas que hacen honor a la intelectualidad americana.

Los problemas del porvenir, los problemas de la civilización en marcha, no pueden ni deben resolverse por el triunfo desgarrador y doloroso de la guerra, sino por la luz pristina y deslumbrante de las ideas reformadoras: cada soldado que se malogra en la lucha armada, cada gota de sangre que se derrame inconscientemente, es un hombre que se sustrae a la vida y al progreso de las naciones, es una válvula que se abre a la intensidad y a la fuerza moral de los principios.

Por eso los postulados políticos sociales que afectan hondamente el porvenir de las sociedades modernas, han de resolverse siempre en el ambiente honrado y fecundo de la ciencia y del derecho, donde no dominan los más fuertes, sino los más sabios, los más prudentes, los que unen al esfuerzo propio el caudal invalorable de la experiencia ajena.

El Uruguay, que no ha quedado rezagado en la prestigiosa evolución de las ideas, acaba de incorporar a su legislación positiva los principios más avanzados de la democracia, del derecho y de la igualdad: pero convencido de que no puede detenerse todavía porque aún le quedan muchas jornadas que recorrer, muchas conquistas que realizar, marcha a banderas desplegadas a la reforma de la Constitución de la República, a la modificación de nuestro código político, después de haber alcanzado para el pueblo, para la masa anónima de los que sufren, de los que luchan, de los que elaboran en silencio la grandeza nacional, el puesto que les corresponde como ciudadanos de un país libre, como miembros concientes de la gran colectividad humana que no reconoce más límites ni más barreras que las que imponen la honradez, el talento y la virtud.

Yo estoy seguro de que el Paraguay, que tanto debe al heroísmo de sus hijos, y que tanto puede esperar de la intelectualidad prestigiosa y del patriotismo de los hombres nuevos que presiden la grandiosa evolución en que se encuentra empeñado, no ha de tardar en incorporarse a esas corrientes innovadoras, donde radican indiscutiblemente la paz y la grandeza de las naciones.

Brindo, pues, por los triunfos del Congreso paraguayo, que serán, en definitiva, los triunfos más auspiciosos del país."



Uno de los números que mayor interés habían despertado, era la velada en el Teatro Nacional.

Ella vendría a ser el brillante coronamiento de la serie ininterrumpida de fiestas que se habían desarrollado durante cuatro días. Nuestro mundo intelectual la esperaba como un verdadero acontecimiento.

El nombre del distinguido conferencista había llegado ya hasta nosotros

y en el seno de la juventud estudiosa era conocida la actuación del Dr. Miranda como presidente del Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos.

Estaba anunciada, además, la lectura de los mensajes de José Enrique Rodó, el altísimo "profesor de idealismo" que es cumbre en las letras americanas; de Zorrilla de San Martín, el genial autor de "Tabaré", el poeta de la historia que ha tallado en el bronce resonante de su prosa la figura colosal del Patriarca; de Luis Alberto de Herrera, el vigoroso escritor cuya obra reivindicadora y glorificadora es para nosotros el más alto exponente de la clásica hidalguía uruguaya.

Y, finalmente, era la palabra prestigiosa de Arsenio López Decoud la que presentaría al conferencista.

El teatro, pues, estaba esa noche rebosante de un público dispuesto a no perder los menores detalles del torneo literario que se preparaba.

Presidía, desde el escenario, la comisión organizadora de las fiestas

La orquesta ejecutó los dos himnos, que fueron escuchados de pie por la concurrencia.

Inicióse el acto con un hermoso diálogo alegórico en el que las gentiles niñas Antonia Pane y Exa Acosta lucieron la gracia de sus dotes artísticas.

Reclamado insistentemente por el público, salió a las tablas el autor de la composición, doctor Ignacio A. Pane, que fué calurosamente ovacionado.

El señor Arsenio López Decoud pronunció luego el brillante discurso que reproducimos:

"Señoras: Señores:

Un joven uruguayo, que a los prestigios de su nacionalidad, tan cara para nosotros, reúne los universales de la ciencia y del talento, va a hablarnos esta noche de Artigas, "gran capitán, guía de muchedumbres, salvador y profeta".

Yo, a mi vez, y a modo de prologuista, voy a hablaros de ese joven. No sé si seré oportuno, pero seré breve. Los prólogos cortos, sobre todo en mi caso, son sin duda los mejores.

La misión, que en este momento cumplo, de presentar a Héctor Miranda a nuestro público de selección, me fué señalada al recibirse aquí la promesa jubilosa, hoy trocada en feliz y halagadora realidad, de que una peregrinación de orientales vendría a tierra paraguaya para depositar en ella un tributo de sagrada admiración a los manes del fundador de su nacionalidad, del héroe muerto entre nosotros, cuyo último suspiro recogimos como un legado de honor.

Poco sabía entonces de Miranda, lo confieso con rubor. Sólo el eco de su nombre había llegado hasta mí, con la vaga noticia de los triunfos de su palabra en los congresos estudiantiles de Montevideo y de Lima, que él tuvo la gloria de iniciar.

Ese pecado de ignorancia de que me acuso, y al que bien pudiera llamarse americano, hallará su explicación, ya que no su atenuante, en esta vieja ver-

dad que enuncio: Entre las naciones de nuestra América latina, y no entre todas, apenas si existe una corriente débil e intermitente de intelectualidad. Sus pueblos se ignoran a veces y están unidos por la geografía, por estrechas afinidades de raza y por la comunidad de sacrificios en su hora. Y como si esto no bastara para determinar entre ellos una corriente de ideas, vigorosa y continua, hay, todavía, semejanza en sus modalidades históricas, igualdad en sus altos intereses e identidad en sus modernas orientaciones políticas.

Cuando esa corriente existe, se interna casi siempre por vías dolorosas, para darnos la mutua ciencia, triste ciencia de los errores y flaquezas de nuestra vida política y de los Atilas que a ella surgen, con la estadística minuciosa de las revoluciones y golpes de mano que provocaron, de la sangre que vertieron, de sus rapiñas y de sus depredaciones.



D. Arsenio López Decoud

Rara vez, casi nunca, nos hace saber de los que en la paz y en el silencio de los gabinetes elaboran gloria pura, de los que conquistan para la patria, sin lágrimas y sin sangre, el laurel rosa de las únicas victorias que ennoblecen y dignifican a la humanidad.

De este modo, dos pueblos americanos, a los que todo une y nada separa, diré glosando la celebrada frase de un alto político de estos tiempos, se asemejan a aquellos famosos gemelos de Siam, que vivieron unidos por el vientre, con un solo corazón, pero con dos cabezas distintas y dos cerebros sin unidad ni relación de pensamiento.

Ojalá pudieran estas reflexiones valer una indulgencia a mi confesada ignorancia, ahora que sé de Miranda y de su obra, y que de él y de ella voy a hacer la presentación a través de mi temperamento.

He leído dos de sus libros. Antes de que llegaran a mis manos, sin crítica en que fundarme e impresionado por los pocos años del autor, imaginé encerrarían ellos la labor de un principiante de talento, de uno que promete, como dicen los augures. Después, y al recorrer sus primeras páginas, grandes fueron mi alegría y mi sorpresa al descubrir en ellas labor de erudito, de historiador y de artista, de "uno que empieza por donde otros acaban", de uno que asciende con pasmosa rapidez hacia las cumbres resplandecientes de la Alta Inteligencia. Uno de esos libros, "Las Instrucciones del Año XIII", es obra trascendente de erudición histórico-americana y de ciencia jurídica, expresadas en lenguaje sobrio, sereno y elevado, como clásico. Lo prologó don Juan Zorrilla de San Martin, y diré con él, porque mejor no podría, los fines esenciales del alto pensamiento que lo concibió: Hacer conocer al fundador de la patria oriental; proyectar su sombra, como la de una realidad tan-

gible, en la imaginación de los hijos de su pueblo; demostrarles una verdad tal que sirva para fortalecer en ellos, con el sentimiento del amor a la tierra, el del orgullo inquebrantable y razonado de tenerla por madre.

"Elogio de los Héroes", se titula el otro libro. En sus páginas ha derramado Miranda toda la fuerte y encantadora lozanía de su vida en flor. Creó en ellos belleza para decirnos de los que la crearon en epopeyas vivas y en poemas de virtudes extrahumanas, héroes de estirpe igual a la de los señores del lenguaje que glosan la obra heroica y plasman la estética de la línea para la eternidad de los siglos.

En el "Elogio de los Héroes" desfilan triunfalmente con Artigas, el egregio capitán de la leyenda fabulosa, los coronados del verso y de la prosa. Para ellos viste Miranda de oro y de púrpura su concepto.

Horacio y Virgilio, Hugo y Lamartine, Baudelaire, Verhaeren y Verlaine, Rubén y Valle Inclán son sus poetas familiares, y debe ser Homero su libro de cabecera. Así pienso, porque es tan lírica su expresión, tan vigoroso el sentimiento inspirador, tan honda su comprensión y tan grande su amor por todo lo que es puramente bello y bellamente heroico.

"Las Instrucciones del Año XIII" y los capítulos dedicados a Artigas en el "Elogio de los Héroes", constituyen el monumento ideal levantado por Miranda a la epopeya artiguiana.

Ello son alto y perenne pedestal. Plinto historiado que revela en sus costados, burilados por buril de eximio artista, los momentos culminantes y las trágicas jornadas de una vida ilustre y larga. Sobre el plinto se alza, neta y abrumadora en su dramática grandeza, la figura sedente del viejo guerrero de mirar escintilante. A sus pies yace una espada con el acero mellado en su rudo y constante martillar sobre las cadenas de un pueblo. El viejo guerrero, inclinada la frente luminosa, cargada de gloria y pesadumbre, escribe sobre el bronce de una coraza simbólica los dictados de su catecismo político inmortal!

El joven escritor, con el pujante esfuerzo de su inteligencia, ha repetido la hazaña de Anfión, aquel de la lira mágica, a cuyos acordes se desprendían las piedras de sus lechos, para concurrir espontáneas a la construcción de una ciudad.

Así, también, Miranda, con la magia de su ardiente patriotismo, que es en su tierra palabra milagrera, despertó sentimientos y recuerdos que dormían el sueño de la piedra en el fondo de las conciencias, y realizó con ellos, además de una apoteosis, la erección de un monumento, de un monumento que no es otra cosa al fin que una ciudad espiritual donde se agrupan, se agitan y viven los recuerdos!

Pero a la ciudad de Anfión, como era de cal y canto, la borraron los siglos, y las ciudades espirituales, como la de Miranda, perduran a lo largo de la vida eterna.

Y ahora, señores, ya conocéis a Héctor Miranda. Y así como a la nube sucede el relámpago, así a mi palabra va a suceder la suya.

Pero, antes, dejadme deciros todavía lo que de ella sé:

Yo sé de ella que es vibrante y elocuente;

Que al hablar de las batallas y de las proezas memorables del grande héroe de su patria, del predilecto de su corazón y de su mente, su voz resuena con rumores de roncos guerreros atambores que baten una carga;

Que al hablar de sus victorias, sus acentos se elevan y se aguzan hasta llegar a las claras sonoridades de un clarín;

Y sé, por último, que es de su verbo la virtud de excitar en los espíritus aquel sentimiento que arrojaba a los griegos en muchedumbre hacia sus templos, para golpear sobre los escudos que pendían de sus puertas, a los gritos de ¡Patria, Patria! formidables en aquellas bocas."

Luego en medio de la ansiosa expectativa del auditorio, inició el Dr. Miranda su conferencia. Digna del prestigio del distinguido escritor, ella le valió un nuevo y ruidoso triunfo.

Hela aquí:

"Señoras: Señores:

La misma ley histórica que nos acercó hace cien años,—en el período inicial de nuestra vida libre,—nos vuelve a reunir ahora en estos actos de intensa afectuosidad internacional.

Hace cien años éramos dos núcleos centrífugos en la inconexa nebulosa del virreinato caduco, hermanados por la identidad de intereses y de aspiraciones congéneres; celosos de nuestra autonomía; rebeldes al cetro bonaerense; con la huraña y vidente preocupación de nuestros derechos; guardadores del arca, en la paz y en la guerra, con el brazo armado y la mirada vigilante.

Hoy, enclavados entre dos colosos, fuertes y prósperos, nuestros intereses se juntan de nuevo, nuestro destino se identifica como hace un siglo, y no porque hayamos conquistado definitivamente nuestra independencia, y alejado, para siempre, la amenaza de ajenas hegemonías, debemos dejar de comprender que tenemos el mismo rol histórico, y que sufriríamos los mismos peligros en el caso improbable en que el pacifismo hiciera bancarrota, y un desnivel violento desequilibrara la balanza de los valores en el ambiente internacional sudamericano.

Esa verdad indiscutible, que una historia trabajosa y sangrienta nos ha enseñado con la ruda lección de nuestros comunes dolores, la comprendió hace un siglo, con una nitidez que desconcierta, el jefe de los orientales, y su audaz intuición le hizo ofrecer la mano del Uruguay, espontánea y cordial, a la fraternidad paraguaya.

He aquí, señores, otra faz inexplorada de la psicología de Artigas, de esa compleja y rica psicología que recién empiezan a comprender los hombres de mi país, acostumbrados largamente a mirar sólo su figura marcial, su gesto guerrillero, su gloria tempestada de hierro; la gloria escueta y luminosa de los altivos sableadores, de esos ciegos heroicos, que pueden ser, según lo imponga la fatalidad del ambiente, lo mismo libertadores que tiranos, los padres del pueblo o el azote de Dios.

La historia, lentamente, va desenmascarando la leyenda. Poco a poco, la verdad desarzona al prejuicio. A paso trabajoso, la posteridad va comprendiendo, hasta el fondo, la profundidad de aquella inteligencia, la previsión de aquel talento, la originalidad de aquel carácter, el vigor de aquel espíritu, la exquisitez de aquel corazón.

Ese hombre que tiende personalmente las guerrillas, que abre, espada en mano, las filas enemigas, sufriendo a boca de jarro los disparos de la mosquetería, no es otro que ese mismo Artigas, que pide la apertura de puertos comerciales, que erige bibliotecas y escuelas, que proclama los derechos del hombre, que exige una constitución nacional, que habla del equilibrio entre los poderes, que lapida el despotismo militar, que proclama la independencia, la federación y la democracia, que preside congresos, que dice discursos parlamentarios, que funda pueblos, que fomenta las labores agrarias, que manda sus frágiles buques, a través del Atlántico, a batirse, de cañón a cañón, con los fuertes lusitanos, en la propia tierra portuguesa.



Dr. Héctor Miranda

Nada tiene de extraño, pues, que ese Artigas que fué nuestro primer guerrero, nuestro primer legislador, nuestro primer estadista, haya sido también el primer diplomático de la tierra oriental.

No era, por cierto, la diplomacia de los embajadores de grandes estados, de esos graves ministros cuyos trágicos lápices modifican sobre el mapa guerrero, en opacos concilios, la obra sabia de la naturaleza.

Artigas no discutió nunca en sutiles congresos internacionales el alcance de tal o cual bula, o la trayectoria de tal o cual meridiano. No hizo zigzaguear su ingenio en los arrestos amorales de esos cenáculos agudos y sinuosos, bajo la penumbra de salas artesonadas, en que a menudo se apagan igualmente los pasos y las conciencias.

Su diplomacia fué la de los hombres fuertes y sinceros, educados en la verdad, sin ceceos de lacayos, enemigos de argucias y seguros de sus derechos; diplomacia de mediodía, pura y primitiva, como fué sin duda la de los pastores de pueblos, en la aurora humana, a la luz del sol, en la paz de los campos, junto al hacha de hierro de las edades patriarcales.

Artigas, que celebró un tratado comercial con Inglaterra, y que escribió a Monroe, iniciando relaciones con los Estados Unidos, se preocupó, sobre todo, en los primeros momentos de su acción expansiva de propagandista republicano, de estrechar amistad con el pueblo paraguayo, poniéndose al habla con él, para la protección de sus intereses y de sus ideales comunes.

Las relaciones diplomáticas del Paraguay y el Uruguay nacen con Artigas el 7 de Diciembre de 1811, en los grises días del éxodo.

Las inicia el jefe de los orientales desde su campamento en marcha, sobre la costa del Daymán, dirigiéndose de modo directo a la Junta Gubernativa del Paraguay, detallándole circunstanciadamente la historia de la revolución uruguaya, desde el Grito de Asencio hasta los momentos en que escribe.

Es un largo documento, valiente y emocionado, con reflexiones atinadas sobre aquella hora crítica de la revolución, marcada por el retiro del sitio de Montevideo y por el avance cauteloso de los portugueses sobre las codiciadas fronteras rioplatenses.

Fuera de la pintura maestra de la eclosión revolucionaria y de la melancolía del éxodo, que timbra en diapasón heroico aquellas páginas seculares, hay allí médula política que deja adivinar la segura pluma de un estadista. Anota el peligro lusitano no sólo para el Uruguay, no sólo para Buenos Aires, sino para todos los pueblos platinos hasta los cuales había de extenderse la hegemonía conquistadora de los Braganza, e insinúa la necesidad de un proceder armónico entre el Paraguay y el Estado Oriental.

Toda la correspondencia de Artigas y el Paraguay, en dos largos años de nerviosas vicisitudes, gira al rededor del mismo concepto angular: estrechar las relaciones entre los dos pueblos, para una acción material conjunta al amparo de la más neta solidaridad moral.

Luchar de acuerdo contra el enemigo lusitano, contra el peligro español y contra el peligro porteño.

Defender la frontera, contra el paso de lobo de los ejércitos lusitanos; aniquilar la reacción hispana concentrada en Montevideo; hacer saltar en pedazos la supremacía opresora de Buenos Aires. " Nuestra unión hará nuestra defensa" decía Artigas a la Junta del Paraguay, "y una libertad inviolable pondrá el sello de nuestra regeneración política".

"Crea V. S.—expresaba en otra nota,—que no hay dos pueblos más estrechamente unidos, ni con unos vínculos más tiernos, más firmes, más llenos de dignidad y grandeza, y más capaces de caracterizar la verdadera unión."

"El Uruguay y el Paraguay,—decía otra vez Artigas,—se presentarán en medio de las naciones como dos pueblos destinados a ser el depósito de la libertad y la confederación."

"Estrechemos nuestra liga con ese pueblo grande", escribía poco después. —"Felices nosotros que hemos sabido conservar el ardor primero de la revolución, aquel ardor, aquel fuego, que hace los encantos del entusiasmo y nos presenta en medio de estas oscilaciones, con la actitud bastante para destruir el imperio de las pasiones."—"Libertad, igualdad, seguridad, son nuestros votos; libertad, igualdad, seguridad, serán nuestros dignos frutos. Ellos coronarán nuestros afanes y los de esa inmortal provincia".

"Facilitemos el sistema augusto de la confederación—decía Artigas—y restablezcamos el régimen popular, que selló la sangre de nuestros hermanos en los primeros días de la revolución."

Fulgencio Yegros, Pedro Juan Caballero y Francisco de la Mora, respondían en igual tono, en nombre del Paraguay, y hasta se cruzaron entonces los primeros plenipotenciarios de pueblo a pueblo.

Ministros modestos, de dos patrias recientes, no fueron, esos primeros portadores de mensajes internacionales, sabios adoctrinados en los rancios claustros de Córdoba o Chuquisaca, con las alforjas llenas de sutilezas, sino de recios capitanes de los ejércitos nativos, productos genuinos de la tierra madre, educados en la acción, en la escuela ruda y fecunda del sacrificio y de la victoria.

Juan Francisco Arias y Francisco Bartolomé Laguardia se llamaron esos plenipotenciarios de la edad heroica—oriental el uno, paraguayo el otro,—cuyos nombres quiero, con amor, arrancar a la sombra, para ponerlos a la cabeza de nuestras memorias diplomáticas.

Porque bien merecen, sin duda, ser recordados, ya que su fraternal ministerio no tenía entonces los halagos de la comodidad suntuaria de mejores tiempos, sino el alto honor del peligro, la ventaja moral de su misión histórica, que ellos tal vez no pudieron comprender en su vasto sentido, pero que no fué por eso menos real ni menos trascendente.

Yo ahorraré, a este selecto auditorio, el detalle de esas misiones de paz de nuestras viejas patrias, en el que está el germen remoto de nuestras actuales simpatías, pero es necesario que arranque algunas palabras de la memoria que hizo llegar a su gobierno el delegado paraguayo.

"El general Artigas,—decía éste, a principios de 1812,—es hombre de entera probidad, paraguayo en su sistema y pensamiento, y adicto a la provincia, de tal modo, que promete guardar unión con ella aun rompiendo con Buenos Aires."

"Fué tan grande la complacencia del ejército oriental con la unión del Paraguay — continúa diciendo el plenipotenciario asunceño — y el general Artigas tan obsequioso y adheso a la Provincia, que me tributó los mayores honores que por ningún título yo merecía. A distancia de diez leguas del campamento de Artigas, mandó éste a tres capitanes y a su secretario a recibirme y a acompañarme; a las dos leguas, el mayor general y tres teniente coroneles, a igual homenaje, y luego el general con toda la oficialidad y la música, a dos cuadras de distancia, a pie, recibiéndome con un abrazo al encontrarnos."

Ese abrazo, señores, en aquellos tiempos y entre aquellos hombres, era algo más que un trivial cumplimiento de obsequiosidad extremada. Aquel abrazo era la comunión de dos patrias, el encuentro armónico de dos ideales, abrazo de alma a alma, de corazón a corazón.

Pero la buena amistad tan bien comenzada, se interrumpe de pronto, y el Paraguay se aisla, hasta de su hermano oriental, en la hosquedad de la dictadura.

José Gaspar de Francia lo retrae, tras la muralla china de los fortines, con que marcó, enérgicamente, la línea infranqueable de su soberanía.

Francia y Artigas no fueron, sin duda, amigos, pero no podían ser tampoco, enemigos.

Las diferencias de su carácter y de su ética política, eran impotentes para anular la identidad fundamental de la causa, y como bien lo anota un ilustre compatriota vuestro,—el doctor Cecilio Báez,—si Francia guardaba a Artigas las espaldas, Artigas servía de antemural a la independencia paraguaya.

Artigas estaba tranquilo por el lado de la Asunción y el Paraguay sabía, por su parte, que para llegar a sus umbrales era preciso dejar atrás derrotada y sangrienta la trágica leonera de la patria oriental.

¿Hasta dónde hubieran ido, en efecto, los soldados de Lecor y las hordas de Chagas, si no hubieran tenido que luchar cuatro años, cuerpo a cuerpo, con los batallones de Artigas y con las épicas montoneras de Andresito?

¿Si no hubieran tenido que agotarse, quebrando su nervio, ante aquella resistencia de epopeya, ruda, cruenta y desesperada, que enrojeció, paso a paso, el camino de los ejércitos portugueses?

Sabían algo de eso, sin duda, aquellos alegres oficiales de que nos habla otro escritor paraguayo, Fulgencio Moreno, que una noche jovial corearon por las calles de la Asunción sus coplas artiguistas, junto a sonatas lugareñas y a cantares de románticas fugas.

Sabía, sin duda, algo de eso, no obstante la acritud de su gesto, el Dictador Perpetuo que tuvo la obsesión salvadora de la independencia y el ideal de la república, cuando abrió el solar paraguayo al último escuadrón artiguista, ofreciéndole el pan y la sal de una frugal hospitalidad.

Sabían, sin duda, algo de eso, con su instinto de patria, los aldeanos de Curuguaty y de Iviray, que no miraron como extraño el arado de Artigas, al hundirse en la tierra, y que le hicieron suave el destierro y llevadera la adversidad.

Sabían, sin duda, algo de eso, los soldados de Yatay y de Boquerón. que se aniquilaban sin odiarse, como arrastrados a una fatalidad siniestra, comprendiéndose y amándose en el triunfo y en la derrota, en la claridad de la gloria y en el pavor de la muerte.

Señores:

Al evocar el nombre de Artigas, en la tierra benigna que lo amparó treinta años, y que fué para él bondadosa y pródiga, se agolpan, sin quererlo, toda la emoción de la égloga y toda la melancolía del voluntario renunciamiento.

No era el antiguo penitente que, en un acto de fe, entrega al claustro para siempre la expiación de sus viejas caídas y de sus crueles pasiones, angustiadas y pecadoras.

No era el sátiro, virtuoso por agotamiento, sobrio por fuerza de la naturaleza, que esconde en la cáscara del aislamiento el pavor de sus lacras morales y de sus vicios apagados.

No era el anacoreta en la esterilidad de su gruta, o el estilita en el absurdo de su inacción y de su mutismo.

Era, en cambio, el profeta que muda de escenario, pero no de temperamento; que protege a los pobres después de haber fundado pueblos; que

siembra semillas después de haber sembrado ideales; que practica, como siempre, la virtud de la acción, en la enemistad de las batallas o en la fraternidad de los surcos.

El apostolado era distinto, pero el apóstol era siempre el mismo. El guerrero habia muerto, el político se había extinguido eternamente; Artigas no era en el Paraguay un estadista, pero era ¡asombro de Diógenes! un hombre.

Señores:

Artigas nos une. En el recuerdo de Artigas el Paraguay y el Uruguay deben hermanarse a través de los siglos.

Que sea así perpetuamente, y que la figura del héroe vencedora del tiempo, vierta una luz igual sobre estos dos pueblos lacerados y fraternos; triplemente fraternos: en el dolor, en el amor y en el heroísmo."

Calmada la estruendosa ovación que saludó las últimas palabras del conferencista, fueron leídos los mensajes de Rodó, de Zorrilla de San Martín y de Herrera. Más de una vez la lectura fué interrumpida por las ruidosas manifestaciones del público, cuyo entusiasmo desbordante estalló al final en una formidable tempestad de aplausos.

Transcribimos a continuación los mensajes.

Mensaje de José Enrique Rodó

"Separo de un próximo libro mío una página de americanismo ferviente, una afirmación de mi fe inquebrantable en la unidad de la magna patria hispanoamericana, para que esa sea la palabra que me represente y me recuerde en las fiestas fraternales a las que marcha, jubilosa, la juventud de mi país.

No sale de la patria quien, siendo americano, pasa de un pueblo de América a otro pueblo de América.

Cuando, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran, abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y de estrecho, aqui, en los pueblos hispanoamericanos, bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación o el estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña empiece donde los dominios nacionales acaban, importaria algo aun más pequeño que un fetichismo patriótico: importaria un fetichismo regional o un fetichismo de provincia. Porque si la comunidad de origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica, y cuanto puede dar fundamento real a la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre, entre nuestros pueblos, las convencionales fronteras y dé nombre de "patria" a la que no lo es en el habla de la política ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad anfictiónica que consagre y encarne esa unidad moral—el sueño de Bolívar,—es aun un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la "expresión geográfica" de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e interesante que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.



Dr. José Enrique Rodó

Unica patria es América; pero dentro de esta unidad hay pueblos que con más singular fraternidad se atraen y que más eficaz y claramente perciben la armonía de sus destinos. Paraguayos y orientales forman, sin duda, el más cabal ejemplo americano de aquella "grande amistad" que Michelet soñaba ver consagrada en las relaciones de los pueblos. Reciprocidad de afectos y comunidad de intereses, los vinculan. El Uruguay es el Paraguay atlántico; el Paraguay es el Uruguay de los trópicos. Si alguna vez se interpuso entre ellos el humo de combate, los signos materiales de ese infausto recuerdo fueron ya de retorno, para demostrar que el fraternal amor salió acrisolado de la lid cruenta, porque se acrecentó con la recíproca admiración del heroísmo, que los mostró, en aquella aciaga ocasión, más semejantes que nunca...

Y si algún lazo más fuera necesario para confirmar y perpetuar ese amor, vedlo ahí en la memoria augusta del más grande de los orientales: del que aquí tuvo su cuna y allí su sepulcro; del que aquí fué acción y allí silencio; aquí heroicidad y allí estoicismo; y en una y otra parte, y en la justicia de la posteridad, gloria inmortal de América, gloria inmortal de la libertad humana.

A su veneranda sombra pide hoy el corazón de los orientales bendiciones para la tierra paraguaya; bendiciones que fructifiquen en paz y ventura

para su pueblo; en adelante triunfal para su civilización, tan esforzadamente mantenida, en promesas para su generosa juventud.

Y hoy, en la identificación de estas expansiones fraternales, como mañana y como siempre: el Uruguay es el Paraguay atlántico; el Paraguay es el Uruguay de los trópicos."

Montevideo, 10 de Mayo de 1913.

Mensaje de Zorrilla de San Martín

Montevideo, 10 de Mayo de 1913.

"Al señor don Américo Vila, presidente de la comisión organizadora de la peregrinación al Solar de Artigas.

Pues no me es dado ir con ustedes, háganme el favor, amigos míos, de llevar este mi mensaje a la buena tierra paraguaya, en que el viejo progenitor murió. El cariño que los orientales tenemos a esa tierra no es tan fácil de analizar como parece. No es tampoco tan sencillo de definir el que ustedes van a encontrar allí para con nosotros. Y no seré yo, ciertamente, quien me proponga hacerlo, en el momento de decirles adiós o buen viaje, y encargarles mis memorias.

Pero cuando ustedes, los jóvenes orientales, se cambien sus abrazos con los jóvenes paraguayos bajo el Arbol de Artigas, crean que los huesos aquellos que trajimos del cementerio o dormitorio de la Recoleta, y que hoy tenemos guardados en nuestro Panteón Nacional, van a moverse aquí, en Montevideo, dentro del hueco en que los envuelve la sombra luminosa. Yo creo, dígase lo que se quiera, que ciertos huesos despojados de su carne se mueven como espíritus en determinados momentos.

Artigas, amigos míos, ha estado esperando este grande abrazo que van ustedes a darse con sus hermanos paraguayos. Piensen en él, en el viejo loco o vidente, que es lo mismo, cuando sientan el corazón joven paraguayo bien unido al que ustedes llevan de aquí dentro del pecho. Y aprieten bien. Y prolonguen la juventud de la lágrima sagrada que sientan formarse entonces en sus entrañas de orientales.

El vidente de que hablamos, el que labraba tierra en Curuguaty, y era allí tan querido de los pobres, soñó tres patrias grandes, hijas del Plata: la *Oriental,* la *Occidental* y la *Septentrional.* Eran tres naciones igualmente libres, igualmente felices, agrupadas, en perfecto equilibrio, con la misma influencia en los destinos de nuestra América.

¿Se ha realizado su divino ensueño?

Sí: se ha realizado, pese a todos los esfuerzos de los genios infernales, enemigos de la madre Naturaleza: lo realiza el amor que ustedes llevan de aquí, y el que van a darles allá, en la patria Septentrional. El amor es la sola fuerza que anima el Universo, amigos míos, la sola que lo sostiene;

amor es cohesión, solidificación, realidad, vida, eterna permanencia. Dios es amor. Todo lo demás, amigos paraguayos y orientales, todo lo demás, fuerzas físicas, soberbias humanas, ambiciones de la carne flaca, todo es apariencia, luminarias fatuas, muerte eterna... nada. Amemos la patria que soñó Artigas; amémonos en él mutuamente, y seremos tan fuertes y tan inmortales como el sol, que parece un Dios.

Mis queridos viajeros: van ustedes a llevar palabras habitadas por nuestro espíritu a esa nación paraguaya que queremos y respetamos, no sólo porque dió pan y amor al pobre viejo, sino porque es uno de los tipos más clásicos, en la historia humana, de la nación autóctona, de origen étnico venerable, arraigada en la naturaleza, en esa subterránea región, inaccesible al poder mortal, en que la antigüedad "reverenciaba las raíces sagradas de todas las cosas: tesoros de metales y piedras preciosas, frutos y plantas en germen, cultivos y sepulturas, efluvios de antros y de trípodes proféticos, leyes inmutables que desenvuelven el mundo y le sirven de bases sustentadoras".



Juan Zorrilla de San Martín

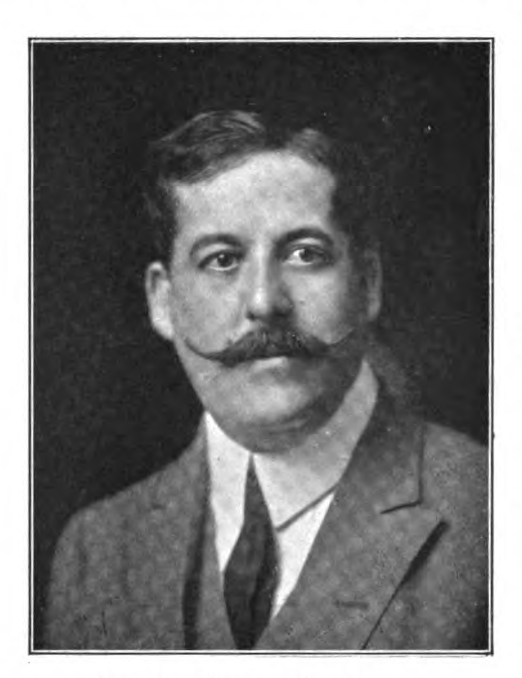
No atribuyan ustedes a otra cosa el ejemplar patriotismo fiero que ustedes advertirán en ese amable pueblo: es la subconciencia de una perpetua y gloriosa vida, capaz de todas las resurrecciones. Van ustedes a visitar una nación grande, lo que se llama grande en el lenguaje de las realidades históricas; reciban, pues, y tráigannos, como un tesoro, sus manifestaciones de afecto, que serán sinceras; digan a ese pueblo fuerte, de parte de los hijos todos de Artigas, que todos vamos con ustedes y en ustedes a rendir culto devoto a la gran revelación de que Artigas fué profeta y holocausto, y es base sustentadora de nuestras democracias en germen.

Y ese amor de orientales y paraguayos será edificante para todos y cada uno de los miembros tan queridos de nuestra joven ibérica familia; proclamará la sola ley que puede hacernos y nos hará fuertes y felices, en la luz y la armonía; será ejemplo y será gloria.

Hasta la vuelta, pues, mis buenos viajeros al Solar del Sembrador. No olviden mis recuerdos. Buen viaje... hasta la vuelta."

Mensaje del doctor Luis Alberto de Herrera

"Me faltan palabras para agradecer a la juventud paraguaya su noble recuerdo. Sólo los espíritus yermos pueden establecer paralelo entre los éxitos positivos y el encanto indecible que deriva de las grandes sanciones morales. Soy, pues, deudor de una emoción muy dulce a los estudiantes del país hermano, ya que no es cierto—y ahora por experiencia lo afirmo—que el corazón declina, marchito, cuando empiezan a platearse las sienes.



Dr. Luis Alberto de Herrera

La peregrinación patriótica de orientales al Paraguay marca un acontecimiento memorable. El desarrollo fácil y felicísimo de la idea acredita su pujanza. Un compatriota de mérito lanza la iniciativa; con entusiasmo su ciudad la recoge; pronto la voz pública hace coro; ni una sola oposición traba el intento; y, si por acaso brota la discrepancia, ella se define por el deseo de amplificar el programa que así va creciendo en prestigio y solemnidad. Por instantes dilata su curva el propósito fraterno hasta cuajar en la imponente demostración cívica y oficial que ahí está, palpable y sugerente, señalando, quizá, un punto de partida.

Cuando así estallan los sentimientos y cuando la colectividad así los refrenda cabe decir que se asiste a la simple consagración de viejos y poderosos afectos.

¡Viejos y poderosos afectos! ¿Fuera inexacto agregar... y afinidades?

Basta auscultar a los dos pueblos, poner el oído bien cerca de la entraña vital, para convencerse del idéntico latir de sus tendencias. Apenas solicitadas, llegan abundantes, en tropel, las grandes memorias, como si empujadas por una conciencia invisible y sabia, ellas tuvieran apremio en proclamar la efectividad del vínculo solidario.

No bien echan a andar las pequeñas patrias gloriosas, casi mellizas, como que su rebelión tuvo mucho de simultánea, y obedeció a móviles semejantes, y arrancó del mismo afán autonómico, y se ganó las mismas injusticias, ellas sienten gravitar sobre sus destinos iguales conjuraciones y peligros. Menester fué doblar guardia y bravuras frente a las amenazas que se des-

colgaban, acosadoras, por todos los pretiles fronterizos, en parte subsistentes todavía.

La distancia física no permitió a las razas que se atraían, sellar con un abrazo—remache de armadura—el ideal luminoso, de acercamiento, acariciado por sus próceres. Bien definida fué la intención. Alguna vez ella palpitó, vivaz, en la carne de los hechos; pero la suerte infausta, cruzándose en el camino de los clarovidentes, hizo del alto ensueño una columna truncada. ¡Hablen su testimonio de bronce los episodios inmortales!

El accidente trágico, rasgo perdido en la fisonomía de una tradición imperiosa y secular, no consigue abrir cisma entre vosotros y nosotros. Sabido es que el patrimonio de los orientales no se aumentó con una pulgada de territorios usurpados, ni con un centésimo del ajeno tesoro, ni con otras ventajas arrancadas al labio del hermano moribundo.

Entre pueblo y pueblo jamás existió animosidad, ni leve.

Quizá, como ocurre en otros planos de la vida, el hondo afecto necesitó de la prueba recia para convencer de su extraordinaria intensidad: vencedora del huracán la raíz hundida con ansia, en tierra óptima y fuerte.

Era tan lógica, tan impuesta, nuestra vinculación moral, que no fué necesario pedir bálsamos al tiempo para que cayera mucho olvido sobre la cicatriz, tan deplorada.

En los días subsiguientes redóblanse las actitudes nobles, que más ligero corre el río cuando deja a la espalda la rompiente que desfibró su linfa, cual gozoso de recuperar el dominio tranquilo y familiar del viejo cauce. Tan sensible y tan persistente se muestra el anhelo cordial, que él parece responder a las exigencias misteriosas del instinto.

No hay que bajar la cabeza en actitud meditativa para descifrar el motivo fundamental de esta soberbia imantación. Si miramos hacia atrás, hacia la época de las desesperaciones santas, la epopeya artiguista intensamente enlazada a los episodios del heroísmo mediterráneo, no para ahogarlos o para ser por ellos ahogada, pero sí para prestarse mutuo y valioso auxilio, nos exhibe la fe de bautismo de los grandes hermanamientos espirituales de la actualidad, en plena florescencia.

Y si en vez de interrogar al pasado guerrero, clavamos la pupila pensadora en el presente sereno, para escrutar en sus pliegues el secreto de los días venideros, más de una razón capital explicará y justificará la aproximación íntima de orientales y paraguayos.

Claro y de frente hay que decirlo, ya que nunca aconsejó la virilidad callar las ansiedades hondas: sobre el horizonte de las dos repúblicas diminutas recortan su perfil las mismas sombras. Esa ingenuidad, muy común, que se rinde más a las palabras que a los gestos categóricos que las contradicen, se preguntará, azorada, cuáles son y dónde están los riesgos que nos escoltan. No así la opinión vibrante, menos olvidadiza de las crueles mutilaciones sufridas por ambos solares.

Más grandes, mucho más grandes de lo que hoy son fueron antes el Paraguay y el Uruguay. ¿Por qué sufrió desmedro su haber, cómo cedieron sus fronteras, por qué se encogió el manto de su cielo? Sólo para abonar

la procedencia del sobresalto, pensemos en las viejas catástrofes. Evoquémoslas sólo para advertir que no han desaparecido ni el interés, ni los móviles, ni los fatalismos geográficos que las engendraron. Precario será siempre el derecho de los países pequeños; pero ese quebranto centuplica sus angustias cuando se vive bajo la presión de fuerzas abrumadoras.

Dígalo si no la planta que eleva, trabajosa, su vitalidad en el hueco escaso dejado por peñascos que se tocan. ¡Qué defendida está ella y también qué amenazada! Menos azaroso sería un desarrollo en campo abierto, a merced, es verdad, de vientos y cierzos, castigada, sin piedad, por los soles, pero, en cambio, más afianzada su entidad, menos expuesta al riesgo grave.

El simple enunciado de la realidad adversa nos dice por qué se anudan nuestras aspiraciones colectivas. Múltiples circunstancias armonizan el ritmo evolutivo de ambas sociedades.

Antes, nuestra amistad padeció la imperfección aparejada por las soluciones a base fraccionaria. Ahora, dos pueblos, enteros y unificados, son los que se ofrecen simpatía y escudo. Mucho menos débiles seremos desde la fecha en que sumemos inquietudes y esperanzas. Esa unión franca y generosa a nadie permitirá fijar nuevos límites a vuestro Chaco, ni achicar el radio de nuestras aguas. Debilidad bien corregible la de estos dos organismos, capaces de imponer ruta a los sucesos, como que ellos deciden del equilibrio de un vasto sistema. ¿Qué no vale, cuánto no representa, el gramo árbitro que vuelca, en favor de un platillo, la voluntad indecisa de la balanza?

Ya ha sonado la hora de que las pequeñas nacionalidades de la gran cuenca jueguen el papel interesantísimo, moral y material, que su posición les adjudica y que la estabilidad de sus destinos exige.

Las borrascas de la juventud mucho han demorado entre nosotros el advenimiento de los ideales superiores. En ocasiones fué tanto su menoscabo que pudo tenerse por su extinción lo que sólo fuera doloroso eclipse. Ya vamos saliendo, ¡inmensa fortuna!, de esas encrucijadas donde tantas veces el sectarismo hizo desgarro de la patria.

En verdad que este reproche no alcanza al país de Yegros y Cabañas, versado, desde los orígenes, en la sabiduría de sustraerse al torbellino de las ajenas anarquías. Un vano intento ha querido macular, adulterándola, esta acertada política que os permitió conquistar plaza de primer orden entre las naciones del continente. ¡Si no hubiera sido por la inaudita poda que vino después!...

He hablado de calumnias. ¡Cuánto saben de sus maldades las generaciones que apoyan su genealogía eximia en los Comuneros! ¡Cuántas veces su obra mísera agravó las heridas del Paraguay heroico! Porque ninguna de sus hazañas se ha visto libre de la tacha inicua.

Bien: hasta en las desventuras difamatorias nos identifica la suerte. Gran calumniado de América se ha dicho de nuestro Artigas, gran calumniada de América—renovemos el concepto—esa patria paraguaya que conoció las amarguras del madero, en premio a su pasmosa inmolación, convertido en culpa, ¡qué decimos! en título de barbarie, el sacrificio inmortal

de sus hijos, responsables de amar a su tierra con frenesí, de oponer al invasor una coraza de pechos como no la tuvo mejor ni más templada el tiempo troyano; y de ir estoicos a la muerte, vestidos por dentro de parada, como nuestros padres libertadores, tan justamente adorados!

Gran calumniada de América la nación histórica y noble donde encendió su lumbre la colonización primera, que fué piedra angular del esfuerzo titánico; madre de conquistadores y abuela de la civilización platina!

Pero ya pierde terreno de la injusticia tamaña, tanto tiempo dictadora en nuestros escenarios. Porque recién empieza a escribirse la verdadera historia de estos países y ya sus veredictos, preñados de sorpresas, rectifican el fondo de las versiones temerarias que daban y quitaban, a capricho, la reputación a hombres y pueblos. La pesquisa inicial permite adivinar que las cristalizaciones definitivas del sentimiento público respecto al pasado dramático, no coincidirán con los asertos livianos del cielo implacable y declamatorio.

Asistimos a un despertar fecundo. Estamos en plena restauración de famas de glorias.

En presencia de este movimiento reparador, se sueña despierto, como frente al mar, en cosas grandes, convertida en realidad la quimera, elevado el pensamiento hasta el reino de los astros. Entonces, al sagrado conjuro, los ideales imperecederos despliegan las alas, y como ellos no son migratorios, al igual de esas aves egoístas y andariegas que sólo buscan su clima, ellos se afirman, intensos, en la fraternidad de las dos patrias dolorosas de Sud América, ellos cierran su himno concibiéndolas identificadas, por siempre, en la defensa de su soberanía y en la reivindicación de sus leyendas.

Dicha inmensa para nosotros haber concurrido, con un esfuerzo infinitesimal, a madurar esa aspiración que tal vez ardió en el alma honda del caudillo de naciones, de nuestro gran caudillo, que tal vez le incitó a igualar los matices de nuestras banderas uniendo con una diagonal roja, de un sablazo, el azul y el blanco de sus pendones!"

Montevideo, Mayo 10 de 1913.

De la velada se pasó al *lunch* que se había servido en el mismo local del teatro. En nombre del "Club Juventud Salteña", ofreciólo el señor Antonio M. Grampone, en un hermoso discurso lleno de elevados conceptos, que obtuvo grandes aplausos.

En representación de los estudiantes paraguayos—a quienes estaba dedicada la fiesta—agradeció el señor Manuel Riquelme.

A insistente pedido de los concurrentes, improvisáronse calurosos brindis, entre los que recordamos los pronunciados por los jóvenes Juan Stefanich y Juan Carlos Garcete, que fueron efusivamente aplaudidos.

En esos momentos—los últimos que pasaríamos juntos—se agotó la nota

de la cordialidad y en aquel ambiente caldeado de juventud y de entusiasmo, la proximidad de la partida ponía una intensa emoción en todos los espíritus.

Y hubo mucho de sincera tristeza en la efusión de los últimos abrazos, en el temblor conmovido de las manos que se estrechaban por última vez. Porque, como lo dijera un periodista oriental: "en tres días se habían sellado cariños sólidos y duraderos y aquello era el separarse penoso de viejos amigos que habían comulgado en aras de idénticos afectos, hermanado en un supremo consorcio de ideales"...

Los peregrinos fueron acompañados hasta sus respectivos alojamientos por gran número de estudiantes.

Numerosos grupos juveniles recorrieron las calles hasta la hora de la partida, en medio de ardorosos vítores al Uruguay y a la confraternidad estudiantil americana.

Y no fueron los menos entusiastas los agasajos en que nuestros soldados y marineros fraternizaron con los blandengues y los tripulantes del "Uruguay".

Nadie durmió aquella última noche.

Por su parte, los militares celebraron también su reunión de despedida. Varios jefes y oficiales de alta graduación obsequiaron con una comida en el Gran Hotel del Paraguay a los componentes de la delegación militar uruguaya.

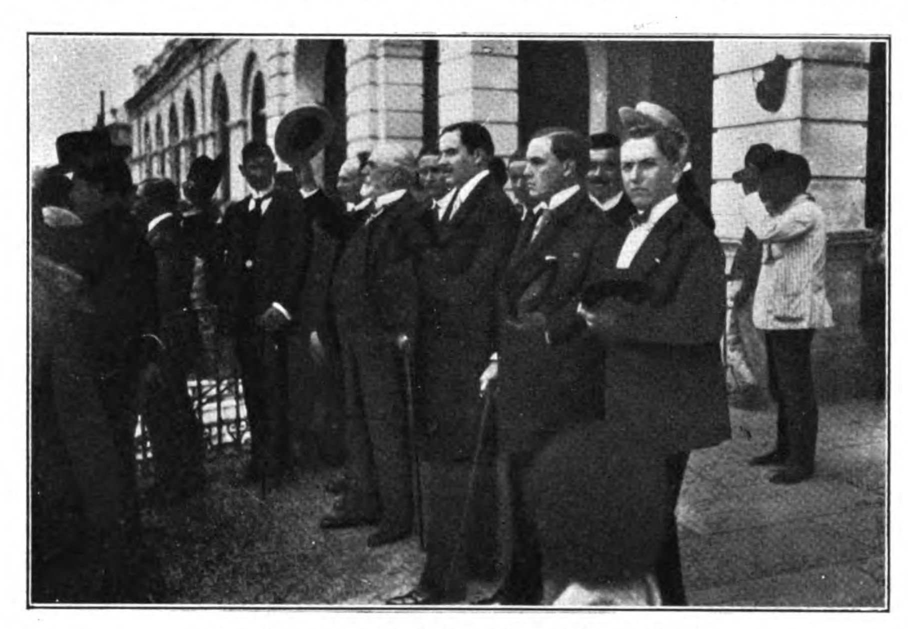
Encontrábanse en amena sobremesa los comensales, cuando la llegada de varios caballeros orientales y paraguayos, que venían de la conferencia, les trajo un nuevo contingente de animación. Alguien propuso—en el entusiasmo de los brindis de fraternidad que se cambiaban—que, antes de separarse, se fuese en conjunto a llevar una manifestación de despedida a varios miembros del gobierno. La idea fué aceptada unánimemente y puesta en práctica sin dilaciones. La primera visita fué a casa del ministro de relaciones exteriores, don Manuel Gondra, a quien saludaron, en nombre de los compañeros, el coronel Fabregat y el comandante Chirife. El señor Gondra contestó en una oportuna improvisación que arrancó calurosos aplausos.

En la casa particular del señor Presidente de la República—donde los visitantes fueron recibidos ya a la madrugada—se cambiaron efusivos brindis.

A las 5 de la mañana partió el tren en que regresaban los peregrinos. La despedida dió lugar a que se renovaran las ruidosas manifestaciones de la recepción.

Una comisión estudiantil, presidida por el tesorero del "Centro Estudiantes de Derecho", señor Juan Vicente Ramírez, acompañó a los orientales hasta Encarnación. La premura del tiempo hizo que se suspendieran las fiestas que se habían preparado en esa última ciudad, así como en los pueblos del trayecto. No obstante, de paso por Luque, fueron objeto de una gran demostración popular. Una comisión de damas les obsequió con coronas y flores.

Antes de abandonar tierra paraguaya, los peregrinos dirigieron cordiales



Despidiendo a la delegación parlamentaria

despachos telegráficos a la comisión de festejos y a los órganos de la prensa asuncena.

A las 12 de la noche la peregrinación abandonó nuestras playas, rumbo a Posadas.



El 17 a mediodía partió de Asunción el crucero "Uruguay", en viaje de regreso.

Mientras las salvas de despedida atronaban el aire, el numeroso público que había acudido a los muelles aclamaba entusiastamente al Uruguay y a los que tan dignamente lo habían representado en las fiestas.

Al iniciarse la marcha, la banda de música de la nave hizo oir el Himno Nacional, que fué contestado con el Himno Uruguayo, ejecutado por la banda militar del "Adolfo Riquelme".

Los vivas a la nación hermana continuaron sin interrupción hasta que el "Uruguay" se perdió de vista.

Una comisión parlamentaria acompañó a los diputados orientales hasta Villeta, desde donde regresó a bordo del "Triunfo" que había escoltado al crucero desde Asunción.

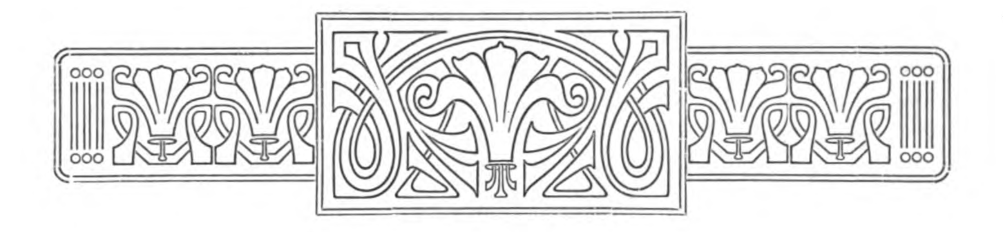








Medallas recuerdo de la peregrinación



IX

Composiciones alusivas a la peregrinación. — La Cúpula del Oratorio. — ¡Sed bienvenidos! — Las dos tierras: Uruguaya y Paraguaya. — Impresiones. — Recuerdo a la patria. — Paraguay - Uruguay. — Composiciones musicales.

Damos a continuación algunas de las composiciones literarias publicadas con motivo de la peregrinación: entre ellas el artículo que inspiró al doctor Muñoz la cúpula del oratorio de Nuestra Señora de la Asunción, como una expresión—honrosa para nosotros—de las impresiones que ha recibido el distinguido huésped durante su permanencia en la capital. Aunque en realidad no guarda relación con la índole de este libro, es digno de ocupar un lugar preferente en la crónica de los trabajos internacionales, tanto por el mérito intrínseco de la producción, como por el renombre del autor y las simpatías que éste ha sabido captarse en el Paraguay, en el desempeño de la misión de fraternidad con que le honró el gobierno de su país.

LA CUPULA DEL ORATORIO

De propósito no he querido averiguar quién fué el arquitecto que trazó los planos del templo conocido en la Asunción como El Oratorio, ni he pretendido indagar al culto de qué santo o santa se decretó su erección, ni investigar las causas que impidieron la continuación de la obra desde el ya muy lejano año en que se inició, porque no es mi intención hacer la crónica del monumento ni quiero subordinar mis impresiones a la sugestión de un prestigio artístico, ni someter mi criterio a la influencia de una reputación técnica. El Oratorio se me presenta como una reliquia arquitectónica remanente de los tiempos remotísimos que no tienen historia, y como tal la juzgo

a través de mi temperamento, libre de toda preocupación, dominado mi espíritu tan sólo por el sentimiento estético que inspira esa cúpula admirable en que el equilibrio de las proporciones y la pureza de las líneas se conciertan en un conjunto de impecable belleza.

La he mirado y admirado por todos lados y a toda hora: por la mañana, cuando la doran los primeros reflejos del sol naciente entre anacarados arreboles de la aurora; al mediodía, cuando la baña de lleno la fina lluvia de oro que derrite del zenit fulgurante; de tarde, cuando enrojecen sus ladrillos los resplandores purpúreos del ocaso; de noche, cuando emerge dominante en las sombras de entre el vaho lunar que la platea, y siempre la encuentro igualmente hermosa; y es tal la armonía resultante de la elegante esbeltez de su silueta, que se cree oir la vibración de un dulcísimo acorde, como si sus líneas formasen el encordado de una lira sonora a la caricia blanda de la brisa.

Un reciente andamiaje acusa el propósito de concluir la interrumpida obra, y ante la inminencia de ver poner mano a la tarea, surge el temor de una profanación de tanta pureza. Guay de quien se atreva a deformar una sola de las aristas que delinean la perfección arquitectónica de la Cúpula del Oratorio! Gravísima responsabilidad pesa sobre el artífice llamado a terminar la construcción del templo, al cual falta tan sólo el revestimiento externo, ajustándolo al molde de la estructura que el primitivo arquitecto ideó y fabricó en la desnudez del ladrillo. Ni una cornisa, ni un florón, ni ornamento ninguno hay que agregar a la prístina concepción del artista que trazó el plano de la cúpula, a la que sólo falta, como detalle complementario y terminal, un pináculo que corone la bovedilla superior para realzar la gallardía de su cimera.

La Asunción, tiene en El Oratorio un monumento que difícilmente será superado en el noble y sereno clasicismo de su arquitectura, en la que dominan las líneas fundamentales del arte edilicio excluyendo todos los caprichos de la fantasía y esquivando todos los amaneramientos de rebuscados efectos; y tengo por cierto que si para mí el ignorado artista que concibió la obra admirable hubiere sido llamado para construir otra de mayor magnitud, se habría despedido de la Cúpula del Oratorio como se despidió Miguel Angel de la que Brunelleschi erigió sobre la catedral de Florencia, al partir para Roma, donde iba a edificar la famosa cúpula de la Basílica de San Pedro, diciéndole:

"Or vado a Roma a far la tua sorella;
Più grande la farò, ma non più bella".

DANIEL MUÑOZ.

¡SED BIENVENIDOS!



Sr. Eloy Fariña Núñez

Sed bienvenidos, nobles uruguayos,
Hijos de la gentil Montevideo,
A la tierra solar donde durmiera
El gran Artigas su glorioso sueño,
Y donde no seréis jamás extraños
Desde que disteis el viril ejemplo
De perdonar la deuda de la guerra
Y de restituirnos los trofeos.

Estáis en vuestra tierra, en vuestra casa:
La sal de la comida os ofrecemos,
El pan vital partimos con vosotros
Y os brindamos el mate solariego.
La paz de nuestro escudo, con vosotros
Sea, al posar la planta en nuestro suelo,
Teatro del honor y el heroísmo
Y trágico testigo del denuedo
Con que lucharon vuestros fuertes padres
En singular combate con los nuestros,
Allá en los campos donde hoy florecen
Vuestros recuerdos y nuestros recuerdos.

Bienvenidos seáis y enaltecidos
Al país del naranjo y del ensueño.
En su homenaje, atruene el aire el Himno
Que a un oriental homérida debemos;
Fúndanse sus estrofas inmortales
Con las palpitaciones de ambos pueblos;

Y, al extinguirse en la celeste altura
La postrer vibración del patrio verso,
Sientan los uruguayos con nosotros,
En la fraternidad de los recuerdos,
Sobre la sugestión de la poesía,
La santa bendición de nuestros muertos.

Venís con un laurel en vuestras manos,
De la gaya y sin par Montevideo,
En cuyo oriente asoma tempranera
La claridad del pensamiento nuevo,
Mientras Ariel, el genio luminoso,
Al centro de la luz levanta el vuelo
Y el sacro olivo, consagrado a Palas
Susurra gravemente en vuestros huertos.
Venís de la ciudad encantadora,
Asilo hospitalario en el destierro,
Enemiga del duro despotismo
Y amante esclarecida del derecho.
Venís de la preclara villa vuestra
A la noble Asunción del comunero,
Cuyo destino en el pasado ha sido
Cerrar los ojos de los grandes muertos,
Ya funde una nación y Artigas sea,
Ya un luchador y llámese Sarmiento.

Con la mirada fija en vuetras glorias,
Bajo la esplendidez de nuestro cielo,
Evocad libremente la gran sombra
Del paladín sin mácula y sin miedo,
En el solar que viera sus angustias
Y donde meditara tanto tiempo
Bajo el grave mirar del hosco Francia,
Que lo contemplaría en su aislamiento
Como la encarnación más eminente
De la sagrada libertad de un pueblo.
Evocadlo en sus horas postrimeras,
Agobiado de gloria y sufrimiento,
Labrando, a modo de un varón antiguo,
La madre tierra con fecundo esfuerzo,
Después de haber sembrado en los espíritus
Grandes ideas y elevados sueños.
Y jurad con valor por sus cenizas
Permanecer leales al derecho
Que sostuvo su mente generosa
En la guerra, en la paz y en el destierro.

Orientales, la tierra hospitalaria,
Que os acoge con júbilo en su seno,
Conserva en sus entrañas la simiente
Que echara un día el sembrador de pueblos
Con un altivo gesto catoniano
En la profundidad del surco abierto.
La campiña que veis, toda florida,
Vió su figura de varón austero;
Todo este sitio sacro fué testigo
De sus meditaciones y sus sueños;
Aquí vió aproximarse lentamente
La hora fatal del sueño sempiterno,
Lejos de todo lo que amara en vida
Y ejecutó su brazo justiciero;
Y aquí cesó de palpitar un día
Su corazón impávido y sereno,
Cubriéndolo de flores los naranjos
En símbolo nupcial de su himeneo,
Con la inmortalidad augusta y pura
De las encarnaciones del derecho.

Sed bienvenidos, pues, nobles hermanos,
Al hogar que fué pío y que fué bueno
Con el varón magnánimo y valiente
Cuando, impelido por el hado adverso,
Buscaba entre los hombres un asilo
Donde exhalar su generoso aliento,
Con la frente cargada de laureles,
Pero sangrando de dolor su pecho.
Inclinamos la frente con vosotros,
En el altar común de los recuerdos,
Ante la efigie luminosa y grande
Del numen tutelar de vuestro pueblo.
Y poniendo su sombra, por testigo,
Unos y otros en su honor juremos
Luchar unidos en el Nuevo Mundo
Por las ideas libres del progreso.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ.

LAS DOS TIERRAS

DIÁLOGO

Al Coronel José C. Meza

Uruguaya

¡ Salve ! hurí del Guarán, fiera matrona
Madre de inmensa, rozagante raza.

Paraguaya

Salve, de las cuchillas amazona
Que en sí al ibero y al charrúa enlaza.

Uruguaya

Abre tus puertas, paraguaya tierra
A tu hermana oriental que a ti ha llegado.

Paraguaya

Mi casa para ti nunca se cierra.
Mis brazos son los que abro a tu llamado.

Y aun mi tierra ¿ no es la tuya ? ¿ No es la casa solariega
De pretéritas familias cuyo tronco guaraní
Desprendió el robusto gajo del charrúa que aun despliega
Los vestigios de su verbo, desde el Cerro al Cuareim ?

Y eres tú quien anudara tantos vínculos remotos
Al volverme los trofeos de una guerra sin cuartel.
¡ Sí ! anudaste esos lazos que una vez quedaran rotos,
Con un broche de oro, digno de los bravos Treinta y Tres.

Uruguaya

Hermana : Te equivocas. Lo hiciste tú. Tú ligas
Con nudo indestructible la historia de las dos.

---

(1) Recitado en la Escuela Normal y el Teatro Nacional, por las señoritas Antonia Pane y Exa Acosta.

Tú, generosa, diste hogar y asilo a Artigas.
Tú fuiste de mi prócer escudo y panteón.

Paraguaya

Yerras. ¿Acaso, Artigas, hermana, es tuyo, en todo?
Como el charrúa fuera del trópico hacia el mar,
¿No es el charrúa, Artigas, quien vuelve tras su exódo
Al étnico, al aun virgen, al solariego hogar?

Uruguaya

Es que el charrúa viejo confiarse al mar no pudo,
De dos grandes corsarios entre el acecho audaz.

Paraguaya

No! que el charrúa viejo, magnánimo aunque rudo,
Su vida ya no amaba tu vida al engendrar.

Él renovar debía con su odisea doble
La alianza de dos pueblos pasada y por venir,
Perdida en lo profundo cual la raíz del roble,
Cual verdear del roble llevada hacia el cenit.

¿Por qué se entrega Artigas a mi tirano Francia?
¿Por qué el tirano Francia a Artigas respetó?
¿Por qué el cachorro herido ya no dejó su estancia
De este antro prehistórico del guaraní león?

¿Por qué mi brava gente por odio al extranjero
No se cebó en Artigas? ¿Por qué le amó más bién?
¿Por qué, oriental hermana, todo un botín guerrero
Me devolviste entero, de pronto, ¡tú! también?

Uruguaya

¡Es que el botín mis manos quemaba en fuego vivo!
Para los pueblos chicos la guerra no es blasón!
Y en sus azules ojos mi Tabaré nativo
Lleva de nobles razas, el brazo y corazón.

Paraguaya

No. Es el destino, Artigas, el símbolo, el prohombre!
El alma de dos pueblos de concordado fin

Que riman sus azares lo mismo que su nombre
Ya miren el pasado, ya formen porvenir.

Ven a mis brazos. Luego saludaremos juntas
La luz de nuestro Artigas en coro fraternal.
Después... cuando de nuevo vuelvas a ver las puntas
De tus bravías costas, al retornar al mar,

Completaremos su obra. Yo, tierra paraguaya,
Por sostener sus manes aquí alzaré un jardín;
Tú, allá desde tu Cerro, sirviendo de atalaya
Verás lo que apeligra nuestro acordado fin.

Mas, antes de apartarte de mis vergeles cálidos,
Antes de que te diga por esta vez ¡adiós!
El eco de la historia me oirás en tonos pálidos
Por ver si así cumplimos el gran mandato en pos.

¿Recuerdas? Nuestra historia nos habla de grandeza,
Mas cuando nuestros hijos tan sólo unidos van.
Oíd: "la unión es fuerza, la unión es la belleza,
La unión es la armonía" cantando el vate está.

El sol de tu bandera ¿no es luz que fecundiza
Tan sólo cuando unida presenta, al flamear,
Cada azulada franja que goces simboliza
Con los cendales blancos que representan paz?

¿Recuerdas? Yo era fuerte. Reunidos mis patriotas
Respeto en mí infundían al Plata y al Brasil.
Pero, ¿mis fuerzas todas no se rindieron, rotas,
Cuando en la unión atadas, tres fuisteis contra mí?

Contempla: de este lado de los inmensos Andes,
Sobre este mundo nuevo que despertó Colón,
¡Somos los pueblos chicos de los destinos grandes!
Pues puede hacernos fuertes como el que más, la unión.

Recuerda: ¿Ha habido hombres más débiles, acaso,
Que aquellos galileos que amaron a Jesús?
¿Y hubo en el mundo fuerza para impedir su paso?
Pues ¡no! porque sus almas se unieron en la cruz.

Tu porvenir de glorias hoy se vislumbra apenas.
Ya eres feliz Arcadia y Esparta fuiste ya;

Ya fuiste Nueva Troya. Mas aun serás Atenas,
La Atenas en el Plata, y acaso mucho más.

Cual nido de gaviotas está Montevideo
Pidiendo a tus Temístocles promesar a la mar.
Por tus patriotas hijos ahí tienes tu Pireo,
Y Ceres y Minerva también allí ya están.

Mas no lo olvides nunca: También yo he sido Esparta,
Y Atenas con Esparta mejor pudo vencer.
Si dejas que tu suerte con mi labor comparta
A cuantos persas se alcen vencer podrás tal vez.

No estoy de ti muy lejos, y con afán hidrópico
Podremos laborando por un futuro igual,
Unir con mis riquezas en su calor de trópico
Las tuyas saturadas de ráfagas de mar.

Uruguaya

Pues bien, cual mis Artigas triunfaron con tus Yegros
Por esa unión que cantas, como ideal feliz,
Ya no veremos nunca los horizontes negros
Sino un hermoso, libre, brillante porvenir.

Adiós, vuelvo a mis costas, donde también te espero.
La alianza del futuro podrás allí sellar.
Pues cuando allí ya acudas, en mi solar sincero
Mejor nuestros destinos podremos hermanar.

Paraguaya

Iré... ¡por los trofeos! que en fin la buena nueva
Dieron a las naciones del mundo de Colón.
¡Adiós! y en mis pronósticos de dicha, entonces, lleva
Del corazón de un mundo la voz del corazón!

IGNACIO A. PANE.

IMPRESIONES

"Recordar es vivir". Dominados por la sombra de un recuerdo, más querido cuanto mejor sentido, vivimos aún en una larga efusión de sentimientos generosos, con nuestros nobles hermanos del Uruguay. Esta vez, los corazones se han contado sus cuitas y han soñado juntos con las radiaciones misteriosas del porvenir.

Muchos ritmos desconocidos, arrancados a ese mar Atlántico que baña las irregulares costas de la altiva república, han llegado hasta nosotros y han vibrado con eco sonoro en nuestros oídos.

El ambiente caldeado por mucha luz, por mucho sol, como es el nuestro, fué propicio a las palpitaciones emotivas de los sencillos moradores de aquellas tierras y de aquel mar, cuya retina azul retrata nuestro cielo incomparable, en su intenso y movible tinte, también azul.

Se compenetran en sus afinidades las partículas infinitas de los cuerpos, y se compenetran en sus afinidades las partículas infinitas del sentimiento.

Las secretas vibraciones de las almas, funden en su extraña complexión los cimientos del porvenir.

La juventud que es hálito y potencia exuberante de vida, hace amable el vivir y clarea con sus sonrisas el camino del ideal.

Hondo e intenso fué el momento del abrazo de dos pueblos, que se buscaban desde ha tiempo. Honda e intensa la hora de las explosiones de nobles pensamientos. El cáliz en flor de dos juventudes ha sustentado por un instante el alma de dos razas; y de ellas, en rico florón de armonías, han brotado ideas y preocupaciones comunes.

Los grandes benefactores de la humanidad enlazan, a través de la órbita de su paso por la tierra, muchas generaciones; como los soles que eternamente encadenan mundos, a través de sus parábolas desconocidas.

Artigas ha tenido la rara virtud de derramar la miel de su altruismo sincero y patriótico, en los labios sedientos de democracias de nuestras juventudes modernas.

Loado sea él, y loado el recuerdo de aquellos gentiles hermanos del Uruguay... *"Recordar es vivir".*

MANUEL RIQUELME.

Asunción, Junio de 1913.

RECUERDO A LA PATRIA

En la devolución de los trofeos conquistados por el ejército oriental en la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay.

Allá, en la tierra hermosa del Paraguay querida,
En la Asunción florida mi cuna se meció,
La linfa de su río corriendo sonorosa
Cual madre cariñosa mis sueños arrulló.

Soy trovador errante que en tierra extraña canto,
Pero recuerdo en tanto la patria en que nací,
Que, aun cuando no tuviese del vencedor la gloria,
Es digna de memoria la tierra guaraní.

Soy hijo de ese pueblo que en lucha no se abate
Y muere en el combate sin exhalar un ¡ay!
En lid sangrienta y ruda ya demostró a las gentes
Que es cuna de valientes el noble Paraguay.

Un pueblo que creyeron ilota, afeminado,
Ante el peligro, osado, viril se puso en pie,
Como Mesenia un día supo decir: "no temo",
Y un nuevo Aristodemo cada hijo suyo fué.

No vieron sus soldados el triunfo en la batalla,
La sangre, la metralla velaron su mirar,
Y muertos, si sus palmas nególes la Victoria,
Rayo de luz la Historia su heroísmo hace brillar.

Es digno por la patria caer en la pelea,
Que fama gigantea se adquiere, así, al morir;
Cobarde es el que olvida lo que a tal madre debe,
Aquel que no se atreve por ella a sucumbir.

Ejemplo da Espartaco de lo que puede un bravo,
Aun cuando gima esclavo de torpe iniquidad,
Y de Guarán el nieto fué gladiador osado
Que defendió esforzado la patria integridad.

De prolongada guerra, que todo lo devora,
La llama asoladora comienza en el Yatay,

Ni pueblos, ni campiñas, ni bosques, nada escapa
De Itapirú hasta el Apa, del Chaco al Amambay.

Fulmínea la sorpresa, estalla el Dos de Mayo,
Do extrema el paraguayo su impulso arrollador;
De Tuyutí en el llano hay lucha de gigantes,
Con ecos resonantes vocéalo el cañón.

Del Sauce en la espesura la sangre va a raudales,
Los bravos orientales ilustran su pendón,
Intrépido el "Florida" rastro de gloria deja
Allí, donde Palleja cayera, en Boquerón.

Un lustro de combates flameó siempre altanera
La tricolor bandera que nada hizo abatir;
Triunfante ondeó a la brisa de Acayuasá en el puente;
De gloria refulgente brilló en Curupayty.

Tras batallar porfiado en que en valor descuellan
Los aliados huellan el alto Lambaré,
Por ellos destrozados en su último baluarte
El León con su estandarte cayó en Ytá-Ybaté.

Hecha un jirón su enseña no abate su fiereza,
De Azcurra en la aspereza aun vuelve a combatir;
Le ve Barrero Grande lidiar en su recinto
Y en roja sangre tinto corre el Piribebuy.

¡Cinco años de exterminio! Por fin la hueste fiera
Luchó por vez postrera allá, en Cerro Corá,
Y López su caudillo, envuelto en la matanza,
Al bote de una lanza rodó al Aquidabán.

Un pueblo generoso hoy vuelve a vuestra tierra
Trofeos que en la guerra valiente conquistó,
El Uruguay hermano nos tiende mano amiga
Y su nobleza obliga al pueblo que venció.

El alma de los bravos, que vela en la trinchera
Donde luchando hiciera prodigios de valor,
Despierta, se estremece, se agita y cree que sueña
De nuevo al ver la enseña caída con honor.

Sepulto está el pasado. De la infernal querella
Borraron la honda huella amor y gratitud;

Unirse tras terrible combate brazo a brazo
En un estrecho abrazo, de héroes es virtud.

Eterna la memoria de acción tan noble y bella
Al lado de su estrella coloca el Paraguay,
Para estrechar la suya tendrá su mano abierta
Si un día a nuestra puerta llamase el Uruguay!

ADRIANO M. AGUIAR. (1)

Mayo 21 de 1885.

URUGUAY - PARAGUAY

He ahí pueblos que han nacido a la vida de las naciones para amarse eternamente, porque los unen vínculos de afectos y comunidad de intereses. Los dos pueblos han sufrido, con heroicidad y estoicismo ejemplares, las mayores adversidades en sus luchas por la independencia.



Sr. Luis F. Guimaraens

En la patriótica peregrinación que hicieron los uruguayos al Solar del inmortal general José Gervasio Artigas, quedó demostrado, — de la manera más elocuente, — el inmenso cariño que tienen los paraguayos por los orientales, formando entre ambos pueblos — como lo dijo uno de nuestros primeros publicistas — "el más cabal ejemplo americano de aquella grande amistad", que Michelet soñaba ver consagrada en las relaciones de los pueblos.

Ya no eran las personas estudiosas, que más o menos conocen nuestra historia, las que brindaban el homenaje afectuoso a los uruguayos que pisaban tierra guaraní, con móviles tan patriotas, era el "pueblo en masa", que salía de la última "capuera" y en nombre de la confraternidad abrazaba al hermano, acercándose pecho a pecho y corazón a corazón, como después de larga ausencia.

Ese homenaje afectuoso que acaba de hacernos el pueblo paraguayo.

(1) Distinguido escritor paraguayo, fallecido últimamente en Montevideo, a quien los diarios del Plata, por un error, presentaron como oriental, en sus crónicas necrológicas.

viene a estrechar más su fe definitiva, con el fraternal é imperecedero abrazo.

Sólo falta ahora, para que esa amistad se solidifique, que cada representante de su país se consagre con verdadero ahinco a estrechar las relaciones naturales y comerciales entre ambos pueblos, aumentando la compenetracion de sus respectivos intereses materiales y morales, contribuyendo a generalizar, en el orden comercial, los productos naturales y estableciendo un intercambio, que vendría a beneficiar a las dos naciones, ya intensamente vinculadas por una visible comunidad de afectos y de ideales.

Que esa última prueba de confraternidad efectuada entre paraguayos y uruguayos sea el anuncio de una nueva era progresista y de nuevos vínculos de amor, y que el progreso y el bienestar se sigan cimentando de una manera inconmovible en beneficio de la paz y del trabajo.

LUIS F. GUIMARAENS.

COMPOSICIONES MUSICALES

El arte también tuvo en las fiestas sus manifestaciones.

El distinguido profesor oriental, capitán don Nicolás Bonomi, compuso dos bellas piezas de música: la marcha *José Eduvigis Díaz,* dedicada "al valiente ejército paraguayo"; y el vals *Ñandutí,* dedicado a las damas paraguayas.

El Club "Juventud Salteña" obsequió a las damas asuncenas, al ejército y a las escuelas, con numerosos ejemplares artísticamente impresos de dichas composiciones.

A su vez el compositor paraguayo señor Rodolfo Miranda, retribuyó la gentileza de los peregrinantes con una hermosa composición titulada *General Artigas.*

Así también el maestro Mallada, que compuso los lanceros *General Artigas,* y el inteligente compatriota Juan Vicente Benítez, autor del tango *Juventud Salteña.*



INDICE

VII

VIII

IX





LIBRERIA NACIONAL

QUELL y CARRON

PALMA ESQUINA ALBERDI

ASUNCIÓN

ÚNICA CASA EN EL PARAGUAY EN-
CARGADA DE LA VENTA DE ESTA OBRA